



# Las Niñas de la Guerra

en Colombia

Jaime Alberto Carmona Parra



Universidad  
Católica  
de Manizales

Facultad de Educación



**Universidad  
Católica  
de Manizales**

# Las Niñas de la Guerra

en Colombia

---

Jaime Alberto Carmona Parra

Centro Editorial Universidad Católica de Manizales

Copyright  
UNIVERSIDAD CATÓLICA DE MANIZALES

Las Niñas de la Guerra en Colombia  
Jaime Alberto Carmona Parra  
Centro Editorial Universidad Católica de Manizales  
ISBN 978-958-8022-46-8  
Manizales, Caldas, Colombia, octubre de 2013

Editor  
Jorge Alberto Forero Santos  
Correctores de estilo  
Héctor Fernando Giraldo Bedoya  
Cárol Castaño Trujillo  
Diseño  
Juan Andrés Mejía Londoño  
Portada y fotografía  
Julia Elena Calderón Beltrán  
Impresión  
Espacio Gráfico Comunicaciones S.A.

Todos los derechos reservados por la Universidad Católica de Manizales. No se permite reproducir, almacenar en sistemas de reproducción de la información ni transmitir parcial o totalmente esta producción, incluido el diseño, cualquiera que sea el medio empleado: electrónico, mecánico, fotocopia, grabación, etc., sin permiso del titular de los derechos de propiedad intelectual.

Centro Editorial Universidad Católica de Manizales  
Carrera 23 N° 60-63  
PBX: 8782900  
FAX: 8782901  
www.ucm.edu.co

Universidad Católica de Manizales  
Centro de Investigación, Proyección y Desarrollo  
Unidad de Publicaciones Científicas

#### CATALOGACIÓN EN LA FUENTE

Carmona Parra, Jaime Allberto  
Las niñas de la guerra en Colombia / Jaime Alberto Carmona Parra.  
Manizales : Centro Editorial Universidad Católica de Manizales, 2013.  
192 p.

Incluye bibliografía  
ISBN 978-958-8022-46-8

1. GRUPOS ARMADOS 2. MUJERES ADOLESCENTES 3. GUERRILLEROS - COLOMBIA

CDD 303.66 C287

Biblioteca UCM

A Juan José Hoyos, mi maestro,  
con la expresión de mi admiración y gratitud.

## Agradecimientos

A mi esposa Amada y a mis hijos Andrés y Miguel, que me brindan a amor, compañía y apoyo en cada emprendimiento. A Florentino y Mercedes, que me han acompañado en la gestación de este sueño de muchas maneras. A Felipe y Rigoberto por su valioso y amistoso trabajo, que contribuyó a darle forma final a estas páginas. A Rocío y Claudia por su incansable complicidad. A Gustavo y Pilar por su amistad y solidaridad. A la Hermana Gloria del Carmen, a la Hermana Luz Mery, al Magíster Carlos Eduardo García, a la Especialista Gloria Restrepo, a la Unidad de Publicaciones Científicas y todos mis compañeros de la Universidad Católica de Manizales, por su amable y cálido apoyo.

## TABLA DE CONTENIDO

PRÓLOGO	17
INTRODUCCIÓN	27
ANTES DE LA VINCULACIÓN	29
Las primeras noticias de los grupos armados	29
La familiarización con los combatientes	30
Interacciones de los combatientes con las comunidades de las niñas	32
Actitud de las familias de las niñas hacia los grupos armados	33
Información que poseían sobre la vida en los grupos armados	35
La atracción por los uniformes	37
La percepción de los grupos armados en función de sus expectativas de niñas campesinas	38
Fantasías sobre la vida en el grupo armado	39
Enamoramiento y vinculación	39
Episodio desencadenante de la vinculación	41
LA VINCULACIÓN	43
Diferentes significados de la vinculación	43
Vinculaciones forzosas	44
La fuerza del afecto	45
La fuerza del deseo de ingresar	46
Construcciones colectivas de la vinculación	47
Anuncio de la vinculación	48
Reacción de las familias ante el anuncio	49
Alternativas a la vinculación ofrecidas por la familia	51

Intentos de las familias por desvincular a las niñas	52
Ratificación de la decisión	53
PERMANENCIA EN LOS GRUPOS ARMADOS	55
Las primeras experiencias	55
Percepción del trato recibido en el grupo	59
Tareas desempeñadas	62
Esclavitud sexual y prostitución	66
Influencia de las niñas en la vinculación de otros niños	67
Asunción de roles e identificación con el grupo	68
Conocimiento de la «causa» del grupo e identificación con ella	69
Asunción de valores grupales	71
Cambio de nombre y de identidad	75
Significado de las armas y los uniformes	77
Significado de sí mismas como combatientes	80
El cortejo amoroso	84
La vida de pareja	86
Las parejas de los comandantes	89
La infidelidad	91
Maternidad y anticoncepción	93
Actitud ante la propia muerte	96
Actitud ante la muerte de otros combatientes del mismo grupo	97
Solidaridad entre combatientes	99
Interacciones con la población civil	101
Interacciones con secuestrados	104
Normas, delitos, sanciones y consejos de guerra	108
Naturalización de la guerra	109
El combate	110
Sevicia en el combate	113
Banalización de la crueldad	114

¿Retorno del canibalismo?	118
Conflictos internos derivados de acciones de guerra	118
Naturalización de la existencia de una niña soldado en la familia	119
Renuencia de las familias a la desvinculación de las niñas	120
Significado de la vida cotidiana en el grupo armado en diferentes momentos	121
Actitudes de resistencia hacia el propio grupo como señal del agotamiento de la experiencia	123
Eventos que contribuyeron a la construcción de la decisión de desvincularse	124
Episodio desencadenante	127
El plan de acción	128
Modalidades de desvinculación	130
Percepción del trato recibido de las autoridades	138
EN EL PROGRAMA DE RETORNO A LA VIDA CIVIL	143
Percepción del programa	143
Secuelas psicológicas de sus experiencias de guerra	144
Hábitos de combatiente, añoranzas y deseo de regresar al grupo	146
Recuperación del nombre propio y cambios en la identidad	149
Resignificación de la experiencia como combatientes	150
Significado de sí mismas como desvinculadas	152
Interacciones con excombatientes de grupos contrarios	153
Relaciones de pareja con excombatientes de grupos contrarios	156
Expectativas y aspiraciones	157
DESPUÉS DE CULMINAR EL PROGRAMA EN LA INSTITUCIÓN	159
Actitudes hacia los grupos armados a los que pertenecieron	159
Resignificaciones de las experiencias en los grupos armados	160



Significado de sí mismas como desvinculadas de los grupos armados	161
Aportes de los otros significativos a la imagen de sí mismas como excombatientes	162
Actitud ante la muerte	164
Secuelas psicológicas	165
Significado de las armas y los uniformes	165
DOS AÑOS DESPUÉS	167
PERFIL SOCIODEMOGRÁFICO DE LAS NIÑAS	169
DISCUSIÓN Y CONCLUSIONES	173
BIBLIOGRAFÍA	181

«Ahora me doy cuenta, sin embargo, de que en aquellos largos paseos veíamos dos mundos distintos. Mi abuelo veía el suyo en su horizonte, y yo veía el mío a la altura de mis ojos. Él saludaba a sus amigos en los balcones y yo anhelaba los juguetes de los cacharrereros expuestos en los andenes».

Gabriel García Márquez, *Vivir para contarla*, 2003

## PRÓLOGO

Cada lector transita por los textos dejando sus propias huellas. Interacciones y memorias se entretajan en las interpretaciones que construimos en torno a lo que narramos y nos es narrado. Por ello, en este caso particular, el prólogo que he escrito no tiene la pretensión de ser antecedente o presentación sintética. Atendiendo al llamado del autor y a su apuesta de comprensión, el presente texto asume una postura dialógica y se reconoce como una voz más en la conversación.

¿Por dónde iniciar el diálogo? Esta es una de las preguntas que me asaltaron cuando terminé de leer el texto del profesor Carmona. A mi pregunta el texto respondió: por “La trayectoria de estas niñas presentada con sus propias palabras, gracias a un cuidadoso proceso de edición de sus historias de vida” (p. 10). Ante esta respuesta, mi pregunta fue profundizando su sentido y ampliando su envergadura epistemológica, metodológica, ética, política y pedagógica, de tal forma que fueron apareciendo una gama de posibles raíces. ¿Cómo es posible un libro como el que presenta el autor? ¿Cuál es la potencia que tiene un libro enraizado en la experiencia y en las voces de un grupo de niñas que han vivido directamente la guerra? ¿Qué puede tener de novedoso el relato de la guerra en un país que “ingenuamente” quiere hablar de postconflicto? ¿Políticamente qué sentido tiene la divulgación de fragmentos de historias de las niñas de la guerra en Colombia? ¿Qué utilidad social reporta un texto centrado en la cotidianidad del ser niña en medio del conflicto armado?

Respecto a las inquietudes que motivan este diálogo me permito señalar algunos asuntos que pueden precisar y vindicar el valor académico, social, político y pedagógico de este libro. En tal sentido, quiero presentar tres asuntos. El primero tiene que ver con el hecho que un libro como este, hoy es posible, porque actualmente las ciencias sociales se encuentran en una época de autorreflexión, tanto en el sentido sociológico de las condiciones sociales, económicas y políticas en las que se desarrollan, como en el sentido teórico al revisar los modos de objetivación, de nominación y construcción conceptual. Esto ha significado la revitalización de su sentido ético político, a partir de

Preguntas como: ¿qué tipo de lenguaje expresa mejor los análisis realizados?, ¿cómo se produce un hecho?, ¿cuál es el papel de las técnicas de análisis e interpretación en los procesos de construcción teórica. Esta autorreflexión está centrada en las prácticas científicas, es decir, se produce desde adentro y no a distancia, por ello, representa una visión más realista de lo que, en efecto, puede y debe esperarse del conocimiento científico (Herrera, 2009, p. 22).

Podríamos considerar entonces, que un texto como el que nos presenta el profesor Carmona se constituye en una expresión vital de esos cambios y tensiones que hoy marcan la producción de conocimiento, sobre todo porque en su constitución, en su forma de contarnos y en su pretensión da cuenta de múltiples giros. Es claro que el libro *Las niñas de la guerra en Colombia* apuesta por un análisis local que abandona la pretensión de universalidad propios de la semiótica estructuralista desde la cual se plantean, en palabras de Geertz (2001), paradigmas esquemáticos capaces de producir normas independientes del contexto en el que se producen los signos. Los planteamientos de la semiótica estructuralista argumentan que existe una estructura que regula la construcción de signos y significados, y por tanto, se adjudica la existencia de sistemas abstractos presentes en todas las culturas que se imponen sobre el modo en que la propia cultura se comprende a sí misma. De acuerdo con esto, se puede apreciar una sugerente apuesta por contextualizar el sentido producido en las visiones de mundo que lo hacen posible.

El segundo asunto que se resalta en este libro tiene que ver con el recurso metodológico privilegiado en esta investigación “las historias de vida”, puesto que estas dan cuenta de una comprensión de la realidad centrada en la indeterminación, la interacción y el cambio. De tal forma que su potencial obedece a que se asume a los individuos como productores, no solo como reproductores, adicionalmente se reconocen sus recursos para comprender y reconstruir nuevas formas de relación y enunciación. Desde este punto de vista es posible asumir que las historias de vida dan cuenta de formas

Narrativas que corresponden a creaciones discursivas para contar la vida, los hechos, las circunstancias que acontecen en un trasfondo cultural, social, político e histórico determinado; configura un entramado de relatos entre lo

objetivo y lo subjetivo, entre lo individual y lo colectivo, entre el presente y el pasado que orienta en la interpretación y comprensión del mundo de la vida, que metafóricamente se caracteriza por “destellos de luz y opacidades (Lozano, 2009, p.125).

En este sentido, la narración de historias de vida es un recurso para tejer sentidos sobre la política, la construcción del espacio público, para reconocer la potencia de la acción. Porque en toda narración hay una orientación hacia lo práctico, porque en ella, además de los hechos, se entretajan enseñanzas, moralejas, experiencias, circunstancias, o como manifiesta Baltar (2006), la sabiduría entretajida en los márgenes de la vida vivida.

Al respecto, Crabuja, Iniguez y Vázquez (2000, p. 72) dicen que “la narración está estrechamente ligada a la acción [...] tiene que ver fundamentalmente con un entramado argumentativo que con una simple referencia o representación de los hechos”. En este sentido, la opción de reconocer las historias de vida de niñas que han sentido en sus cuerpos y mentes el peso de la guerra, para crear desde ellas comprensión y sentido social sobre lo que acontece con los seres humanos de carne y hueso en un tiempo y espacio particular, es una posibilidad para interpretar la vida que hacemos y experimentamos juntos; esto quiere decir que a través de ellas podemos dar cuenta de la constitución intersubjetiva de la existencia humana en diferentes ámbitos de su acontecer, entre ellos la familia, la escuela, la comunidad, el trabajo. Esto es posible porque los sentidos y modos propios del sujeto no surgen a partir de su individualidad, sino que, como lo plantea Burr (1995, citado por Páramo, 2008), se construyen socialmente a partir de elementos culturales como el lenguaje, las disciplinas científicas y los discursos ideológicos. Por tanto, la subjetividad no corresponde a la naturaleza de cada individuo independiente de su relación con otros en un contexto sociocultural específico. Según Bruner (citado por Galicia, 2004), la interpretación que cada uno da a su experiencia y a la de las otras personas, surge de los significados colectivos que aparecen en la interacción con otros en una cultura. Según este autor no hay una subjetividad independiente de la existencia histórico cultural propia (Bruner, 2004).

Al respecto, Gergen (2006) plantea que el mismo sujeto y sus múltiples identidades y subjetividades se construyen y controlan en las interacciones mediadas por el lenguaje que cobran sentido en una cultura específica; con lo cual podría considerarse que no existiría un único yo, sino que se construyen varios “yoes” a partir de las narraciones hechas por otros acerca de uno mismo, que se internalizan en las relaciones sociales. Por tanto, las verdades sobre sí mismo son construcciones históricas, sujetas a un contexto social específico y a unas ciertas redes de relaciones. Para ser establecidas como tales, es necesario que otros hayan hecho la misma conclusión, en la medida en que lo que se toma como hecho depende de las percepciones. Cada persona contiene en sí misma multitudes, a pesar de mostrarse a partir de una subjetividad particular, quedando así múltiples posibilidades ocultas en cada quién, que bajo ciertas condiciones pueden surgir. Como lo plantea Shotter (1996, citado por Pakman, 1996), bajo el marco referencial del construccionismo social, el sí mismo existe únicamente en el lenguaje, implicando “no solo su naturaleza incompleta, ocasionada, situada, construida y, entonces, precaria y discutible, sino también su naturaleza continua creativamente emergente” (Shotter, 1996, citado por Pakman, 1996, p. 213). Por tanto, y en términos de estos dos autores, el pensamiento y el propio sentido implican negociaciones que son mediadas lingüísticamente y se organizan en contextos sociales, en los que adoptamos diferentes voces que hacen referencia a diversas formas de vida o puntos de vista. En este sentido, la subjetividad es construida y está en permanente construcción, a partir de diversas circunstancias conversacionales, más que una entidad, corresponde a modos de responder a quienes se encuentran alrededor (Shotter, 1996, citado por Pakman, 1996).

De acuerdo con lo anterior, narrar las historias singulares permite comprender los hechos y las experiencias vitales de quienes viven circunstancias directas y concretas como las emanadas de la violencia, del autoritarismo o de los totalitarismos, los sentimientos, esperanzas y desesperanzas. Su mayor utilidad entonces, está centrada en el hecho de ser un camino para hacer visible y audible en un mismo nivel de legitimidad esas diversas formas de ser, hacer y estar en el mundo que se van quedando ocultas hasta perder su capacidad de incidencia y transformación.

Al respecto, Sparkes & Davis (2009) mencionan que la perspectiva interpretativa que se hace desde la narración, permite explorar las subjetividades individuales y del grupo como creaciones sociales porque los relatos de la gente son a la vez individuales y sociales. Esta opción para la construcción de conocimientos y praxis social, permite en palabras de Gergen

Quitar la voz única de la omnisciencia y relativizarla mediante la inclusión de múltiples voces [...] invitando a los sujetos a hablar por si mismos [...], incluyendo la variedad de visiones sin forzarlas a tener coherencia [...], trabajando colectivamente de modo que las conclusiones no erradiquen la visión de las minorías [...] evitando las afirmaciones mistificantes sobre la verdad reconociendo que nuestras construcciones del mundo se derivan de nuestras construcciones en comunidades interpretativas [...] ampliar las opciones de escritura y de autoría de los textos que al final circulan el conocimiento producido [...] y en las que se eliminan las contradicciones y las multitudes a partir del concepto de polivocalidad (2007, p. 249-265).

Por otra parte, podríamos señalar que los estudios narrativos-interpretativos propios de la hermenéutica o el interaccionismo simbólico son especialmente útiles para el análisis sistemático-cercano, situado y polivocal de los procesos a través de los cuales los seres humanos, grupos y organizaciones dan sentido a sus experiencias. Por ello, según Bernasconi (2011) es importante estudiar los relatos y las historias de vida, pues estos hacen parte de la vida social y permiten aproximaciones al conocimiento producido en contextos específicos y situaciones específicas, de modo tal que son muy útiles para distinguir los hechos normales de los acontecimientos extraordinarios. Aquellos que dan giros a la historia individual y colectiva.

Finalmente, el tercer y último asunto que se constituye como aporte crucial del texto es el hecho de ser un medio que ayuda a problematizar uno de los puntos nodales de la vida social en nuestro país “la disputa por la memoria social sobre el conflicto armado”. Disputa en la que individuos como las niñas históricamente han sido invisibilizados por ser considerados sujetos apolíticos, es decir, inmaduros, dependientes, moral y cognitivamente inferiores o en moratoria social. En este sentido y de acuerdo a las investigaciones realizadas por el área de memoria histórica de la comisión nacional

de reparación y reconciliación (2009, 2010, 2011), el problema de exclusión e inequidad en el campo de las memorias emerge con el advenimiento de las democracias modernas

Aunque hoy asumamos que los gritos de igualdad, libertad y solidaridad que animaron las revoluciones democráticas de finales del siglo XVIII y comienzos del XIX en Francia, Estados Unidos y Latinoamérica, se aplicaban a todas sus poblaciones, las ciudadanía modernas en realidad se fundaron en inclusiones y exclusiones políticas. En la mayoría de las constituciones que se elaboraron en estos países, solo los varones, blancos, letrados, con propiedad, casados, dispuestos a portar las armas en defensa de patria y familia, y con capacidad de pagar impuestos, fueron declarados ciudadanos con derechos plenos. Solo a ellos, las nuevas dirigencias sociales, es decir, las burguesías, les otorgaron el uso de la razón, requisito indispensable para participar de la política y de la esfera del debate público. Por contraste, a las mujeres, los niños, los indígenas, las negritudes, los desposeídos, las poblaciones no escolarizadas, se les definió como “no racionales”, más próximo al mundo de la naturaleza, las emociones y los impulsos que a la esfera de la civilización y, por tanto, se les adjudicó el estatus de ciudadanos “dependientes”. Otros, los considerados racionales, serían los llamados a tomar las decisiones en su nombre. Así, las primeras definiciones de ciudadanía y las prácticas a ellas asociadas cumplieron el papel de regular, excluir y discriminar a muchas voces y actores colectivos que se vieron relegados a un “afuera” de los centros de poder y de la recién imaginada comunidad nacional constituida por los ciudadanos con derechos plenos (Fraser, 1997; Wills, 2002, 2007). Los excluidos, en su calidad de “ciudadanos dependientes” actuarían en el campo del mercado o en el ámbito privado, mientras la esfera pública se reservaría exclusivamente para los ciudadanos plenos. Además, la exclusión política vino acompañada de una discriminación cultural que valoró negativamente los atributos asociados a las diferencias femenina, étnica, sexual, política y de clase. Por otra parte, esta exclusión política dejó su huella en la elaboración de relatos sobre la historia nacional que se oficializaron en textos escolares, museos, monumentos y fechas conmemorativas. En estos relatos épicos, los gestores de la historia se asociaron a figuras heroicas asumidas como los “grandes padres de la patria”, los hombres blancos de letras o de armas, en su mayoría propietarios. Mientras



sus decisiones y su participación en la historia adquirirían centralidad y dignidad, la participación en los procesos sociales y políticos de los excluidos era marginada y relegada al olvido. Ni las mujeres, ni los niños, ni los soldados rasos, ni las negritudes, ni los indígenas encontraron un lugar digno en estos relatos. A los disensos sexuales se les asignó el lugar de la enfermedad y de la cárcel, y se les expulsó de los relatos históricos sobre la construcción de la Nación (Comisión Nacional de Reparación y Reconciliación, 2009, p. 35-40).

Si asumimos la memoria como un proceso social de construcción de sentidos compartidos; por tanto, como un acto político y una práctica social, se puede reconocer que la memoria es también un campo en tensión donde se construyen, refuerzan, retan y transforman jerarquías, desigualdades y exclusiones sociales. De igual forma, la memoria es una esfera donde se tejen legitimidades, amistades y enemistades políticas y sociales. Esto significa que existe un vínculo indisoluble entre la reconstrucción de la memoria y el fortalecimiento democrático. De acuerdo con lo anterior se reconoce:

El carácter político de la memoria; el papel fundamental de la memoria histórica en los procesos de democratización en situaciones de conflicto armado; la memoria histórica como un escenario para el diálogo, la negociación y el reconocimiento de las diferencias con miras a un proyecto democrático e incluyente de superación del conflicto armado; la memoria como una forma de justicia; la memoria histórica como una forma de reparación que complementa pero no sustituye las obligaciones de reparación del Estado y la sociedad; la memoria como un mecanismo de empoderamiento de las víctimas; el derecho a la memoria y el reconocimiento de la verdad como derechos inalienables de las víctimas y de la sociedad (Comisión de Reparación y Reconciliación, 2009, p. 42).

Desde este enfoque, se considera que todo orden social se sostiene sobre el enaltecimiento de unas memorias particulares que consagran un cierto tipo de versión de la historia. En estos relatos, se glorifican unas personas al otorgarles el estatus de héroes. Ellas por lo general pertenecen a ciertos sectores de clase, grupos políticos, un sexo en particular, una opción sexual y una etnia. De esta forma, las narrativas

sobre el pasado, a la vez que enaltecen a unos grupos e individuos, devalúan a otros transformando sus diferencias en justificaciones para que sean objeto de tratos discriminantes que consolidan su desigualdad cultural, social, política y económica. Estas versiones son aceptadas o abiertamente o subrepticamente confrontadas por los relatos alternos que producen los excluidos y los subordinados.

La manera como las personas recuerdan el pasado distribuye responsabilidades entre los distintos actores del conflicto y evalúa moralmente su conducta

Así, las personas, desde sus memorias, enjuician las decisiones y estrategias de los actores en disputa y adoptan distintas posturas ante el orden, las instituciones, los actores políticos y sociales. Por ejemplo, mediante sus memorias, los habitantes confieren distintos grados de legitimidad o ilegitimidad a los actores colectivos, confían o desconfían frente a ellos, adhieren o se distancian de los partidos y de las instituciones, se identifican con unos mientras rechazan profundamente a otros, levantan distintos reclamos frente a la violencia y se ubican de diferente manera frente a la reparación (Comisión de Reparación y Reconciliación, 2009, p. 50).

Es claro que el conflicto armado es una lucha que no solo pasa por las armas, sino que además, implica el desarrollo de estrategias simbólicas que ayuden a ganar el control político. Es de esta forma que la disputa por la memoria sobre el conflicto conlleva a un campo de luchas en el cual se generan y se generalizan concepciones, recuerdos y explicaciones. Tal como lo afirma el área de Memoria Histórica (2009) de la presidencia de la república, los actores armados de uno u otro lado buscan instaurar sus versiones del pasado como verdades absolutas y presentan sus intereses particulares como demandas patrióticas o revolucionario-populares. En este afán de control de la historia y de la memoria, los actores del conflicto armado manipulan las versiones sobre lo ocurrido para justificar sus acciones y estigmatizan las interpretaciones políticas y sociales que les son adversas. Aún en los campos comunitario y personal, muchas veces individuos y colectivos se encargan de seleccionar lo que debe ser recordado para preservar la imagen de unidad, probidad y heroísmo que se quiere transmitir a terceros sobre la historia comunal.

En un mundo que se agota cada vez más, desde los discursos oficiales de las academias mundiales y desde las transacciones económicas vale la pena atrevernos a mover los mojones de nuestra memoria social a partir del reconocimiento de otras voces que nos dejan ver espacios vacíos en los que se puede construir.

Jhoana Alexandra Patiño López  
Manizales, abril 7 de 2013



## INTRODUCCIÓN

Este libro es producto de una investigación<sup>1</sup> realizada con niñas que permanecieron vinculadas entre seis meses y tres años a grupos guerrilleros y paramilitares en las montañas de Colombia y que escaparon, se entregaron o fueron capturadas por agentes del Estado, antes de cumplir la mayoría de edad.

En él se puede seguir el itinerario vital de este grupo de niñas desde su vida campesina, antes de vincularse a los grupos armados ilegales, hasta dos años después de su retorno a la vida civil. Algunos de los aspectos que se abordan son las distintas formas de vinculación, el entrenamiento, la participación en acciones de guerra, los juicios militares, el coqueteo, el enamoramiento, su relación con la maternidad, los planes de fuga, el proceso de retorno a la vida civil y su lucha por la subsistencia en la ciudad después de su reinserción, ante su imposibilidad de regresar a sus lugares de origen.

La trayectoria de estas niñas se presenta con sus propias palabras, gracias a un cuidadoso proceso de edición de sus historias de vida, recogidas mediante entrevistas en profundidad, durante un período de siete años.

Esta investigación se realizó desde el Interaccionismo Simbólico. De acuerdo con esta perspectiva: «El investigador interesado en la acción de un grupo o individuos dados, o en un tipo concreto de acción social, debe estudiarla desde el punto de vista del autor de la acción, sea quien sea» (Blumer, 1969/1982, p. 42). Son conocidas las frases de Heidegger «El Lenguaje es la casa del ser» (1946, p. 11) y la de Wittgenstein «Los límites de mi lenguaje significan los límites de mi mundo» (cursivas en la fuente original) (1980, p. 163). De acuerdo con los autores, vemos el mundo desde nuestra morada lingüística con los alcances y límites de nuestras palabras, y construimos puntos de vista con nuestro lenguaje. En virtud de ello, la mejor manera de acercarse al punto de vista de un actor social sobre un fenómeno, es

---

<sup>1</sup>Tesis doctoral laureada Summa cum laude, Universidad Complutense de Madrid, España.

por medio de sus propias palabras. Por esta razón, la obra cumbre del Interaccionismo Simbólico, titulada *El Campesino Polaco en Europa y América* (Thomas & Znaniecki, 1918), fue construida con las palabras de los mismos campesinos y, en general, la presentación de resultados de investigaciones que se hacen desde este paradigma se apoya de manera fundamental en la voz de los propios actores sociales.

Siguiendo este principio y esta tradición, el libro presenta «la carrera» (Goffman, 1961/2001) de las niñas-soldado desde su propio punto de vista. Esto permitirá al lector acercarse al mundo de los grupos armados ilegales con la mirada de una niña campesina, ver lo que ella mira, con la frescura, la gracia, las angustias y también las contradicciones y aspectos problemáticos de sus acciones.

La comprensión de la manera como se vinculan las niñas y los niños a los grupos armados ilegales es el primer paso para la construcción de herramientas eficaces para prevenir este fenómeno que crece cada día, como lo constató Jacques Hintzy, presidente de UNICEF-Francia, en febrero de 2013: «Unos 300 mil niños son usados como soldados en 20 países del mundo entero, desde Afganistán hasta Colombia pasando por Chechenia, Sierra Leona o Israel y los territorios palestinos (...) “el fenómeno aumenta”, dado que el número de niños soldados era evaluado en 200 mil en 1996».<sup>2</sup> En esta constatación reside la justificación de la vigencia y la pertinencia de esta obra.

---

<sup>2</sup>Véase: <http://www.cronica.com.mx/> [consultado el 19 de agosto de 2013].

## ANTES DE LA VINCULACIÓN

### Las primeras noticias de los grupos armados

Yo tendría por ahí unos diez años. Los guerrilleros pasaban mucho por ahí, por mi casa, con heridos y entraban y decían: «Apaguen la luz». Y uno apagaba la luz. A mí me daba miedo de ellos, porque yo decía que ellos eran muy malos, porque mataban la gente; y después ya no.<sup>1</sup> Adriana (desvinculada de un grupo guerrillero).<sup>2</sup>

Los guerrilleros bajaron de noche, estábamos viendo televisión cuando de un momento a otro bajaron y yo hasta me asusté y ahí mismo me puse a llorar y me metí debajo de la cama. Pero cuando yo vi que mi hermana venía con ellos y se veía bien, me gustó. Andrea (d. g.).

Yo al principio, cuando escuchaba mencionar guerrilla, yo creía que eran unos animales muy feos, no creía que fueran personas, porque no sabía nada de ellos. Ya después de la primera vez que vi la guerrilla, ya me di cuenta que no se trataba de animales, sino de seres humanos iguales a nosotros. Pero cuando yo los vi por primera vez yo te digo la verdad: me amañé con ellos y me gustaba estar con ellos. Silvia (d. g.).

Cuando yo vi a la guerrilla, dije: «Eso tan bueno que es, esa gente es muy bonita, muy camuflada, muy bonita». Y sus armas las veía muy bonitas, y yo decía: «Me voy para la guerrilla, eso allá debe ser muy bueno». Así se me quedó ese tema en la cabeza y hasta que me fui para el grupo. Tatiana (d. g.).

---

<sup>1</sup> Algunos breves fragmentos de los testimonios que se desarrollan de manera extensa —el cuerpo central de este libro— fueron citados en el contexto de la discusión teórica del libro *La carrera de las niñas soldado en Colombia* (Carmona, J., Moreno, F. & Tobón, J. 2012).

<sup>2</sup> En adelante se utilizarán las letras «d. g.» para indicar que ese testimonio es de una niña desvinculada de un grupo guerrillero, y «d. p.» para indicar que se trata de una niña desvinculada de un grupo paramilitar. Conocer el bando del que provienen es esencial para entender muchos de los relatos. Todos los nombres propios y los alias fueron cambiados, así como los lugares, los frentes a los que se referían y otros detalles, para proteger la identidad de las niñas.

Cuando yo distinguí la guerrilla por primer vez, yo me enamoré de ellos, los veía muy lindos con esos uniformes a los guerrilleros y a esas guerrilleras, y me dio por coger un arma. Isabel (d. g.).

Cuando yo tenía diez años, la guerrilla hacía reuniones donde yo vivía, sacaban a la gente de las casas. Ellos prácticamente obligaban a la gente a que asistieran a la reunión. Entonces mi primo dijo que no, que él no se quería meter en problemas con nadie, que no iba a ir, que si llegaba el Ejército y lo encontraba ahí, que él no quería tener problemas con nadie. Lo amarraron, le decían que lo iban a matar. De ahí creció algo en mí, como una cosa contra la guerrilla hasta que ya [...] A los poquitos días llegaron las autodefensas por allá. Cuando llegaron las autodefensas no acosaban tanto como la guerrilla. Ellos no hacían reuniones, simplemente llegaron, se metieron ahí y si pedían un favor lo pedían. Carolina (d. p.).

La primera vez que vi a los paramilitares entraron al pueblo y yo me asusté mucho, porque ellos llegaron maltratando la gente: cogían una persona así a los gritos, le daban pata y todo. Los guerrilleros llegaron más formalitos. Ellos sacaron a los «paras» de ahí y trataban bien a la gente, eran muy tratables con todo mundo. La gente creía, pues, que de pronto iban a entrar y a tumbar el pueblo porque había muchos colaboradores de los «paras». Pero no, todo fue bien, entraron mejor que como entraron los «paras». Lucía (d. g.).

Yo con los paramilitares no me la llevo porque me tocó ver cómo robaban y maltrataban los campesinos de la vereda donde yo vivía. Por eso le tengo mucha rabia a los «paras» desde que era pequeña. Lo que me ha gustado es la guerrilla, porque la guerrilla en vez de hacer el mal al campesino lo ayuda. Silvia (d. g.).

#### La familiarización con los combatientes

La guerrilla se mantenía con frecuencia por ahí, la pasaban bailando, sacaban la carne, dejaban una parte para ellos y le repartían a la gente; tomaban aguardiente, comiendo, y los civiles iban al parque de la vereda. Adriana (d. g.).



Todos pican allí, pican allá, en todas partes tienen novias [...] Uf, por Dios, de eso ni hablar, todos son iguales. A las muchachas les parecen muy bonitos [...] Uf, siempre pasa lo mismo, así, en las veredas. Será que se enamoran de las armas y eso. Hay mujeres por allá que les gusta eso y entonces se apegan a ellos. Pero hay unas que se enamoran y no se van. Sandra (d. g.).

Un guerrillero se me arrimó y me dice dizque: «Mona —yo era mona (rubia) cuando eso—, mona, mona, ¿usted cómo se llama?... Está muy linda». Y yo le dije: «Gracias». Entonces yo le inventé un nombre ahí. Yo le dije: «Me llamo fulana». No le quise decir el nombre verdadero porque usted sabe que uno no sabe. Yo: «Con mucho gusto, fulana», y él dizque: «Mucho gusto, ¿qué quiere tomar?». Y yo: «Si quiere, un roncito con Coca-Cola». Pero yo estaba asustada porque era la primera vez que hablaba con ellos. Ah, después de que nos tomamos el ron me dijo dizque: «¿Quiere bailar?», y yo: «Si quiere». Yo ya estaba tomada, mareada y comenzamos a bailar vallenato, salsa, merengue. Y entonces me dijo: «Oiga, ¿a usted no le gustaría ingresar a la guerrilla?», y yo: «¿Perdón?». Me repitió: «¿Que si a usted no le gustaría venirse para acá para donde nosotros», y yo: «No sé, porque yo sinceramente no sé cómo es eso allá, tendría que pensarlo». Entonces me dijo: «Si quiere nosotros hablamos con mi comandante y ya él le da el plazo, le dice para cuándo, para que usted tenga tiempo de pensarlo». «Ah, listo», le dije. Después de que terminamos de bailar yo era toda pensativa. Eran como las diez y media de la noche y le dije: «Qué pena, pero me tengo que ir, porque es que a mí todavía me cuidan, a mí todavía me mandan en la casa y no puedo quedarme hasta tarde de la noche». Entonces me dijo: «Ah, bueno. Nosotros salimos mañana por la tarde, ¿será que puede venir al pueblo?». Y yo: «No, porque de pronto ya sospechan que yo estoy hablando con ustedes y a mí me tienen prohibido, porque ustedes son como tercicos». Y me dijo: «No, si una persona se viene para acá es porque quiere, no porque la obliguemos». Entonces terminé diciéndole: «Ah, listo, chao», y nos despedimos. Pues así, de la mano, me dijo dizque: «Listo, mona, que duerma y que sueñe con los angelitos», y yo: «Sí, listo», y me fui y llegué donde mi cuñada. Ella me miraba, como si sospechara algo, como si hubieran visto. Y yo pensaba: «¡Ay!, que no me haiga visto con ese guerrillero porque embalo a mi familia». Ella me dijo dizque: «¿Va a comer?», y yo: «Sí». «¿Usted por qué está tan ida?», me dijo. Y yo: «No, nada, lo que pasa es que estaba tomando ron

y quedé como un poco mareada». Me dijo: «Ojo con esas cosas por ahí». Bueno, al otro día yo estaba sentada ahí en la puerta de la casa en pijama cuando vi que venía la camioneta y yo: «No, no, no, que no vaya a venir el guerrillero ahí porque...». Entonces me senté así y me hice la que estaba hablando sola, pues, me hice la que estaba hablando con mi familia, pero estaba hablando sola, cuando pasó la camioneta y ahí iba el guerrillero. Me dijo dizque: «Hola», y yo: «Hola»... Ah, me hizo señas de que fuera a la plaza porque a él le tocaba quedarse cuidando la camioneta, y yo: «Ah... sí...», le dije yo así, pues, para que los otros no se dieran cuenta. Y apenas decían los otros: «Huyyy, qué mona tan buena...». Yo me entré para dentro y cerré la puerta. Me dijo dizque: «¡Ay!, pero muy grosera», y yo: «Ah, no, es que tengo que entrame para dentro»... y se fueron. Isabel (d. g.).

#### Interacciones de los combatientes con las comunidades de las niñas

Los guerrilleros resolvían más que todo los problemas entre la familia, lo de chismes y cosas de esas. Cuando los esposos que les pegaban a las esposas, ellos venían a ver cómo es la situación y frenaban esos asuntos y les decían a los vecinos que no estaban de acuerdo con esas actuaciones. Sandra (d. g.).

Una vez llegó un grupo de los paramilitares y me miró golpeada. Se dieron cuenta que mi hermano me había golpeado y me dijeron que si mi hermano me golpeaba otra vez iba a tener problemas con ellos, o que cualquier cosa iba a pasar, pero que ellos no permitían que lo golpearan a uno así. Carolina (d. p.).

En esas comunidades que arreglan los caminos para salir de los pueblos y todo eso, llamaban a la guerrilla para que las cosas se hicieran bien, ¿sí me entiende? Es como si el presidente de la acción comunal, por ejemplo, les pidiera el favor a ellos para que coordinaran eso y bueno, ellos lo hacían. Adriana (d. g.).

Le ayudaban mucho a los campesinos de las veredas en algún trabajo que tenían por ahí; por ejemplo, les ayudaban a arreglar los caminos para salir del pueblo. Pilar (d. g.).

Casi siempre ellos eran los que más ocupaban a los civiles, para cargar mercado y a veces les daban para el fresco o para que les trajeran remesa. Sandra (d. g.).

Lo que yo veía era que la guerrilla llegaba a una casa civil y compraba comida, pero nunca les robaba y trataban bien a los campesinos. Silvia (d. g.).

Si se les prestaba una bestia para llevar bultos a no sé dónde, sí, la devolvían, lo mismo que plata y objetos. De lo que hacían para ellos también le daban a la gente. Adriana (d. g.).

#### Actitud de las familias de las niñas hacia los grupos armados

Mi papá y mi mamá siempre han dicho: «El que venga, si me piden agua les doy, si me piden comida, y tengo, les doy; no estoy de parte de nadie, ni de parte de ellos ni de parte de los otros, con nadie»; y siempre ha sido así mi papá, siempre ha sido de ese criterio. Pilar (d. g.).

Ellos llevaban su comida y pedían el favor en la casa de que se la dejaran hacer o hacían un fogón en el patio con piedras y ahí hacían su comida, mientras nosotros hacíamos la nuestra. Otras veces llegaban muy cansados y mi papá les decía: «Muchachos, tranquilos», y mi mamá les hacía la comida. Pero ellos llevaban con qué hacerla. Y ahí fue donde yo los conocí, los fui conociendo y después al tiempo ya no se iban para donde mi tío ni para ninguna parte, sino que se iban a mi casa y ahí dormían y hacían de comer [...] También mi mamá, cuando la guerrilla iba a mi casa, ponía la escoba parada de para arriba, dizque para que se fueran ligero. Es que mi mamá es muy nerviosa, y más el miedo que sentía de que cualesquiera de los que habíamos ahí pensáramos en irnos para la guerrilla, de que nos convencieran. Silvia (d. g.).

Mi papá siempre ha tenido relación con ellos, así, porque ellos vienen ahí, él les colabora mucho a ellos, entonces ellos mantienen mucho donde él. Mi mamá siempre ha sido muy seria, siempre que ellos pasan de pronto le piden un trago de agua, a veces se los da, pero nada más. Ella decía que ella no quería eso para un hijo, que a ella no

le gustaba eso como para que uno estuviera allá, no. Mis hermanos decían lo mismo, que no. Ellos siempre la recargaban era contra mí, porque ellos decían que a mí me gustaba eso y que si yo me iba para allá entonces los perjudicaba a ellos, porque ellos ya no podían salir a jugar ni nada. Sandra (d. g.).

A mi hermana desde pequeñita le gustaba la guerrilla: «¡Ay!, es que tan bueno —decía—, vea cómo son, tan bueno ser uno así uniformado cuando esté grande». Ella anhelaba eso. Los consejos que me daba mi mamá era que nunca me fuera a meter a un grupo. Andrea (d. g.).

A mi papá no le gustaba que yo hablara con los guerrilleros, ni a mi mamá tampoco. Entonces a mí me daba miedo porque ellos se enojaban, me regañaban y eso. Había un guerrillero, un comandante, y él entraba a mi casa y hablaba con las muchachas, conmigo no porque yo estaba pequeñita y no me acuerdo muy bien, pero sí hablaba con las otras peladas, hacía reuniones y mataban marranos y les llevaban carne y así. Adriana (d. g.).

Y como con los paramilitares y el Ejército es lo mismo, pues, con ellos es normal. Si ellos necesitaban un favor o algo, se los hacían normal, les haría uno un favor, pero ya porque toca. No les tenía tanto... no estaban como tan resentidos como con la guerrilla. Lina (d. g.).

Los «paracos» nos amenazaron que porque ellos decían que allá estaba la guerrilla y que nosotros teníamos que pagar por ella haberse ido para allá y nosotros le decíamos que no, que ella estaba aquí en Medellín, que ella no estaba en ningún grupo. Hasta que a lo último los mataron, se dieron cuenta, porque un sobrino de mi papá los sapió —denunció— [...] Al otro día se vinieron por la noche y llegaron a las diez de la noche y sacaron a mi mamá, a mi papá y a mi hermanito y los mataron. Andrea (d. g.).

Un primo que era paramilitar me dijo que me iba a llevar para allá antes que me fuera para la guerrilla, para donde mi papá, porque él sabía que un día me iba a ir para allá. Él iba seguido a la casa, a visitar a mi abuelita. Ella se enteró de lo que dijo, porque él lo dijo ahí a todos, a dos primas que había ahí, a mi abuelita y a mí. Ángela (d. g.).

### Información que poseían sobre la vida en los grupos armados

Un guerrillero me dijo: «Vea, esto aquí es duro, a usted aquí le va a ir mal porque usted está muy pequeña todavía», y me dijo que no, que si quería me quedaba en la casa más bien que irme con ellos a sufrir, que yo estaba muy pequeñita para estar allá con ellos, que la vida de ellos era muy dura. Lucía (d. g.).

Mi hermanita me decía que eso no es para cualquiera, eso allá es muy duro. Yo les decía que cuando estuviera grande también me iba con ellos y ellos me decían que tenía que pensarlo porque eso allá no era tan fácil, porque les tocaba peliar, porque les tocaba entrar merca y era muy duro, les tocaba pagar guardia, cargar merca, así fuera lloviendo o como fuera. Andrea (d. g.).

Mi hermana contaba que les tocaba caminar con esos equipos muy pesados, aunque estuviera lloviendo; que cuando estaban en entrenamiento, si pitaban, así estuvieran comiendo o bañándose, para lo cual les daban diez minutos, les tocaba dejar todo y salir corriendo y dejar la comida. Que las llevaban por un camino oscuro, les daban agua con café, y llegó llena de esas cosas que les da allá por la ropa mojada, así como esos empeines, es decir, que se ponen la ropa mojada y eso les da unos parches así como en forma de herida. Adriana (d. g.).

Ellos decían que eso era muy maluco allá, que eso no era vida para estar allá y estaban aburridos y entonces a uno le daba como miedo irse para allá también. Ángela (d. g.).

Que tenía que pelear uno, que tenía que aguantar hambre, que era súper duro allá. A nosotros nos dieron unas reglas ahí, el manual de convivencia. Normas de toda clase, por ejemplo, que no podíamos salir sin permiso. A la hora que dijeran: «Vayan a prestar guardia», a esa hora teníamos que irnos, nos explicaron todo. Marcela (d. g.).

Él me decía: «Vea, yo no quiero que usted se vaya para allá». O sea, eso fue antes, antes de irme para allá, que yo había venido una vez y me vi con él. Él me dijo: «Vuélvase, yo no la quiero convidar, viva su vida y haga su vida y ya si tenemos posibilidades de vernos pues nos vemos, pero yo no la voy a invitar para allá porque sinceramente yo le

digo: eso es muy duro para usted, que ha estado enseñada a vivir bueno, que nunca le ha faltado nada, yo sé que le va a ir muy mal». Pilar (d. g.).

Él me dijo: «Si a mí me pasa algo usted no se vaya a matar ni nada que la vida sigue, no igual, pero sí sigue». Y me dijo: «Para allá no se vaya a ir que eso allá es muy duro; mejor estudie y salga adelante que usted en la vida se encontrará un hombre mejor que yo». Yo no le paraba bolas, yo decía que no y que no. Adriana (d. g.).

Estaban los que me decían la verdad. Me decían que allá así como se gozaba se sufría también; ellos sí me decían eso: que unas veces pasaban bueno y que otras veces pasaban muy maluco. Por ejemplo, aguantar hambre, caminar mucho, pelear entre el agua y así, aguantando frío, con hambre, de todo. Yo sí sabía que a ellos no les pagaban. Me decían que hacían fiestas y es que eso sí es verdad, ellos hacen fiestas, cuando están descansando, que no tienen problemas por ahí así cerquita, ellos hacen fiestas, bailan, matan marrano, vaca, lo que sea. Sandra (d. g.).

Mi padrastro era del ELN<sup>3</sup> y entonces ya yo empecé también ahí y él me decía que eso era muy bueno; él me ayudó y me fui para el grupo con él. Un hermano mío me contaba que allá era muy duro, que le decían a uno que eso era bueno, pero que en realidad era muy duro, porque uno pedía un permiso para ir a la casa y no se lo daban y que cuando uno iba a la casa era solo para estar un ratico: uno entraba y tenía que irse otra vuelta. A mí no me importó que vivir en el grupo fuera difícil. Verónica (d. g.).

Mi hermano me aconsejaba que no me fuera. Me mandaba a decir con mi mamá que no me fuera para allá, que si un hombre sufría, ahora, dígame una mujer. Mi mamá me lo decía pero yo no le hacía caso. Yo decía: «Cuál, eso es puro embuste, para que uno no se vaya para allá». Yo no le hacía caso a ella. Una guerrillera de allá, que después fue amiga mía, me decía que uno conocía pueblos. Isabel (d. g.).

Mi hermana estaba en la guerrilla y cuando venía a la casa se mostraba contenta. De todas maneras uno tiene que mostrarse así aunque uno no lo esté. A mí me explicaron todo muy bien, cuando yo iba a ingresar me hablaron con la verdad: «Aquí se paga un turno de

---

<sup>3</sup>Ejército de Liberación Nacional.

guardia, aquí solo se cumplen órdenes, aquí hay un entrenamiento...». Y no fue tan duro, o sea, la verdad me lo imaginaba más duro de lo que es. Silvia (d. g.).

Mi hermana, que estaba en la guerrilla, me decía que me fuera, que eso era bueno allá y ella me cuidaba bastante. Mi hermana estaba en otro frente porque ella era comandante y se mantenía con otro grupo. Manuela (d. g.).

Decían que eso allá era muy duro y que uno en la guerrilla echaba muy bueno y podía ayudar a la familia: que eran buena gente, no lo maltrataban a uno, no mataban a la gente por matar y que si ellos mataban era porque ya tenían la razón, porque alguien había hecho cosas malas, porque cuando ellos van a matar le avisan a la persona: «Vea, usted está haciendo esto mal y esto no le conviene; si es sapo mejor váyase, esté quieta, no le haga daño a este». Tatiana (d. g.).

A ver, ellos tenían una pelada allá y la pelada era buena gente y todo, ella decía que la vida allá era muy buena, que era muy relajada y que ella eso no lo cambiaba por nada del mundo y no renunciaría al grupo nunca. Carolina (d. p.).

#### La atracción por los uniformes

Siempre me llamaban la atención los comandantes, porque se vestían más bien, tenían armas más bonitas, mujeres y hombres. Las mujeres me parecían muy lindas cuando se ponían las pavidas verdes, el cabello suelto... me fascinaba; y como en la zona donde yo vivía se mantenían ahí haciendo reuniones, entonces me fascinaba porque las veía muy hermosas, se maquillaban muy bonito. Todo les quedaba lindo: las riatas (cinturones), las pierneras que se amarraban acá para meter el revólver. Las comandantes, las mujeres se veían muy bonitas así; ya los hombres no eran tanto, pero las mujeres se veían súper lindas, muy hermosas. Marcela (d. g.).

A mí me gustaba como se veían uniformados, me parecía que se veían muy lindos. Las mujeres y los hombres se veían muy bonitos, más que todo las mujeres. Se veían muy bien con un fusil y eso; entonces a mí me parecía que también me iba a ver así y eso era lo que me gustaba.

Una guerrillera se veía alegre, como amañada en eso, se veía bonita, le lucía todo lo que se pusiera, el camuflado y como llevaba el fusil. Yo me imaginaba que estando allá también me iba a ver así, bonita. Sandra (d. g.).

¡Ummm, ay bendito!... yo los veía uniformados, con ese brazalete aquí, todos dizque orgullosos con esas armas. «¡Ay, tan rico!» —decía—, y yo me quedé con esa idea. Las guerrilleras se veían bonitas, por eso mismo. Había una que era blanquita, se veía hasta bonita con ese uniforme, pelilarga, con esas trenzas que ellas se hacen o con una boina; claro que la boina se la ponen son los mandones y los lanzas se ponen una gorrita, de esas paviaditas que se ponen con un cordoncito aquí, o cachuchitas —gorras—, pañoletas. Yo decía: «¡Ay!, tan rico uno estar uniformadito así». Isabel (d. g.).

La percepción de los grupos armados en función de sus expectativas de niñas campesinas

Yo vi eso como bueno, la gente disfrutaba mucho la fiesta y todo, veía muchachas allá. Me dijeron que eso allá era muy bueno, que andaba uno por ahí con el arma y que vivían bueno. Pilar (d. g.).

A mí me decían que ellos pasaban muy bueno, porque es que uno los veía y eran felices, recochando, jugaban, hacían de todo. Unos me decían la verdad, otros me decían que eso era muy bueno, que ellos lo pasaban muy rico allá. Lucía (d. g.).

Yo veía que eso era como muy bueno allá, porque cuando ellos llegaban a un pueblo era como tan fácil y había muchas cosas buenas, también uno como que pasaba muy bueno, hacían fiesta cada rato. Verónica (d. g.).

Uf, antes cuando yo tenía como catorce años, cuando ni siquiera tenía novio allá ni nada de eso, a mí me gustaba lo que veía de ellos. Yo como que veía esa gente pasar tan bueno y a mí me gustaba eso. Yo decía que cómo sería de bueno andar con ese fusil terciado y con todos esos muchachos. Sandra (d. g.).



### Fantasías sobre la vida en el grupo armado

No sé como explicar, pero me atraía bastante. Me gustaba la idea de estar caminando de un lugar a otro, aquí, allá, que si me cogió la noche aquí, entonces aquí amanezco. Eso me gustaba y siempre me ha gustado el monte, la soledad, no sé. A mí lo que me gustaba del guerrillero es como esa idea de vivir entre tanta gente y vivir así entre el monte, andar y andar y andar. Como prácticamente en mi casa nos mantenían era casi encerradas. A mi papá había que llorarle para que nos dejara salir de pronto por ahí. Silvia (d. g.)

Cuando los veía pasar pensaba que vivían bueno por la forma de vestir y pensaba que no les faltaba nada. Como que todo lo tenían, y entonces usted piensa: «No, pues a esta gente no les falta nada, yo creo que ni la plata les falta, deben mantener caletos —con plata—». Lina (d. g.).

Pues yo me imaginaba que era bueno, que era solo andar, recochar, pasar bueno con ellos. Sandra (d. g.).

Que era muy bueno, era lo único que yo pensaba, que si uno se iba para allá iba a pasar súper bueno, como más libre, como distinguir más personas, más sitios, pues porque uno en la casa ya tiene que pedir permiso. Claro que allá también, pero en la casa a uno le dicen que no, o «usted está muy niña», mientras que allá no, allá le dicen «Tenemos que salir para tal parte», y para allá salía uno. Marcela (d. g.).

Cuando me sacaban al pueblo, veía pasar a los guerrilleros y entonces me decía: «¡Ay, tan rico, tan bueno uno estar allá!». Puede uno conocer pueblos, por ejemplo: veredas, ir lejos, lejos. Eso pensaba yo, porque de mi casa nunca salía, nadie me sacaba. Isabel (d. g.).

### Enamoramiento y vinculación

Me enamoré de un guerrillero, conocí a un guerrillero que operaba en el área donde yo vivía, me enamoré de él. Él me dijo que nos fuéramos, yo no quería, me insistió como cinco meses hasta que me fui con él para el grupo. Luego desertamos juntos. Sandra (d. g.).

Fue un domingo cuando yo subí al pueblo por la noche. Me quedé allí bailando, de pronto yo lo distinguí ahí y comenzamos a charlar. Me pareció muy lindo, me gustó desde la primer vez que lo vi. Era todo lindo, todo tierno y formal; además, se veía muy lindo con ese uniforme. Yo seguí charlando con él y luego, a los ocho días más o menos, me fui con él para la guerrilla. Isabel (d. g.).

Yo siempre hablaba con los guerrilleros, a veces les ayudaba a prestar guardia, hasta que me pareció bueno. Yo le dije al comandante que me llevara y me dijo que lo pensara. Él me dijo que no me fuera por un hombre, porque yo en esa época ya conversaba con un guerrillero. Luego me conseguí un novio que era comandante y ahí sí me fui. Natalia (d. g.).

Antes de morirse, antes de irse para la pelea me dijo: «Si a mí me pasa algo, usted no se vaya a matar ni nada que la vida sigue, no igual, pero sigue». Yo en ese momento le decía que no, que yo para allá no me iba, pero que si a él lo mataban, yo sí me iba. Cuando ya estaba en el grupo yo decía que ojalá me tocara un combate por los lados de donde él murió, para morir justamente allá donde él cayó. Adriana (d. g.).

Me enamoré de un muchacho, pero yo no sabía que era guerrillero; era un muchacho muy lindo y yo estaba aburrída en la casa, donde solo me dedicaba a estudiar. Demoramos quince días hablando y él me dijo que me fuera con él y nos fuimos un día a las siete de la noche y caminamos hasta el campamento. En algún momento me quería regresar, pero me dijeron que si me volvía me mataban y me quedé. A la semana lo volví a ver y le di dos cachetadas: le dije que fuera un hombre serio. Al mes nos volvimos a ver en el grupo y fue mi marido mío durante tres años. A los tres años lo mataron los «paras». Un año después me entregué. Carmen (d. g.).

Mi novio tenía a la mamá al frente de la casa de nosotros. Éramos vecinitos desde que nacimos, y él ya estaba metido en la guerrilla hacía tiempo. ¡Uf!, era uno de los más ancianos de estar allá. Él era mando; y, sí, mantenía por ahí en las veredas, él se encargaba de eso, de estar por ahí. Una vez yo vine de vacaciones a la casa de mis papás y quería pedir un permiso para ir a una fiesta donde estaba él. Le dije a mi mamá que

yo ya estaba bastante grandecita para que me dejaran salir y que además yo ya no vivía con ellos, que estaba siempre separada de ellos. Le dije a mi mamá, vulgamente hablando, que ella no tenía por qué vivir pegada diariamente al culo mío. Y, obvio que mi mamá me dijo que no; mi papá se quedó callado, porque él a mí no me negaba nada. Yo le dije: «Pues ya que usted no quiere dejarme ir mamá yo me voy, tranquila, yo me voy y me quedo», y ella no la creyó, se acostaron a dormir tranquilos y no la creyeron y al otro día me madrugué. Pilar (d. g.).

#### Episodio desencadenante de la vinculación

La última vez que me pegó recuerdo que me mandó por un kilo de arroz y ese día yo me quedé esperando un carrito que lo traía a uno gratis, un carro para carretera que cargaba niños no más, y yo me quedé esperando ese transporte y llegué tarde a la casa. Cuando llegué él me pegó con una vara, me pegó demasiado duro. Yo le corrí, nunca le había corrido porque me daba miedo y yo ese día le corrí, y con el primer varijonazo que me dio yo me aventé por encima del alambrado. Lucía (d. g.).

Mi padrastro me pegaba muy duro y a veces me sacaba sangre. Entonces ese día me pegó y me daba por la cara y por toda parte. Le dije que me iba a ir para el grupo y él ese mismo día me llevó y me entregó. Verónica (d. g.)

Yo regué un café en el suelo y pensé que mi papá cuando llegara me iba a pegar y entonces decidí irme. Juliana (d. g.).

Un día me dijo mi prima: «Vámonos para la guerrilla». Yo le dije: «Vámonos, si es capaz vámonos», y nos fuimos. Adriana (d. g.).

Muchos muchachos que llegaban a la casa, amigos de mi padrastro, empezaron a decirme que me fuera para el grupo y tales y tales, y yo me fui. Verónica (d. g.). (Segunda vinculación).

Una compañera del colegio tenía un cuaderno igualitico al mío y ninguna de las dos lo habíamos estrenado; lo teníamos ahí guardado para dibujar y a mí se me perdió el mío. Entonces yo decía que ese cuaderno suyo era el mío y que me lo tenía que dar y nos empezamos a

tratar mal. Entonces ella me dijo: «Pues coja ese hijueputa cuaderno que yo sí tengo papá para que me dé otro; en cambio usted como no tiene, pobrecita». Me dio el cuaderno, su cuaderno. Yo no le paré muchas bolas a eso, pero en todo caso sí me tocó un poquito el corazón, porque al otro día me levanté aburrida y empecé a averiguar para irme. Eliana (d. p.).

Mi hermana me dijo: «Vámonos, yo quiero que esté junto a mí, yo a usted la quiero mucho y quiero que estemos juntas, ya que no tenemos padres». Y ella era la hermanita mía y era muy cariñosa conmigo y usted sabe que uno le hace caso a la hermana y me fui con ella. Andrea (d. g.).

Ellos me invitaban, ¡uf!, todos. Lo que pasa es que yo me detenía, me daba como cosita irme hasta que me decidí. Y ya cuando yo no tenía ganas de irme porque no estaba segura, entonces de un momento a otro lo resolví así, o sea, me dejé conquistar de un hombre de allá y yo no pensaba ya más sino en irme. Sandra (d. g.).

## LA VINCULACIÓN

### Diferentes significados de la vinculación

Desde que me metí con el esposo de mi hermana, entonces yo no podía vivir tranquila, eso me atormentaba día y noche, incluso en ese tiempo fue que yo me fumé un cigarrillo por primera vez en mi vida, por el estrés. Yo no encontraba qué hacer, yo misma le dije a mi hermana toda la verdad, es que yo no me hallaba en ninguna parte, yo le confesé todo lo que había hecho y le anuncié que me iba para la guerrilla. Ella al principio reaccionó bien, pero después como que volvió otra vez y me dijo que ella sabía lo que había pasado, y la verdad era que había pasado porque yo había querido. Yo sentía miedo, sentía un miedo terrible de que se enterara toda mi familia, pues, ¡imagínese!, mi papá a ella la adoraba. Donde mi papá supiera eso ahí sí que es cierto que íbamos a tener problemas en verdad. Silvia (d. g.).

Antes de irnos, mi hermanita le dijo a mi padrastro —el papá de ella— que no le volviera a pegar a mi mamá, porque ella era capaz de venir y mocharle la cabeza. Yo me fui para la guerrilla y ella se quedó en las milicias a ver cómo se comportaba el padrastro con mi mamá. Después de que nos fuimos, él ya no le volvió a pegar a mi mamá, porque nosotros le dijimos que el día que le pusiera la mano a mi mamá él vería qué hacía, pero que nosotros no le íbamos a volver a dejar pegar a mi mamá otra vez; y él ya no le volvió a pegar más. Marcela (d. g.).

Mi decisión fue por venganza, porque una vez estábamos en mi casa y a mi papá le dieron un permiso de diez días y se fue para un pueblo a pasear. Nosotros lo esperamos todo el día y toda la noche y él no llegó y al otro día nos llegó en una bolsa el cuerpo de él, despedazado, con una nota de un frente de las FARC;<sup>4</sup> entonces, a mí me dio mucha rabia y mucho dolor y empecé a cogerle odio y odio a la guerrilla.

Fueron dos días en que el padrastro me pegó dos veces. Entonces yo no seguí llenándole más agua y le dije que no le iba ayudar a más

---

<sup>4</sup>Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia.

nada. Lo quería matar, porque él se metía en todo conmigo. Pongamos por caso que si yo tenía una gallina y empezaba a poner, él cogía la gallina y me la mataba. Luego me mató una perrita que porque se iba a comer un pescado. Vino y me la mató. Verónica (d. g.).

A veces mi hermana y yo nos poníamos a hablar por ahí y las dos estábamos aburridas por lo mismo, porque a nosotros no nos dejaban salir para ninguna parte, permanecíamos diario en la casa, ahí. Si pedíamos permiso para salir no nos dejaban salir ni nada, no era sino de la casa al colegio y del colegio a la casa. Y esto me aburrió y en un momento así tomé la decisión de irme. Lucía (d. g.).

Cuando él murió (se refiere a su novio) me dieron ganas de morirme, pero no era capaz de matarme. Sí me dieron ganas, pero no era capaz. Yo decía que me iba a envenenar y al momento decía que no, que mejor me iba para la guerrilla, que me mataran allá. Adriana (d. g.).

Cuando yo me fui para allá, estaba muy aburrida y yo la verdad no sentía ganas de nada, ¿sí me entiende? Entonces yo dije: «Me voy, eso me gusta», y si me muero pues... o sea... lo más seguro que yo me esperaba era la muerte, pero eso sí, quería ingresar. Silvia (d. g.).

#### Vinculaciones forzosas

Yo estaba viviendo con mi mamá, vino mi papá y le mandó decir que yo me fuera para un lugar a ver a mis hermanos y me llevó para un campamento. Yo le pregunté: «¿Dónde están mis hermanos?». Él me dijo: «¿Sabe qué?, usted ya es guerrillera interna». Yo me puse a llorar y a pensar que no iba a volver a estar con mis hermanos. Alejandra (d. g.).

Me enamoré de un muchacho, pero yo no sabía que era guerrillero. Era un muchacho muy lindo. Él me dijo que me fuera con él; caminamos hasta el campamento. Me iba a venir y me dijeron que si me volvía me mataban. Carmen (d. g.).

Llegaron a la escuela nocturna y nos llevaron a cuatro amigas a la fuerza. Aura (d. g.).

### La fuerza del afecto

Mi papá me llamó y yo lo saludé, le pregunté que cómo estaba, que por qué no había llamado y me dijo: «No, es que a mí me queda muy difícil llamarla y hoy tuve la oportunidad de hacerlo»; y yo le dije que estaba muy aburrida porque no había llamado y de pronto me dijo: «Oiga, hija, véngase para acá para donde yo estoy»; y yo le dije: «¡Ah!... yo sí», y él me dijo: «Pero es con todo, no vaya a creer que es de visita, es con todo: con toda la ropa que tenga y dígale a su abuelita que usted se va a venir para acá para donde yo estoy». Y yo le dije: «Bueno». Ángela (d. g.).

Llegó mi hermana allá a mi casa. Yo estaba con un hermanito y ella llegó y me dijo que nos fuéramos para el grupo, que eso allá era muy bueno. Andrea (d. g.).

Estábamos hablando, él me dijo que quería algo serio conmigo, que me fuera con él. Entonces me ofreció dos cosas: que si quería él me llevaba para su casa y me dejaba allá y yo no ingresaba, o que me fuera para la guerrilla. Decidí mejor ingresar de una vez, y lo hice porque si me iba para la casa de él entonces ya no estaba casi a su lado, porque vendría a la casa de vez en cuando. Entonces decidí irme para la guerrilla para estar más cerca de él. Sandra (d. g.).

Yo no me acuerdo, porque yo ese día estaba algo traguada — bajo el efecto de alcohol—, bebiendo con él. Me acuerdo que le dije a él: «Yo sí me voy a ir con usted, espéreme en tal parte, o venga a tales y tales horas». Ese día me fui, pero no me acuerdo si yo le dije que ya, sino que yo medio traguada le decía: «Espéreme aquí, yo voy y recojo mi ropa y en tal y tal parte nos encontramos, o viene y me encuentra aquí en la moto». Isabel (d. g.).

Lo que pasa es que ese día que mi mamá salió, que yo estaba hablando con ese muchacho que me estaba convidando para allá, mi mamá pensó que de pronto yo me iba a ir para allá. Las mamás han sido muy celosas, las mamás no pueden ver a ningún hijo hablando con esa gente porque ahí mismo piensan que uno se va a ir. Por la noche mi mamá me iba a pegar con el cable de la grabadora. Le decía a mi papá: «Mijo, imagínese que esta culicagada tiene ganas de irse con esa gente», y siendo que yo no había dicho nada. Le respondí: «¿¡Yo!? No,

yo no me voy a ir con esa gente, pero es que yo ¿cuándo he dicho eso?». Entonces ahí fue cuando llegaron ellos a la casa preguntando por mí y me fui con ellos. Lina (d. g.).

La fuerza del deseo de ingresar

Hablé con el comandante y los amigos me quedaron de contar qué decía él; y hablé con ellos y me preguntaron que cuántos años tenía; once, les dije. Me dijeron que esperara mejor a que creciera otro poquito, porque eso era muy maluco para uno así tan niño estar allá. Pero les dije que de todos modos me iba a entregar y me entregué. Manuela (d. g.).

Yo hablé con ellos y me dijeron que eso era duro, que siguiera estudiando, que siguiera adelante. Les dije que yo me iba y ellos tomaron la decisión: «Si esa pelada se va, nos la llevamos, qué más podemos hacer». Y me fui con ellos para el grupo. Tatiana (d. g.).

Yo les dije que no quería estar en la casa, entonces me dieron quince días para que lo pensara, pero les insistí en que había pensado muy bien lo que iba a hacer y no quería que me dieran tiempo para tomar otra decisión. Me explicaron bien cómo era eso allá y me fui. Lucía (d. g.).

Ella es la amiga que yo le digo que trabajaba por allá en otra vereda. Hacía mucho rato nosotros nos habíamos presentado al bloque de las autodefensas, le habíamos dicho al comandante de ellos y él había dicho que no, porque estábamos muy niñas y que allá no recibían mujeres. En ese tiempo ellos ya se mantenían por ahí en la vereda de nosotros: todo eso estaba lleno de autodefensas. Y un muchacho que conocía a mi hermano desde el Ejército y que ahora estaba vinculado a los «paramilitares» nos dijo que iba a hablar con un comandante militar y hablaron, y no sé, un día sábado por la tarde nos mandó a decir el comandante militar que subiéramos y me fui. Carolina (d. p.).

Yo siempre hablaba con los guerrilleros, a veces les ayudaba a prestar guardia, hasta que me pareció bueno. Le dije al comandante que me llevara y me dijo que lo pensara y al fin me fui. Natalia (d. g.).



Un día me levanté muy aburrida, muy deprimida, cogí mis maletas y me fui a preguntar por un comandante urbano. Me llevaron hasta él, le dije que yo quería vincularme al grupo, me preguntó que cuántos años tenía y le dije que iba a cumplir catorce. Entonces me dijo que yo no servía, que yo no le podía colaborar, que no, que era muy peladita, que cuando estuviera más grande fuera y hablara. Al rato, un urbano me dijo: «Pero en tal parte sí la reciben», y fui y de una me dijeron que sí, y ahí me quedé trabajando. Eliana (d. p.).

#### Construcciones colectivas de la vinculación

Yo dormía con mi mamá y ya no volví a dormir con ella. Nos poníamos de noche a hablar mi hermanita y yo debajo de la cobija, que qué íbamos a hacer, y mi hermana me decía que no nos fuéramos, que nos quedáramos acá. Hasta que le metí la idea de que nos fuéramos y así lo hicimos. Marcela (d. g.).

Ella (una hermana tres años mayor) me rogaba que no me fuera, pues nunca le gustaron los grupos armados. Me decía que si yo me llegaba a ir ella se iba conmigo, no más por no dejarme sola. Lucía (d. g.).

Una amiga mía que era paramilitar bajaba cada quince días a la vereda. Yo siempre fui muy amiga suya. Mamá me decía que no me juntara tanto con ella, que dejara esa amistad, que porque esa muchacha no andaba en buenos pasos. Yo le hacía creer a mi mamá que le hacía caso, pero cuando ella se descuidaba yo me iba para allá, para la casa de ella, y nos poníamos a hablar, y ahí fue que me empezó a hablar de ellos: que por allá andaban los «paras» y que eran muy buenas personas. Hasta que después bajaron a la vereda donde yo vivía y nos fuimos con ellos. Carolina (d. p.).

Antes de que mi hermanita se fuera para el ELN, ella y yo habíamos hablado y ella me decía: «Silvia, yo voy a ingresar». Y yo: «¡Ay!, si usted se va yo me voy con usted».

Un día una prima me dijo: «Vámonos para la guerrilla». Yo le dije: «Vámonos, si es capaz, vámonos». Y nos fuimos. Cuando llegamos a la vereda se marió —desistió—, no quiso ir. Dijo que no, que no se iba, que porque era muy duro caminar [...] Fue un arranque que le dio y

como allá estaba el hermanito de ella, que era miliciano. Bueno, cuando llegamos ella ya dijo que no, se quedó cuatro días en la casa y después ya se vino, pero yo sí me quedé. Adriana (d. g.).

Una amiguita también se quería ir conmigo y después me dijo que por qué no la había invitado. Juliana (d. g.).

La cuñada mía, que estaba de novia de mi hermano, me dijo: «¿Sabe qué?, váyase». A ella también le gustaba eso, se quería ir conmigo, entonces ella me dijo: «Váyase y si yo no me voy con su hermano a vivir en estos quince días, entonces yo también me voy para allá». No se fue, porque a los quince días se fue con el hermano mío y esta es la hora que viven juntos. Sandra (d. g.).

Me daba miedo, me daba pena ingresar sola, yo decía: «Pero es que yo solita allá, todos me miran, quedo yo como una cucaracha por allá». Me daba pena, yo sí amagaba, pero me daba pena. Yo le decía a una hermanita mía: «Vámonos juntas para la guerrilla», y ella me decía: «Esta sí es bien boba, si se quiere ir váyase sola, ¿me tiene, pues, que llevar a mí?». Así me decía, y yo: «Ah, bueno, no se vaya, pues, conmigo». Adriana (d. g.).

La otra se iba a ir conmigo y se arrepintió, se consiguió un novio en la vereda y no se fue. Adriana (d. g.).

Una pelada se iba a ir conmigo, la mamá se dio cuenta y la mandó a que estudiara en otra parte. Carolina (d. p.).

#### Anuncio de la vinculación

Yo le avisé a mi mamá como dos días antes. Le dije: «Sabe qué, yo voy a hablar con el comandante y me voy a ir con ellos». Lucía (d. g.).

Yo le decía: «Mamá, usted sabe que a mí me ha gustado la guerrilla, usted sabe perfectamente que sea como sea yo me voy para la guerrilla». Silvia (d. g.).

Una vez me levanté como con la «depre» encima y me le volé. Yo llamé a mi mamá ya cuando salí de la escuela y le dije que me iba. Eliana (d. p.).

Yo le dije: «Pues como usted no quiere nada por las buenas, ya me toca a mí hacerlo por las malas», le dije yo. Ella siguió llorando ahí y le dije: «De todas maneras yo me voy, mamá». Pilar (d. g.).

Yo estaba muy aburrida porque mi padrastro siempre vivía pegándose. Yo le decía a mi mamá y ella no le decía nada. O ella sí le decía, pero él como que no la escuchaba tampoco. Como que yo era una molestia para mi padrastro y entonces le dije a mamá que me iba a ir para el grupo y él ese mismo día, el padrastro, me llevó. Verónica (d. g.).

Yo tenía un primo allá y le decía que yo me iba a ir para la guerrilla. Cuando cumplí los dieciséis años, desde mayo empecé a decir que me iba para la guerrilla, que me iba y me iba, porque yo tenía un novio allá que me lo habían matado. Adriana (d. g.).

No le avisé a nadie, solo sabíamos mi hermana y yo, ninguno más sabía. Nosotros ni siquiera nos despedimos, pues porque nos daba cosita irnos. Mi hermana sí le dijo a mi padrastro, que era el papá de ella, o sea que cuando nos íbamos a ir, ella sí le dijo. Marcela (d. g.).

Cuando me fui para el grupo, estaban unos guerrilleros ahí en la casa, amigos de mi papá y yo les pregunté que si eso allá era bueno. Ellos me dijeron que no, que eso allá no era para todo el mundo, y yo escuché eso y dije: «Sí, eso es muy fuerte, pero yo me voy, me quiero ir». Tatiana (d. g.).

Me volé de la casa, y solo le avisé a la cuñada mía, ella sabía todo de mi vida. Yo confiaba mucho en ella y le contaba lo que iba a hacer. Sandra (d. g.).

#### Reacción de las familias ante el anuncio

Ella solamente lloraba y me decía que yo para allá no me iba ni loca, que solamente sobre el cadáver de ella. Silvia (d. g.).

Mi padrastro me dijo que no hiciera eso, y yo le dije: «Yo sí lo hago». Porque estaba muy aburrida en la casa. Tatiana (d. g.).

Mi mamá no me quería dejar ir, me decía que no, que no. Mi hermano, el que me pegó, también me decía que no me fuera, que con esa gente por allá no sabía qué me iba a pasar, que yo no tenía

problemas con nadie para que me fuera por allá. Entonces le dije que no iba a soportar que me siguiera aporriando, y así, hasta que yo me fui. Carolina (d. p.).

Mi mamá me decía que no, que yo no podía seguir el mismo camino de mi papá, que tuviera en cuenta lo que había pasado, que yo no podía hacer lo mismo [...] Mi mamá veía el noticiero donde mostraban a las autodefensas como terroristas y se asustaba mucho, se ponía a llorar, pues me imagino yo que era por mi papá; ya después lloró fue por mi culpa. Eliana (d. p.).

A los trece años, los del grupo me mandaron a recoger otra vez con mi padrastro. Me mandaron a asistir a una reunión, con todos los grupos y con todos los milicianos que había en el pueblo. Nos reunimos en una asamblea que hubo, grandísima, y entonces hubo un balance. Decidieron que tenían que recoger otra vez los integrantes que patrullaban por ahí y ahí fue donde me recogieron a mí. Ya yo estaba grande, bien gorda. Mi mamá sabía. Ella me decía: «Mija, no busque esos malos caminos, por allá le va a ir mal». Me decía que yo estaba muy pequeña, que tales [...] Le contesté que yo me iba a ir porque ya mi hermanito estaba allá. Lloró mucho, cuando decidí irme, lloró mucho. Verónica (d. g)

Mi mamá me decía, llorando, que no me fuera, que yo era la única hija que tenía, que allí no me faltaba nada, que tenía todo con mis hermanos y que vivía bueno, que no se qué [...] De todos modos le dije a mi papá que yo me iba y él me dijo que me manejara bien, que mucha suerte y que él me quería mucho, que estaban abiertas las puertas de la casa para cuando quisiera volver. Yo de la rabia que tenía con mi mamá, yo estaba como ciega, ni le pedí la bendición a ella, entonces le pedí la bendición a mi papá y mi papá como que no me la iba a echar, entonces yo le dije: «Pues entonces yo me voy»; y ya mi papá dijo: «No, espere», y me echó la bendición y me abrazó. Salí y me uní al grupo. Pilar (d. g.).

Mi abuela se puso a llorar y me dijo: «Mija, no se vaya». Y yo le dije: «Yo sí me voy para donde mi papá, chao». Y ya a las dos me fui, claro que ella me dio el pasaje, el costo del transporte para irme. Ángela (d. g.).

Cuando le dije a mamá que me iba a entregar a la guerrilla, ella me dijo que no me fuera, que ella estaba muy sola, que me quedara

mejor trabajando, que si era que estaba aburrida con ella, que cuando estuviera más grande me fuera. Manuela (d. g.).

#### Alternativas a la vinculación ofrecidas por la familia

Cuando eso yo tenía todo en la casa, porque como he sido la mayor de las mujeres entonces gozaba de algunas cosas. Tenía una pieza grande aparte y otros privilegios. Pues sí, me consentían mucho. Como pobre no me faltaba nada. Lina (d. g.).

Por esos días estaba aburrida y ya no me parecía gracia ni estudiar, aunque me gustaba mucho el estudio. Le estaba cogiendo pereza al estudio y por eso hacía como quince días que no hacía nada de eso. Mi mamá me rogaba mucho que estudiara, pero yo no quería. Ella sí sospechaba algo en mí, porque antes mi actitud era distinta con respecto a mis deberes. Me la pasaba era en la casa. Lucía (d. g.).

Me hablaban, me decían que estudiara, que mi novio ya estaba muerto, que ya no había nada que hacer. Adriana (d. g.).

Yo estaba trabajando en un pueblo lejos de la casa de mis papás hacía un mes y estaba aburrida, trabajaba en una casa de familia, me habían mandado allí para que no me metiera a la guerrilla. Me aburrí y me devolví. Adriana (d. g.).

Estuve trabajando unos meses interna en una casa de familia en el pueblo y después me regresé para la vereda y empezaron a ir las FARC ahí seguidito y entonces ahí fue donde me vinculé. Silvia (d. g.).

Yo trabajaba en Medellín en una casa de familia y fui a quedarme donde mi mamá por ahí tres semanas. Ya me iba a regresar. Lo que pasó fue que en ese momento se atravesó él. ¡Ah!, bueno, yo me dejé convencer y me fui con él. Sandra (d. g.).

Lo conocí muy niña, yo tenía como once o doce y me enamoré de él. Mis papás me mandaron lejos. Yo volvía mucho de allá para acá, venía con mi tía a pasear. Eso fue en diciembre, ya como a los dos o tres días después de esa visita me encontré con él y me fui con él. Pilar (d. g.).

Un hermanito mío me llamó y me dijo que me viniera para Medellín, para la casa de él, que él me daba todo lo que yo necesitara y yo no quise, porque como yo ya estaba decidida a irme para el grupo, yo ya tenía la psicología de irme para el grupo, ya cuando eso mi hermanita estaba ahí conmigo. Andrea (d. g.).

Mi familia se puso muy mal, ellos le dijeron a ella que si quería que nos veníamos a vivir aquí a Medellín y que le dábamos todo lo que quisiera y ella que no, que ella se iba a ir para el grupo, que eso era lo que ella anhelaba, irse para la guerrilla. Mi mamá le lloraba y le decía que no se fuera, que vea que eso allá de pronto era muy duro y dijo: «No, cuál, yo me voy». Se fue junto con una prima de nosotros, dijo que no, que ella se iba, que ella no se iba a quedar en la casa y entonces mi mamá no podía hacer más nada, solo dejarla ir. Andrea (d. g.).

#### Intentos de las familias por desvincular a las niñas

Cuando yo me metí a la guerrilla mi hermanito subió al pueblo, yo estaba así en la camioneta donde nosotros andábamos. Estaba así recostada, yo tenía el fusil así, yo uniformada del todo, estaba con un guerrillero. Yo escuchaba que me silbaban y yo no atisbaba, cuando me llamaron por ni nombre. Cuando volteé a mirar era mi hermanito y me dijo: «Isabel, usted no ve tanto que sufrió su mamá por su hermanito y ahora se mete usted a eso». Le dije: «No, a mí me gustó eso». Él me dijo: «¿Sabe qué, Isabel?, si usted quiere salirse de ahí yo la ayudo a salir, la mando para Medellín». Isabel (d. g.).

Mi papá trabajaba por ahí mismo y cuando yo lo veía me le escondía, hasta que un día ya me dejé ver. Él me dijo que me fuera para la casa, que no me quedara allá, que mire que la mamá estaba muy enferma y que un hermanito iba a ir y que yo me regresara para que me fuera a otro pueblo. Le dije que no, y al sábado mi papá bajó y se puso a llorar, me decía que me fuera, decía dizque: «Lo que más queremos en la casa y vea como nos pagó, y usted misma buscó la muerte, y no le deseo mal, solamente que donde quiera que vaya que la virgen la proteja». Y se la pasaba llorando mi papá. Adriana (d. g.).

Al siguiente día me empezaron a entrenar y al siguiente día mi mamá fue allá donde me estaban entrenando, a reclamarme, diciendo que yo era menor de edad y que ellos no me podían dejar allá y fueron y hablaron con el comandante. Carolina (d. p.).

Cuando yo estaba en el grupo y vine a visitarla, me dijo que me saliera de allá, que ella no me volvía hacer eso y que ella reconocía que me pegaba mucho y que la perdonara, que ella no lo volvía hacer. Mejor dicho, que la disculpara por eso. Y como era mi mamá, yo me sentía bien, bien cómoda en el corazón, no se qué me daba y yo sentía como pesar de ella, y yo me colocaba a llorar. Cuando otra vez me fui, me decía que no me fuera, que eso era muy duro. Tatiana (d. g.).

Mi familia, cuando iba a visitarlos, me decía que me viniera para la casa, que volviera, que estas y que las otras. Pilar (d. g.).

Mi mamá sí fue y le dijo al comandante que nos dejara ir, que yo estaba muy pequeña para estar en un grupo de esos tan duro. Lucía (d. g.).

Una vez que fui a la casa, mi mamá estaba contenta de verme, pero ella nunca me llegó a decir: «Hija, como te ves de linda», nunca. Lo que ella me decía: «Mija, sálgase, sálgase de allá». Y yo: «Ma, no, yo no me puedo salir». Marcela (d. g.).

#### Ratificación de la decisión

Mi mamá como que se las cogió y fue a buscarme, eso fue horrible. No sé por qué, pero yo no sentía nada y en ese momento no se me daba como nada, o sea, de verla así, arrodillada, llorándome para que no me fuera. Ella se tenía el corazón así duro, o sea, como si ya se le fuera a salir y lloraba y lloraba: «No se vaya», me decía. Decía que la mataran a ella antes de yo irme. Y, no sé por qué, no sentía nada. Es que la guerrilla era lo mío, no sé, como sino sintiera nada por mi mamá, ¡ay!, no sé. Silvia (d. g.).

Mi mamá fue al campamento, ese día yo estaba toda empantanada porque me estaban entrenando. Mi mamá lloraba y yo le decía que no llorara, que no me iba a pasar nada, pero sin embargo no me quise ir con ella. Carolina (d. p.).

Mi mamá bajó por mi hermana y por mí. Como a mí me habían dado la oportunidad de devolverme y no quise, le dieron la oportunidad a mi hermanita de que si quería se fuera para la casa y ella dijo que sí; se fue para la casa con mi mamá y yo me quedé. Lucía (d. g.).

Cuando yo entré me dieron tres días para pensarlo. Pero, ¿sabe por qué yo no me quise devolver? Porque yo pensé que de pronto mi mamá iba a estar muy brava conmigo y me dio como cosa ya volver, me dio como miedo. Yo como que a la misma vez quería devolverme y estar ahí y a lo último yo me puse a decidir y a pensar, sí, yo dije: «Yo ya no me devuelvo, me quedo aquí». ¡Ah!, por la tardecita, ahí mismo le dije a él que ingresaba, que me quedaba. Sandra (d. g.).

Yo me acordaba cuando mi padre le pegaba a mi mamá, me acordaba del error que cometí con mi hermana, me acordaba de todo. Qué tal, mi papá ya debe saber, ¡Dios mío!, ¡qué tal yo volver a mi casa! Yo aquí me voy a quedar, me sostuve, hasta que me muera. Silvia (d. g.).

A mí también me pareció muy duro, pero no me daban ganas de venirme, estaba nueva y me parecía bueno. Adriana (d. g.).

Cuando entré al grupo y mi hermanito me pidió que volviera. Ese día me dio pesar de él y me dio por hablar con el comandante y me sacaron, pero al otro día volví y me metí a la guerrilla, porque es que yo a ese comandante no lo dejaba. Isabel (d. g.).

Mis papás me dijeron que me saliera y yo no me salí. Tatiana (d. g.).

Ella cogió y escondió la ropa en un talego y la metió entre las matas, y eso era de una esquina a la otra, iba a la cocina, fritaba una carne y volvía a la esquina porque ya iban a venir por ella. Cuando menos pensamos desapareció. Nosotros no paramos bolas, cuando al ratico subió la mamá de la otra pelada que también se había ido, que no estaba, y ahí mismo ya empezaron todos a llorar porque ya se habían ido. Al otro día las dos subieron por ahí por la casa y ellas contentas de que ya eran guerrilleras, riéndose las condenadas y nosotros dizque llorando. Adriana (d. g.).



## PERMANENCIA EN LOS GRUPOS ARMADOS

### Las primeras experiencias

Yo lloraba mucho por esas caminadas que me tocaban, lloraba mucho y les decía: «Yo me quiero ir para mi casa, yo me quiero ir para mi casa, estoy muy cansada». Había veces que me desmayaba, no aguantaba con el peso del fusil y el chaleco, todo el armamento, no podía con ellos. Una vez me tuvieron que quitar el armamento y todo porque me desmayé: quedé como dos días sin memoria, se me borró todo y ya el comandante dijo: «No, esta niña no puede con un fusil todavía», y me dieron un R15, que no tiene mayor peso. Porque con un fusil grande yo no podía. Eso era muy duro. Después que me fui adaptando me decía que de ahí no me iba a salir ya. Carmen (d. g.).

Llegamos nosotros al campamento y yo vi esa manada de guerrilleros ahí, guerrilleras, «culicagadas» de doce, quince, diez años. Y yo: «¡Ay!, en qué boca del lobo vine a caer yo aquí». Eran muchos en ese campamento. Y llegamos allá y me presentaron como la nueva compañera. Bien, me trataron bien. Me dijeron que me iban a leer el reglamento, las normas. Yo todo lo acepté y luego me dijeron: «Mire, no puede hablar con la familia, no puede tomar licor uniformada, no mucho. Además, tiene un horario y para salir al pueblo tiene que pedir permiso». Y yo: «¡Ay...!»». Cuando ya me leyeron el reglamento me dijeron dizque: «Dentro de un mes le hacemos el entrenamiento». Cuando llegó el mes, ¡qué entrenamiento tan duro! Ahí fue donde me arrepentí. Son como cuatro o tres meses de entrenamiento. Ya después de que me entrenaron me entregaron tres uniformes, dos gorritas paviaditas, dos pañoletas, me entregaron dos riatas, un fusil AK-47, el chaleco (uno negrito, ¡más bonito!), unas botas, dos pares de medias que suben por aquí. Me dieron unos cordones para que acordonara las botas y así no me entrara agua. Ah, y me trajeron el morral, proveedores, toalla, una carpa para que hiciera la caleta. Ahí fue donde me junté a vivir con él. Isabel (d. g.).

Bueno, cuando yo ingresé el primer día solamente me enseñaron a pasar a formación. Formaba de manera normal y no hacía mucho más, digamos. Al otro día me tocaba levantarme a cocinar, dizque: «Fulana de tal, le toca la rancho mañana con fulano». Él como que era muy bueno para la rancho, entonces lo pusieron conmigo que era nueva, y tocaba levantarse a las dos y media de la mañana. Yo me quedé dormida, no me despertaron y a las cinco de la mañana que llamaron a todo el mundo me levanté yo. Y yo era así como toda apenada, y después ya me colocaron guardia, como ya pasamos al entrenamiento, a los tres días ya me llevaron para entrenamiento, entonces ya sí hacía todo: que la rancho pero yo sola, que la guardia, que la leña, todo, como cualquier guerrillero. Cuando entré al grupo estuve tres meses sin fusil, que fue lo que duró el entrenamiento. Mientras tanto estuve cargando un palo porque a uno le toca primero acostumbrarse a cargar un palo para después cargar el fusil, porque por ahí en cualquier parte se le queda a uno el fusil. Entonces ya después de los tres meses salí del entrenamiento y ahí mismo me pasaron el fusil, chaleco, uniforme, munición, todo. Silvia (d. g.).

En el entrenamiento lo ponen a avanzar tendido, a dar rollos, que es por ejemplo que usted se tira así con la mano y el fusil y cae en posición de combate. También a avanzar semiencorvado, a correr, a saltar. También le enseñan a uno, en el entrenamiento, a pedir permiso para entrar a una formación y a salir. Cuando uno está en la formación tiene que pedir permiso para salir. Por ejemplo, cuando usted va a entrar a la formación que «la colgó», usted llega aquí en la esquina derecha del mando que está en frente y de toda la tropa y zapatea y dice: «Permiso sigo». Y entonces si él le dice: «Siga», usted sigue, pero, pues, zapatea y coge el fusil en posición y arranca con el pie derecho y va hasta el frente del mando y el mando le dice que por qué la colgó, es decir, por qué llegó tarde a la formación. Entonces el mando le dice a uno: «Pase a la formación», entonces usted da la media vuelta, zapatea y arranca con el pie derecho y pasa a la formación. Cuando ya se ubica también da la media vuelta y entra, y cuando va a salir de la formación, que está en formación y tiene que salir, entonces zapatea y dice: «Permiso salgo», y entonces ya le dicen: «Salga». Da media vuelta y se pasa así por debajo de la escuadra. Tiene que pasar por debajo, no se puede pasar por encima. También nos enseñaban a armar y desarmar un fusil. Cuando usted ya sabe todo eso lo ponen a hacer dianas, le enseñan a uno a pagar guardia. Silvia (d. g.).

Un día, allá también hay orden del día. El orden del día lo sacan los comandantes por la mañana. Entonces, por ejemplo, decían: que el orden del día es baño parcial. El baño parcial es que uno se baña y se coloca la misma ropa, únicamente lava las botas, lava las medias, se cambia de ropa interior y ya. Por ejemplo, los baños generales los hacía cada cuatro días, que es baño y lavado de ropa, lavado de equipo, de todo, cama, eso es cada cuatro días de baño y de lavado. Entonces digamos que hoy es baño y lavado. Primero hacen un grupo y en ese grupo le dan a uno una charla los comandantes a eso de las ocho a nueve y media de la mañana. Lo segundo que hacen es mandar a relevos de guardias. Lo tercero es la toma de refrigerios. Lo cuarto es, por ejemplo, cuando hay que ir a remolcar; por ejemplo dicen: «Cuarto: remolcar»; entonces es ir a traer mercado por allá a una carretera, según donde los urbanos la dejen, y lo otro es ya la salida o cambiada de campamento o así, de todo, o limpieza al campamento. Allá también le mandan a limpiar el campamento todos los días, o a hacer los chontos —orificio en la tierra que sirven de letrina—. Todos los días mandan a hacer eso y así con todo lo que se vaya presentando en el campamento: la hecha de la ranca, la arreglada del bañadero, que la carpa del casino, todo eso es el orden del día. Todo el día se la pasa uno recogiendo leña, mientras los otros arreglan el casino, el otro que el cañito donde uno se baña, buscando lavadero, que los otros barriendo. Si estamos en casa, lo mandan a uno a barrer las casas, en fin, todo el día la gente está ocupada. Aura (d. g.).

Cuando yo llegué me llamaron la atención las personas y el buen trato. Eso me gustó, me sentí muy bien. En ese tiempo nosotros no sabíamos qué era una caleta. Nos decían: «Esto es una casita que uno hace; ustedes pueden pedirle caleta a otro». En ese tiempo yo duré durmiendo con un muchacho. Me decían: «No, usted duerme con cualquiera y esté tranquila que él no la va a tocar porque si la toca va de consejo de guerra». Marcela (d. g.).

Los primeros cuatro días me pusieron a entrenar para ir aprendiendo cositas y a los quince días me entregaron fusil y me vistieron así armada ya. Me entregaron un fusil, un RP pequeñito, proveedores, munición y todo. A lo último estaba amañada allá. Manuela (d. g.).

Yo los primeros tres días estaba muy contenta, porque estaba con mi madrastra y con mi papá ahí y llegamos a un campamento, mucho

más allá de las veredas. Eso era puro monte y había un campamento grandísimo. Ángela (d. g.).

La primera vez para mí fue de amargura. Empezando porque la imagen que uno tiene es muy distinta a cuando usted llega allá. Usted saber que llega a un monte, que es todo frío, que usted está enseñado a dormir solo y que a usted le toque dormir con otro y oliendo bien maluco, ¿cierto? Lina (d. g.).

Me daba susto. Apenas llegué había una escuela y yo iba con un jean y unas sandalias y una blusita. Me hicieron quitar esa ropa, me hicieron poner unos tenis y una pantaloneta, me pusieron de una vez a trotar y a mi amiga ya la tenían entrenando. Apenas llegué empecé el entrenamiento y, bueno, esa noche yo la pasé ahí con mi amiga y con ellos. Nos pusieron a dormir juntas. Y ahí siguieron entrenándonos a mí y a la otra pelada. Después un comandante militar y un comandante de escuadra peliaron, alegaron, se disgustaron y entonces el comandante militar cogió a la pelada y la sacó de esa escuadra y se la llevó para otra parte, en la misma vereda, pero la sacó con otro comandante. A mí me dio muy duro eso, ahí como que me arrepentí de haberme ido por allá. Al tiempo se me pasó, me llevaron para otra parte. De todas maneras me siguieron dando el entrenamiento, después me aceptaron de escolta para poder tener entrenamiento con arma corta. Carolina (d. p.).

Nos sacaron a un grupo y de noche nos llevaron allá, con puras granadas y perillas y unos fusiles pequeñitos. Me mandaron a mí para que fuera perdiendo el miedo. Al principio todo allá es muy miedoso: eso de coger un arma y que de pronto se le dispare a uno, eso da mucho miedo. Aura (d. g.).

También me acuerdo del entrenamiento: eso es muy duro. Primero nos mandaron a arrastre, así en los codos y éramos nosotros subiendo así por todo ese viaje de pantano y muchos palos, y a veces uno se chuzaba. Yo me pelé todos estos coditos así. Le tocaba a uno en unos pantaneros, nos ponían a dar vueltas y jumbos. A mí me dieron tres días de entrenamiento porque ya a mi compañero lo estaban entrenando ahí con los otros que ya habían entrenado. Ahí mismo, después que me dieron entrenamiento me entregaron fusil. A mí no me enseñaron cómo manejarlo: yo misma fui aprendiendo así poquito a poco, porque yo veía a los otros muchachos; entonces me puse también a hacer lo mismo

que ellos y aprendí, aprendí ahí mismo a desarmarlo, a volverlo a armar, a limpiarlo. Sandra (d. g.).

A los dos meses me llevaron al entrenamiento, y el entrenamiento es muy duro, porque es rarita la vez que uno viene sanito de ahí. Yo llegué con paludismo del entrenamiento, porque es una tierra muy caliente. Marcela (d. g.).

Los primeros días estuve muy miedosa, porque eso es durito; yo temblaba, a mí me daba susto cuando decían que venían los «paras» y nos ordenaban formarnos. Yo temblaba cuando eso. Hubo un día que me pusieron con mi hermanita; ya mi hermanita me soltaba, porque mi hermanita es berraquita, me decía: «Hágale pues que vamos es para adelante». Y ella me tiraba, ella me estrujaba para que echara para delante. Marcela (d. g.).

A mí me habían dicho que allá le daban a uno estudio. Cuando yo llegué allá, yo les dije: «¿Cuál es el estudio que aquí le dan a uno?»; entonces me van diciendo: «El estudio que se les da acá es este»; de una entonces me pasaron un arma y yo ni sabía para qué era eso, ni la sabía manejar. Me pasaron una súper pesada, imagínese, y uno con doce años no es capaz con eso todavía. Lina (d. g.).

#### Percepción del trato recibido en el grupo

Como yo era tan niña y era la más jovencita de todo el grupo, entonces a mí me querían mucho y a mí me consentían así, como una niñita. Había unos que eran muy buena gente, pero había también otros que ¡válgame Dios! Pero yo ni los voltiaba a mirar. Lina (d. g.).

Me fue bueno, porque a mí no me maltrataban, no me decían nada. Sanción sí me tocó pagar, pero con moral. Tenía uno que pagar con moral y echar para adelante. A mí no me trataban mal. Me pedían favores y yo para donde me decían para allá iba, para donde me mandaban para allá iba. Me daba rabia porque me mandaban mucho, pero no decía nada, callada. A veces me mandaban para una parte y yo decía que estaba muy cansada y ellos reconocían y no me decían nada; pero a mí no me maltrataban allá. Tatiana (d. g.).

La vida sí era difícil allá, pues, normal, a la final ellos no tienen la culpa de que yo me haya ido para allá, si a ellos les gusta, les gusta, y además nunca me trataron mal y siempre tuve una convivencia buena con ellos. Pilar (d. g.).

Me trataban súper bien. Cuando estaba enferma, por ejemplo, ellas me prestaban guardia, ellas recibían comida para mí o yo recibía comida para ellas. Nos poníamos a peinarnos, a maquillarnos. Mejor dicho, era una relación bonita que teníamos allá entre mujeres y hombres también. Marcela (d. g.).

A veces me gustaba el trato que le daban los comandantes a uno, porque eso sí tienen ellos, que a uno lo tratan muy bien. Ese fue el trato que a mí me dieron. Carmen (d. g.).

Pues a mí me trataban muy bien, yo era como una de las hijas del comandante, porque era la más niña, frente a la demás que tenían quince o dieciséis años en adelante. Yo era la única bebé para ellos, era como una de las favoritas de los comandantes, porque a mí nunca, qué me iban a sancionar por algo que yo hiciera. Me trataban muy bien y mi hermanito también les decía que me trataran como a una bebecita. Carmen (d. g.).

Yo era la más niña, el comandante del frente me quería mucho y me empezó a enseñar. Allá había un profesor, entonces él me dijo que yo tenía derecho a seguir estudiando. Allá nos enseñaban a multiplicar, a restar, a escribir y eso era algo bueno. También me entregan las cartas que mi mamá me enviaba. Natalia (d. g.).

Hombres y mujeres eran iguales, eso es todo por igual, menos los comandantes, ellos sí se relajan más. Nos trataban bien, eso depende del que se haga tratar mal, a mí siempre me trataron bien. Sandra (d. g.).

Allá los maridos no podían tocar a las mujeres, pues nunca les podían pegar. Allá no era permitido eso tampoco, los separaban. Marcela (d. g.).

Allá siempre, si algún guerrillero de base se atrevía a discriminar a las mujeres, se comunicaba ese hecho y lo sancionaban. Por ejemplo si decían: «Qué... ah, que estas viejas no sirven para nada». Porque de

pronto se daba el caso de que alguna pelada no cumplía con las reglas como guerrillera, entonces empezaba como una cierta discriminación contra todas las mujeres. Las mujeres comunicaban eso y ahí mismo lo sancionaban a él. Silvia (d. g.).

El trato en el grupo era más o menos, oís, más o menos, porque es que de por sí uno no puede decir que el trato es bueno, porque es que a uno lo humillan, mirá que para usted es una humillación de que se esté portando bien y que lo traten mal, que le digan: «No, es que usted se está portando como una h.p.». O que le digan: «No, es que usted no parece que fuera de acá». Lina (d. g.).

Lo que no me gusta es el maltrato allá; por ejemplo, cuando uno no hace caso lo ponen dizque a marchar, a prestar guardia, ¡nooo, qué pereza!, lo insultan a uno. Isabel (d. g.).

A veces me gritaban mucho, porque yo a veces trabajaba mucho y salía cansada y me decían que vea, que vaya pague guardia, y yo le decía que yo no iba a pagar guardia, que estaba muy cansada y me decían que: «Sí, claro, cuál trabajar, más trabajamos nosotros», que yo no se qué, y yo lo que hacía era llorar. Me la pasaba llorando y pensando en mis padres. Andrea (d. g.).

Después de que mataron al que vivía conmigo, comenzaron a tratarme mal, súper mal. Con el que yo vivía era comandante, era muy querido conmigo. Después de eso comenzaron a tratarme mal. Ya todo me lo asumían a mí, ya me pusieron de ecónoma, que es entregar las comidas. Aguanté todo eso durante un año. Después me conseguí otra pareja. Luego me aburrí más cuando me di cuenta que mi mamá estaba muy enferma. Marcela (d. g.).

Por todo, por naditica, lo sancionaba durísimo a uno: con cien viajes de leña, o un mes brillando las ollas o lo paraban a uno varias horas sin sentarse. Lucía (d. g.).

Las sanciones: hacer huecos de trinchera, cargar leña, desyerbar. Natalia (d. g.).

Solo fui una vez a mi casa, como a los cinco años de estar allá; pero yo a veces les pedía permiso para que me dejaran ir y así estuviera cerquita de ellos no me dejaban ir. De todas formas yo siempre tenía

información de mi familia, pero no porque en el grupo me la dieran, sino porque yo me daba cuenta, averiguaba por ahí. Porque esa gente a uno nunca le dicen nada, a usted le dicen: «Ah, no, sí, su familia está muy bien», y su familia de pronto pasando necesidades, sabiendo que está en peligro. Lina (d. g.).

No se podía manifestar el aburrimiento; antes uno tenía que ocultar lo que sentía, porque lo notaban a uno aburrido, imagínese, y ahí mismo pensaban que uno se iba a volar. Pilar (d. g.).

Que no me podía comunicar con mi familia, me dijeron. Una sola vez que pasamos junto a mi casa me tocó rogarles para que me dejaran entrar a saludar a mi familia. Aura (d. g.).

Como eres mujer y eres más o menos bonita, entonces en usted se fija un comandante. Tú no le paras bolas al comandante, entonces el comandante se la monta a usted. Ahí mismo el comandante dice: «No, es que usted es una hp; no, es que usted es esto; no, es que usted es lo otro», ¿cierto? Entonces con facilidad la llevan al hueco. Eso estaba pasando conmigo. Lina (d. g.).

Me llevaron a andar con el comandante, como quince días bien, pero después empezó a pedírmelo, ¿sí me entiende? Y si uno no se lo da, pues lo llevan al monte. Entonces el cucho al principio me trató muy bien, pero ya después me empezó a afanar: «Que esto, que si se lo iba a dar», y pues yo todavía no había estado con ningún hombre y a mí ese viejo no me gustaba, ni nada. Entonces le dije que no y me mandó para el monte, allá en el monte yo duré un año. Eliana (d. p.).

#### Tareas desempeñadas

Las cosas que nos ponen a hacer son las mismas que les ponen a los otros. A uno allá lo ponen a ranchar, a prestar guardia, lo mismo, y para los combates es parejo, eso es igual. Allá el entrenamiento que les dan a los niños es igual al de los adultos. Marcela (d. g.).

Nos tocaba estar pendientes de que los paramilitares no se fueran a bajar por ahí, por todo el monte, porque nos mataban y acababan con el campamento. Eso era muy aburridor. Me tocaba cargar agua; leña no,



porque eso sí no, porque cocinábamos era con gas, porque como es en el monte y el humo nos podía delatar, entonces cocinábamos era con gas. Adriana (d. g.).

Me mandaban a misiones con los muchachos, común y corriente, que a encargar remesa, o a pasar munición, o a traer cosas de otras partes, o a trabajar para dentro. Ellos mismos cosechaban lo que era el maíz, el frijol. A mí casi siempre me mantenían afuera cumpliendo misiones, porque debía cubrirlos, protegerlos. Sandra (d. g.).

El comandante con el que yo estaba me decía que fuera y les dijera a las muchachas con las que yo hablaba, las amigas así civiles, que se vinieran con nosotros. Les metía conversa para convencerlas, pero ellas me decían que no, que ellas no dejaban a sus papás, que les daba miedo, que no les gustaba nada de lo nuestro. Sandra (d. g.).

Allá me pedían que le hablara a los civiles, porque como yo era muy buena para echar política. Lina (d. g.).

A mí me dejaban haciendo inteligencia, o sea, me dejaron campaneando, me dejaron en una zona importante, de dos vías, me dejaron ahí. Me dejaron un celular para que vendiera minutos, me pusieron como una civil, o sea, vendiendo minutos de celular ahí en una casa. Tenía además otro celular para poder hacer las llamadas a ellos, o sea, si el Ejército o la Policía o cualquier carro raro que pasara por ahí, yo tenía que informarles qué pasaba. Carolina (d. p.).

Yo hacía comisión y a veces me tocaba ranchar. Comisión es salir a andar, hacer inteligencia; por ejemplo, cuando vine a Medellín me tocaba averiguar qué hacían los policías, o cualquier grupo, el Ejército, en dónde se mantenían, qué turno les tocaba, a qué horas cogían turno, qué día descansaban y así, qué hacían en las estaciones de policía. Isabel (d. g.).

La escolta es muy maluca, porque es estar pendiente de todo lo que quiera un viejo ahí, que si quiso dormir hasta las diez de la mañana, pues hay que estar allí. Pero a uno le toca levantarse a las cinco y hay días en que uno aguanta mucha hambre. Eliana (d. p.).

Si cogían a ese señor, al comandante, yo me embalaba, me metía en serios problemas, porque era un señor que estaban buscando

mucho. Cuando ese señor salía me tocaba escoltarlo, cosa que si de pronto le hacían un atentado a él, primero tenía que morir uno para no dejar morir a ese cucho, o sea, como protegerlo ahí de que nadie le fuera a tocar un pelo. Carolina (d. p.).

Yo allá fui enfermera, fui ecónoma y también estuve haciendo un curso de sistemas para hacer unos libros, porque me iban a mandar para donde está Manuel Marulanda Vélez. Me iban a mandar para donde ese viejito. Lina (d. g.).

Muchas veces me decían que tenían que coger a alguien para que yo lo matara, me lo repetían muchas veces y yo me quedaba callada. Carolina (d. p.).

En la urbana lo dividen a uno por grupos: están los de las milicias, problemas internos del pueblo, problemas del comercio. Yo estaba en el grupo de violaciones y maltrato intrafamiliar, allá también se llama así. A mí me tocaba de pronto cobrar las sanciones cuando el marido le pegaba a la mujer, o cuando la mujer le pegaba demasiado duro a los niños. Me tocaba cobrar las multas. A veces se presentaban casos de muchas peladas violadas, entonces uno se dividía, que este va y averigua, que este tal cosa y yo era la salada que siempre me decían: «A usted le toca que vaya, le dé al tipo y entierre el cuerpo también». Eliana (d. p.).

Decían que era mi novio porque él me ayudaba mucho; y, como siempre, cuando nos tocaba ir a asaltos, así, me mandaban con él, porque él era el mejor amigo que yo tenía, confiaba mucho en él. Después de mi hermano estaba él. Una vez le hicieron consejo de guerra porque salió siendo un paramilitar. Eso dijeron ellos, que era un paraco, y como él tenía mucho físico y era el que mejor puntería tenía, se les metió la idea de que era un infiltrado. Me dieron la orden de que tenía que matarlo, a pesar de que les dije que no quería hacerlo. Yo lloraba y le decía a él que me perdonara, porque yo eso no lo quería hacer y él me decía: «No se preocupe que yo sé que usted nunca me hubiera hecho esto, pero si le tocó hágalo, o si no préstemelo que yo mismo me lo pego». Cuando yo le iba a dar el fusil a él para que él mismo se pegara el tiro, porque yo no era capaz, el otro muchacho me pegó un culatazo, en esta parte, no sé si usted alcanza a ver la cicatriz del culatazo que el muchacho me dio, porque él me dijo: «¿Cómo así gonorriente que usted va a dejar

que ese man se mate solo, cómo así, o es que usted es una de ellos?». Y yo le dije: «Yo no soy una de nadie, sino que no quiero hacerlo, me da miedo, yo nunca he matado a nadie». Él me cogió con el fusil, me puso el fusil en la mano y me dijo: «Usted tiene que hacerlo, y si usted no lo hace, la mato yo a usted, así me toque matarme a mí también. Usted qué cree, que porque es una de las favoritas no lo va a hacer, que porque es una de las favoritas no le voy a pegar...». Y sí, me tocó, yo le dije: «¡Perdóneme...!», y yo le lloraba y él chorriaba sangre todo. Carmen (d. g.).

En fuerzas especiales ya toca más duro, el entrenamiento era súper duro. Uno entrenaba toda la noche. Al otro día le tocaba salir a caminar, para hacer inteligencia. Estos entrenamientos son de más resistencia y con más reglas y están a cargo de instructores y comandantes que saben cómo enseñarle a uno más cosas que no se las enseñan a la misma guerrillerada. Estos entrenamientos son para camuflaje, mimetismo y prácticas para uno no dejarse matar. Natalia (d. g.).

Yo fui de las fuerzas especiales dos años; andaba con los troperos y aprendí mucho sobre explosivos. Yo me considero una buena guerrillera, porque es que yo al explosivo sí le iba muy duro. Cuando nos tocaba hacer explosivos nos tocaba hacer R1, que armar estopines, que las bombas, que los cables. Porque es que cuando uno está en las fuerzas especiales a uno le enseñan de todo: clases de enfermería, clases de explosivos, cómo poner bombas, cómo enterrar y desenterrar quiebra patas —minas antipersona—. No vaya que uno mismo se vaya a quebrar las patas con eso. En las fuerzas especiales le enseñan a uno de todo un poquito, uno debe de aprender por seguridad de uno mismo. Porque los de las fuerzas especiales son los primeros que siempre van a explotar en cualquier parte, son los primeros que revientan y como ya uno sabe un poquito más. De pronto si se presenta algún herido entonces uno ya sabe cómo actuar, que si lo hirieron en el estómago o en cualquier parte, o que hay que ir a poner mina en cualquier parte. Carmen (d. g.).

Allá también fui caletera, que es la persona que guarda los armamentos, que guarda economía —economía es todo lo de mercado—, que guarda dinero, o sea, eso es una confianza que le dan a usted, porque si a usted le entregan tantos fusiles para que los guarde es

por confianza. Imagínese qué pueden pensar ellos, uno con todos esos fusiles, con toda esa plata, pues uno se puede volar. Lina (d. g.).

A diario me mantenía en un campamento, es que prácticamente eso no es ser un guerrillero, sino un trabajador, porque yo me mantenía en un campamento y los primeros días me dieron uniforme y a lo último yo ya dejé eso y les dije: «Denme una sudadera, yo un camuflado no lo necesito». Me mantenía de sudadera y la usaba así y cuando pagaba guardia me ponía botas normal. Yo lo que hacía era trabajar y nada más, porque ni un fusil llegué a cargar, nada más lo cargaba era cuando estaba de guardia, ni en combates ni nada. Yo lo único que hacía era sembrar plátano y ya. Andrea (d. g.).

Uno se iba para allá, iba a pasar súper bueno, a sentirse más libre. Podía además distinguir más personas, más sitios. En la casa es distinto, porque ya tiene que pedir permiso. Claro que allá también, pero lo tratan distinto y le dicen de pronto: «Tenemos que salir para tal parte», para allá salía uno ahí mismo. Marcela (d. g.).

### Esclavitud sexual y prostitución

Con una compañerita de mi pueblo donde yo vivía nos vimos las caras allá otra vez. Cuando ella estaba en la vida civil era alborotada y le gustaba acostarse con muchos hombres, porque por lo menos mi mamá nos prohibía rotundamente el hablar con ella, por su comportamiento. Cuando yo llegué allá y ella apenas me vio, de una me llamó y me dijo que si el comandante me llamaba y me preguntaba por su pasado que no sabía nada. El comandante me llamó y me preguntó por ella, porque según él, puso desorden, un día estaba con un guerrillero y al otro día con otro y eso no se podía, porque, también me lo dijo el comandante, al tener relaciones con una y otra pareja podían resultar infectados o enfermos. Entonces eso no se podía, porque se enfermaba la guerrillerada. A ella la mataron por eso, por puta, porque ella estaba con todo mundo y ella no se medía ni nada, y ella enfermó a muchos guerrilleros, dizque de «cresta de gallo». Natalia (d. g.).

Había unos que tenían gonorrea y herpes, y tanto hombres como mujeres se mantenían con el uno y con el otro, y se iban era de cajón enseguida, porque eso era visto como un relajó. Carmen (d. g.).

Había una paisa, sí, en la noche se tiraba tres, cuatro, todas las noches, esa sí era muy caliente. Hasta el comandante propio, el comandante de la tropa se lo tiraba unas noches y no le decían nada. Les daba respuesta que vinieran a tal hora, al otro a tal hora y así toda la noche, hasta que le tocaba la guardia a ella y se paraba y dejaba a uno en la caleta durmiendo. Cuando venía otro ahí se tocaban los hombres, se tocaban ellos mismos. Hasta que un día la cogieron en relación, la pasaron a pena. Ella mantenía con un flujo, un flujo amarillo. Eso era rasquiñoso y a los hombres los ponía a rascarse y rascarse. Hacía sancionar a los guerrilleros y una vez casi hace matar a dos guerrilleros así, peleándose por ella. Entonces la amarraron. Lo único que hicieron fue hacerle consejo de guerra y se fue, pena máxima: la mataron por relajada. De este caso las otras mujeres que iban ingresando cogían ahí mismo experiencia. Camila (d. g.).

Muchas muchachas se iban de hueco por estar picando allí y allá. Eso se llama relajo. Natalia (d. g.).

#### Influencia de las niñas en la vinculación de otros niños

Yo fui la primera que me metí en el grupo y luego un hermanito mío, nos queríamos mucho. Él estaba en el mismo frente donde yo estaba. Me tocó andar dos años con él y yo la pasaba muy bueno a su lado. Me quería mucho y yo también lo quería a él. A lo último, cuando yo me entregué, él no estaba por ahí cerquita, porque donde hubiera estado por ahí cerquita se había venido conmigo también. Tatiana (d. g.).

Cuando yo me entregué, a los quince días lo hizo una pelada, amiga mía. Yo me vinculé primero que ella. Y otra amiga, una pelada de doce años, se vinculó después, porque hablando, ella me dijo que primero me entregara yo para ver cómo era eso y que después le contara para ella entregarse. Yo le conté que eso era bueno allá y todo, y ella se entregó y estuvimos juntas por un tiempo. Pero a ella la pusieron en un grupo y a mí en otro grupo. Manuela (d. g.).

A una amiga le dije que entrara, pero a esa no la traje yo para el mismo frente mío. Una muchacha que era muy amiga mía me decía que

cómo era eso allá, que ella tenía ganas de irse. Yo le contaba cómo eran las cosas, le decía la verdad, que a veces se sufría, pero que también dependía de cómo uno se comportara, porque si se ponía a meter las patas, eso era fijo le iban a meter más sanción que un berriondo — exceso de sanción—. Sandra (d. g.).

Me dijeron que me colocara a concientizar gente, a llevar más para allá; solamente una vez lo hice: había un pelado muy joven, usted sabe que la juventud es muy loca, y le dije al pelado que aquí se pasaba bueno, que se vive bien. Pues, obviamente, uno sabe que eso no es tanto relajo como el que uno dice, uf, uno piensa entre sí mismo: «Si supiera cómo es eso allá no pensaría en irse nunca», en serio. Lina (d. g.).

#### Asunción de roles e identificación con el grupo

Cuando nosotros cogíamos gente así, yo les metía psicología, pues con mentiras se sacan verdades. Esa gente se deja trabajar tan fácil de la psicología. Por ejemplo, a la gente que les colabora a los paramilitares. Yo les decía: «Ah, que para qué, siendo que a usted la vimos en tal parte y además me va a decir usted que no, siendo que nosotros sabemos que a usted le gusta mucho hablar con esa gente y en tal parte la vimos. Además que ustedes se dejan seducir mucho por el uniforme, o ¿va a decir que a usted no le gusta?». Yo soy mujer y le puedo decir: «Allá hay soldados muy lindos, ¿o no?», pues, ¿sí me entiende? Entonces uno como que se les va metiendo así en la vida, entonces ellas ya comienzan a decir: «Sí, hay un soldado muy lindo y sí, me dijo esto y lo otro y todo esto». ¿Cierto? Entonces van cayendo así como redonditas. Lo que más me gustaba a mí era la psicología, claro, porque usted aprende la psicología y usted más o menos ya sabe, o sea, debido a la psicología que usted tiene ya sabe qué le va a decir esa otra persona a usted y ya sabe cómo trabajarla, ¿sí me entiende? Lina (d. g.).

Me gustaba prestar guardia, me fascinaba lo que era difícil, porque toda esa gente estaba bajo la responsabilidad de uno. Me sentía muy bien cuidando a todos, me gustaba porque me sentía fuerte. Marcela (d. g.).

A mí lo que más me gustaba era ranchar. Cuando yo ranchaba a veces comíamos gallina, a veces mataban marrano, y a veces mataban vacas y me colocaban a mí a ranchar. Será porque cocinaba bueno, no sé, y me tocaba ranchar y yo para la ranchar me sentía feliz. Eso era lo único que me gustaba de la guerrilla. Tatiana (d. g.).

Lo que yo más hice allá fue enfermería, que era ayudarles mucho a los civiles, a los que estaban enfermos. Yo iba, les aplicaba medicinas, les recetaba medicinas a los civiles normales y a los milicianos. Me sentía muy bien siendo enfermera allá, porque me sentía útil. Usted sabe que servir a las demás personas a uno lo hace sentir útil, y uno saber que le coloca la mano a alguien y que ese alguien se alivia, para mí es como ese orgullo; o que alguien está bien mal y que uno como que lo saca de ahí, para uno eso es... yo me sentía muy bien con ese carguito de enfermera. Lina (d. g.).

Me gustaba la vida del grupo y la recreación. Yo dramatizaba, yo cantaba, bailaba, pasaba rico. Esas otras cosas yo las hacía también de muy buena manera, porque eso es un deber del guerrillero. Silvia (d. g.).

Me gané la confianza de ellos, o sea, como que a usted le ven la seriedad por encima y lo ven que usted es derecho, entonces le van asignando cargos. Primero lo ensayan con lo de la economía, pues el que es ecónomo maneja la plata. A mí me decían tanta plata para tantos combatientes, entonces usted tiene que hacer rendir esa plata para tantos días y para mí eso era muy fácil. Y uno de ecónomo vive muy relajado, imagínese, usted come lo que usted quiera. Lina (d. g.).

Conocimiento de la «causa» del grupo e identificación con ella

En las charlas de política, a veces trataba de concentrarme en eso, pero otras veces me entretenía por ahí y no le ponía mucha atención al asunto. Me aburría, me aburría mucho, así como escuchando hablar y hablar y hablar, muy maluco, ¿sí me entiende? Yo estudiaba el reglamento, el librito que siempre lo cargaba. Pero yo para esas charlas no servía. Prefería irme a prestar guardia que estar en una charla. Y cuando me tocaba estar no hacía nada, sí le hacían dar risa a uno por ahí, pero uno trataba de estar bien porque es muy maluco que lo miren a uno

mal; a veces lo regañan a uno: fulano de tal, vaya párese en tal parte, pues, así, le toca a uno quedarse ahí solo. Silvia (d. g.).

No me gustaba la política. Yo iba a esa reunión que hacían, pero nada. Decían que estaban por la paz, que los «paras» eran muy malos con los civiles. Pero esas reuniones me aburrían, porque la política es muy cansona. Y yo me sentaba allá, toda aperezada, con una muchacha. Un día me escucharon a mí hablando y ahí mismo me sacaron al frente que para que dijera lo que me pasaba y les dije que a mí no me gustaban esos temas ni sabía nada de ellos. Me sancionaron cargando leña, treinta días de leña. Ya cuando iban a lo de la política, que era cada mes, me ponían a ranchar a mí. Yo prefería que me sancionaran que ir allá, eso es muy cansón. Qué va a explicar uno sin entender nada, qué va a explicar uno. Marcela (d. g.).

Me gustaba la política. Usted sabe, para lograr algo tiene que usar política para convencer. A mí lo de política casi todo me gustaba, pero allá le enseñan a uno mucho. Para eso sí escogen las personas, para darles charlas de psicología, porque le comienzan a usted a decir cómo es que tiene que trabajar la psicología, ¿cierto? Y en las charlas de política también enseñan cómo debe uno convencer a los demás. Lina (d. g.).

La causa de la guerrilla me gustaba a ratos y a ratos no; porque es que ellos decían que luchaban por el pueblo, ¿cierto? Pero mire, una cosa es decirlo y otra cosa es de verdad uno estar ahí. Porque es que si de verdad la guerrilla estuviera por el pueblo entonces cada que fueran a entrar los «paras», entonces ellos estarían ahí y no dejarían matar a los campesinos, ¿si me entendés? O no los sacarían de sus tierras, así como pasó con mi familia, que siendo que yo estaba allá, le hicieron el viaje a mi papá para matarlo. Lina (d. g.).

Me gusta ser guerrillera, porque estoy defendiendo al pueblo, o sea, defendiendo al pueblo es como decir que le llevo la contraria al paramilitarismo. Como yo no gusto del «para», por eso me gusta ser guerrillera. Y uno está defendiendo su pueblo y su propia familia también. Yo sentía así como que la guerrilla siempre defendía a la población civil y a los pobres, le quitaba al rico, pero defendía a los pobres. Silvia (d. g.).



### Asunción de valores grupales

A mí las personas que más me gustaban eran las personas de buen comportamiento, que de verdad sintieran afecto por la organización, que no vivieran de cagada en cagada, porque eso es malo. Personas bien, eso era lo que mí me gustaba. Silvia (d. g.).

Ella, la que tenía dieciocho años, era muy degeneradita, se mantenía muy despreocupada por el fusil. Tampoco se preocupaba por ella misma. Una vez se durmió de guardia y le hicieron consejo de guerra, pero se salvó. Aura (d. g.).

Por ejemplo, se dormían en el puesto de guardia, escapaban tiros estando cerca del enemigo, ¡imagínese! Eso es «colaboración voluntaria con el enemigo», y dormirse en guardia, eso sí que es un delito, porque llega el enemigo, lo degolla [sic] a uno y pasa por todo el campamento degollando, ¡imagínese! Entonces el guardia tiene que estar en la jugada y él se quedó dormido. Pero a ese pelado no lo mataron porque era un niño, él andaba con la guerrilla, pero no cargaba ni fusil, ni nada. Silvia (d. g.).

A uno no es que le digan palabras feas cuando lo regañan, no, sino que le dicen: «Usted no sirve para esto, no es buen guerrillero», y tal cosa; mejor dicho, que no sabían ni qué era lo que uno estaba haciendo ahí. Estas cosas lo ofenden a uno, además de las sanciones. Yo digo que si a mí me hubieran dicho alguna de esas cosas, me hubiera dolido mucho. Pero a mí nunca me llegaron a decir eso, gracias a Dios. Sandra (d. g.).

De morir a uno de todas maneras sí le daba miedo, le da mucho miedo, pero eso tiene que controlarse. Se hacen muchas cosas, yo hacía lo que fuera, menos que me trataran delante de todo el grupo como una floja, como la que no sirve para nada. Me molestaba más que me sancionaran que de pronto morirme. Silvia (d. g.).

En el entrenamiento algunas personas se desmoralizan, pero la idea mía era que yo iba a salir adelante en la guerrilla, entonces yo hacía todo: la verdad yo era una de las mejores. Yo era una persona que no me negaba para nada, lo que me tocara hacer lo hacía sin ningún problema. Yo no voy a decir que era de las mejores combatientes, no, pero yo era

una persona que no me negaba para nada, lo que me tocara hacer lo hacía sin ningún problema. Silvia (d. g.).

La mujer que más admiraba se llamaba D., y ella era una vieja también muy rígida y era para adelante, siempre. Uno se sentía apoyada por lo mismo que ella la enseñaba a uno y por lo que hacía. Natalia (d. g.).

La verdad es que hay peladitos que no sirven, como hay otros que son echaditos para adelante y no se les da nada, porque hay peladitos así: esos son los buenos para el combate, buenos para los tiros, no los ubican fácil por pequeños. Silvia (d. g.).

Allá había una pelada que se mantenía con un pelado y con otro, todas las noches, no se hacía respetar, se quedaba dormida. Una vez como que consiguió plata por ahí a escondidas, le robó a un civil, y a ella le hicieron un consejo de guerra y se salvó. Los otros pelados la salvaron y después le hicieron otro consejo de guerra y de nuevo se salvó, ¿sabe por qué? Era buena para echar plomo a los «paras». Decían que a esa pelada no la fueran a matar, que esa pelada era muy buena para el plomo y allá a los que valoran son esos, los que sean echados para adelante. Si no, la habrían matado, porque ella era muy fregada, esa le echaba la madre a los comandantes, los trataba mal. Esa pelada era muy fregada. Aura (d. g.).

Yo admiraba a un comandante que quería mucho, el que me mandaba a mí, era el tercero, mejor dicho, allá en la escuadra era el primero. A él lo mandaban a misiones y el iba sin miedo, se metía en medio de toda esa gente así, sin miedo. A él y a mi marido los querían porque eran muy buenos peleadores. Sabían salirse del fuego muy fácil, desquitarse a las balas. Sandra (d. g.).

El pelado con el que hablé estando allá era una persona muy arrecha para el plomo, era muy bueno para el plomo, tenía muy buena fama; tan buena fama que a los pocos meses se volvió un comandante. Lina (d. g.).

Había unas guerrilleras muy berraquitas —valientes— para la pelea. Una que se llamaba D., era berraca, era más berraca que los hombres para peliar. Ella era la que iba adelante: «¡Háganle pues... hijueputas!», los insultaba. «¡Háganle pues, que vamos es a peliar!». Ella

era la primera, esa mujer era berraquita para bolar plomo. Me decía: «No, hija, desembálese de ahí que usted se tiene que tocar, muestre que es una hembra y hágase valer, hija, que vamos es para adelante». Y ella adelante bolar candela y yo atrasito con otro comandante bolar candela. Marcela (d. g.).

La compañera mía salió muy buena para el plomo. Tenía más edad que yo, tenía por ahí dieciséis años y yo todavía era una niña. Ella salió muy buena para el plomo y era muy buena combatiente. Eso de una la metieron fue a la candela. Lina (d. g.).

Cuando me capturaron, la gente con la que yo iba estaba como a dos horas y media, y el compañero mío estaba como a cinco minutos—no era el compañero afectivo mío, sino que era el hijo de la vecina—. Yo sabía dónde estaba, a mí me hicieron un montón de preguntas, que me daban tanta plata, que esto y lo otro, y yo: «No, yo no sé nada». Sabía de los compañeros y nunca fui capaz, o sea, yo por dentro pensaba: «Cómo voy a entregarlos siendo que fueron compañeros míos, no». No fui capaz de aventarlos y contar dónde estaban ellos. Pilar (d. g.).

En el entrenamiento me accidenté, me desastillé una pierna y me tuvieron que pagar cirugías plásticas. Cobraban un infierno de plata. Bueno, esa gente en ese sentido sí se portó bien conmigo, porque imagínese que la operación valió como ocho millones, y fuera de eso cada ecografía [sic] valía quinientos, cada ecografía valía quinientos, entonces ellos mensualmente siempre me mandaban plata. Yo volví a una casa a recuperarme, estuve allí como un año, relajada. Para que veas cómo es uno de bobo, y como yo todavía estaba tan polla, yo no pensaba en nada, o sea, yo no pensaba en volarme, con plata y todo, siendo que yo tenía todas las posibilidades de hacerlo. Porque ahí había un cajón, entonces el señor de la casa me dijo: «Vea, toda esa plata que hay ahí es suya, toda esa plata se la mandaron a usted». Yo la dejé ahí y a mí nunca me pasó un mal pensamiento de coger toda esa plata y irme, y eso que tuve todas las posibilidades de hacerlo, pero no. Lina (d. g.).

Muchas veces me decían que tenían que coger a alguien para que yo lo matara, me lo repetían muchas veces y yo me quedaba callada. Yo decía: «El día que me toque yo lo hago, pero yo no me regalo. El día que me toque matar a alguien, si me dan la orden, una orden es una orden y se tiene que cumplir». Carolina (d. p.).

Yo admiraba a uno de ellos porque todo el tiempo tenía una forma de ser bacana. Él no era de las personas que renegaban, era un bacano con todo el mundo, así hubieran cosas que no le gustaran. Siempre tenía una amistad buena con cualquiera, mejor dicho, él era todo un amor. Natalia (d. g.).

Había unas niñas que eran muy relajadas con el arma, eso la dejaban por allá lejos y eso es cosa que uno no puede hacer, uno no puede dejar el arma retirada de uno. Entonces les tocaba sancionarlas por eso, porque la dejaban sin cuidado, así, sin limpiar, y llegaban a hacer revisión y la encontraban así, venga para acá. Sandra (d. g.).

Había muchachas que mantenían el fusil muy feo, que le pasaba uno el dedo así por encima y se venía eso todo negro, o tenían que decirle: «Mire, ¿usted por qué va a salir así? Tenés [sic] que mantener con el chaleco puesto y el fusil». Había unas muy dejadas, no le hacían aseo al fusil, cuando eso había que hacerlo cada día de por medio. Yo no les decía nada, pero sí me parecía que eran muy dejadas, sabiendo que eso era lo que nos protegía y con los fusiles podíamos defendernos. Marcela (d. g.).

Todos los meses mataban por ahí a diez, gente que la cagaba mucho. Tenían la vara cagada y los pelaban. Cuando uno se gana la pelada, pues es porque se la ganó. Allá a uno le dan muchas oportunidades, pero es que a veces uno es muy masoquista, muy cagada. Al primer delito no matan, pero cuando ya es consecutivo, cuando lleva error tras error, toca pelarlo. El fusilamiento, un solo tiro en la cabeza, el tiro de gracia y ya. Esos miembros de la organización no se descuartizan, se entierran enteros, o de pronto si era un pelado que a pesar de haberla cagado había sido un berraco y echado para adelante, pues se le decía a la familia que se había muerto en un combate y mandaban el cuerpo a la casa. Eliana (d. p.).

A otra que tenía dieciocho años le hicieron consejo de guerra, porque era muy degeneradita, se mantenía muy despreocupada por el fusil y por ella misma. Hasta se dormía en la guardia. Le hicieron consejo de guerra pero se salvó: primero, porque estaba recién llegada al frente; segundo, porque había sido como muy sufrida en el frente. Yo creo que le tocó sufrir. Venía de un frente caspa —indisciplinado—; a ese frente lo eliminaron, parece. El comandante de allá no les daba

educación ni nada y se puso crítico, entonces los fueron matando a la mayoría. Ese era un frente grande y no quedaron sino como quince; los iban matando, entonces ella fue una de las que quedaron. Allá los guerrilleros mataban los comandantes, eso era un despelote, no valía decirles nada; mandaban comandantes y antes hacían más desorden y entonces el Mono Jojoy mandó a recoger la gente y matar a los que más pudieran. Ella fue de las que quedaron; como ella no tenía tantos delitos, únicamente la presentación personal y eso de dormirse mientras hacía guardia. Aura (d. g.).

Hay veces que a la mujer se la llevaban hasta el propio hueco por infidelidad al compañero, porque eso no se puede hacer, o sea, las mataban por «infidelidad al compañero». Natalia (d. g.).

#### Cambio de nombre y de identidad

Cuando yo llegué a la organización, yo era una peladita que no sabía nada y pues yo para quedar bien con los demás hacía todo lo que los demás me dijeran: que si iba a fumar, yo fumaba; que venga vamos a tomar clavo, yo iba y tomaba. Así me fui metiendo en el vicio de la marihuana y la perica. Eliana (d. p.).

A mí me gustaba el nombre también, ya uno se acostumbra. Hasta el nombre de la civil se me estaba olvidando, ya no me acordaba cómo era que me llamaba; porque yo casi no lo recordaba, cuando yo bregaba a recordarlo a veces se me iba así un poquitico de la memoria, y claro, se me venía otra vez a la mente. Con ese nombre como que ya uno no es la misma, sino otra persona. Yo también cambié mucho en mi carácter, era más fuerte, pues a uno se le meten muchas ideas, ya quiere ser malo, ya no es como la misma de antes, sino como con un carácter más fuerte, como con odio. Porque uno sentía odio contra esa otra gente, pero uno no sabe por qué. Sandra (d. g.).

Con ese nombre, la verdad, a veces me sentía extraña. Cuando yo ya me veía así, a veces me ponía a mirar para todos los lados y veía a toda esa gente uniformada y me miraba: «¿Y este fusil?», me decía. «¿Yo en qué momento fue que cambié tanto?». De vez en cuando me ponía así, a mirar y a fijarme en todas esas cositas. Silvia (d. g.).

Aunque fuera ahí en la misma vereda, incluso con mi papá, con mi mamá, con toda la familia. Cuando yo llegué a mi casa es como si hubiera llegado a cualquier casa, es como si hubiera llegado donde... ya no era lo mismo, llegué como extraña. Yo ya soy guerrillera, porque de todas maneras a uno le hablaban y uno contestaba, ¿cierto? Pero ya no con la misma confianza, como cuando estábamos allá todos, como iguales. Yo ya estaba en otras situaciones. Silvia (d. g.).

Al tener otro nombre y pertenecer a ellos me sentía diferente, o sea, no me sentía como de la familia mía, sino de otra. Para que vea, y yo digo que mi familia no me vio y una vez me sacaron al pueblo así uniformada, cuando ya cumplí los dieciséis años. Yo llegué al pueblo y no me distinguieron. Ese día salí yo en una moto, uniformada, con el chaleco, con una reata, con un revólver aquí, el fusil, una pañoleta y una gorra así, para que no me distinguieran. Uno en el monte se pone muy moreno, yo no soy blanca, yo me puse blanca fue aquí en Medellín. Isabel (d. g.).

La vida de... fue muy distinta a la mía, por toda la trayectoria que vivió. En la forma de ser era lo mismo, en la forma de pensar estando allá muy distinta, porque allá yo estaba pensando era con mente de guerrera, con mente de guerrera es que usted siempre piensa: «No, yo nunca me voy a salir de acá y yo voy a acabar mi vida aquí y yo todo lo que tengo lo voy a entregar es aquí», ¿si ve? «Y para las que sea. A mí no me da miedo morirme en esto». Lina (d. g.).

Allá me sentía otra persona, porque ya tenía otro nombre y me sentía más fuerte, no me sentía como la misma de antes. Como que maduré más ligero, porque uno en la casa es una niña todavía. Hasta los quince años es una niña, ya es una joven, yo me sentía más madura. Maduré más rápido. Marcela (d. g.).

Me sentía importante. Cuando visitaba a mi familia me sentía contenta, pero yo me sentía otra persona, me sentía bien, pero mi familia también me veía de otra manera, de otra forma. Me sentía bien, contenta, como si apenas los fuera a distinguir. Marcela (d. g.).

Yo no sé, no sé ni cómo elegí el nombre que tuve allá. Yo sé que me llamaba... pero yo no sé ni cómo elegí el nombre. Tampoco me sentía diferente por llamarme de otra forma. Mi socio me llamaba:

«mi amor», «mami», o cuando se enojaba conmigo me llamaba..., pero nunca me llamaba por el nombre de la civil. Pero él sabía cómo me llamaba en la civil. Pilar (d. g.).

### Significado de las armas y los uniformes

Me sentía súper bien con el arma; yo mantenía limpiándola porque yo les echaba Colgate y eso las pone súper brillanticas, y ya, yo la mantenía súper hermosa. La ponía así en la caleta y yo la veía hermosa: me sentía muy bien con eso. Nunca me cambiaron de arma, siempre la tuve todo el tiempo, me gustaba dispararla y también tenerla, me sentía feliz. Marcela (d. g.).

Por ser mujer de un comandante, compañera de él, a mí no me sacaban a combate. Sí me mantenían el fusil siempre, hasta tenía un fusil muy bonito conmigo. Pilar (d. g.).

Cuando nos pasaron esas armas, que nos las enseñaron a manejar, ese día ya nos tocó arreglar equipo. Nos dieron, mientras tanto, un equipo ahí todo feo, todo chichipato —ordinario, barato—. Cuando uno llega por primera vez no le van a dar a uno lo mejor, sino que antes le dan es lo peor. Porque un equipo elegante tiene sus buenas correas, tiene correas a los lados, tiene dónde poner la cantimplora y todo. Es muy bonito y en cambio esos otros son como con unos poliésteres. Lina (d. g.).

Al principio, cuando me dieron el uniforme, a mí me daba pena, yo nunca me había visto así, le da a uno como pena viendo a los otros muchachos que se quedan reparándolo a uno, cómo le queda todo. Y yo: «¿Será que quedo fea, o cómo quedo ahora que todos me miran?». Sandra (d. g.).

Cuando yo estaba así, toda uniformada, todo me gustaba mucho, porque me quedaba bien, me veía bonita. Entonces a mí me gustaba, como dice el dicho: la vanidad siempre por encima. Lina (d. g.).

Los fusiles hay que mantenerlos bien negritos, algunos negritos bien brillanticos, con buen aceite al brillarlos, unos se ponían negritos y parecía que estuvieran nuevos. Una guerrillera fue y echó un fusil al

fogón. A veces teníamos hornillas, donde hacíamos de comer, como fogata hacia adentro de la tierra, y el humo se va por entre la tierra. Uno hace un túnel y el humo sale blanco más adelante, sale blanquito y nadie se da cuenta que uno hace de comer en la selva, porque la tierra se come el humo. Entonces ella fue y tiró el fusil en esa hornilla y le quemó la pata, la de caucho, le quemó el guardamano y un poco de cosas. Así que el comandante la encontró y le dijo que por qué había hecho eso y ella dijo que para que el fusil se pusiera más negrito, y entonces el comandante dijo que eso era colaboración voluntaria con el enemigo, que el enemigo era el que entraba a la guerrilla a hacer daños como ese y le hicieron fusilamiento, consejo de guerra. Aura (d. g.).

Traqueteaba bueno, a mí me gustaba ese fusilito, porque traqueaba muy duro, parecía un 223, traqueaba muy bueno. Ángela (d. g.).

Lo trataba bien porque si yo no lo trataba bien, no me iba a servir para tirar tiros para adelante, es decir, bolar plomo. Entonces sí, yo lo trataba bien, lo mantenía bien aseado, con buena condición, pues no lo dejaba putear sino, así, bien, con buen estilo, porque yo era muy creída cuando estaba allá. Sí, me gustaba mi fusil y sí lo quería, por qué no lo iba a querer. Camila (d. g.).

El primer fusil que yo tuve fue un AK-47 y de los nuevos. A mí me tocó desgomarlo y entonces con más ganas tenía que mantener limpia el arma. Ya después a mí me tocó un fusil, un Galil 223 nuevecito, también lo cuidé al ciento por ciento, hasta que yo me vine, y ya. Natalia (d. g.).

El primer fusil que yo tuve fue un AK-10, ¡uy!, eso pesaba mucho, casi doce libras. Yo no podía con ella. Después sí me cambiaron a una R-15 y sí, era mi adoración ese fusil, porque no pesaba nada. Para hacerle el aseo era súper bacano. No tenía que sacarle todo ese poco de piezas que se le sacan a un AK, a un Galil. ¡Uy!, un R-15 es súper bacano, no pesa nada, la limpieza se hace muy chévere. Lo mantenía bien dotado, hasta más de la munición que me daban, me encantaba ese fusil, me gustaba, y sí lo mantenía muy bonito y la mayoría de veces me felicitaban porque mantenía el fusil bien dotado y no como otras guerrilleras que a veces dejaban podrir el fusil, que las sancionaban por eso. A mí nunca me llegaron a sancionar por un fusil, nunca, y mi regalo de cumpleaños era que siempre me cambiaban de fusil. Hasta



que cumplí los quince años, me dieron un Galil 223, nuevecito, como acabado de sacar de la fábrica. Carmen (d. g.).

Cuando me dieron el fusil me dio como sustico, se siente uno como asustado: «¡Uy!, qué voy a hacer con esta cosa, por Dios», pensaba. Pero ya después uno aprende y se siente amañado con él. A mí me gustaba, claro. Sandra (d. g.).

Cuando teníamos una pelea que matábamos bastantes «paras», eso era una alegría para toda la gente. Imagínese que matábamos hartos «paras», que podíamos llevar bastantes fusiles, eso era una pelea demasiado buena para nosotros. Silvia (d. g.).

En un sitio que se llama... Nosotros, pues, le dimos duro a la guerrilla, y al terminar los combates salimos a hacer operativos a ver qué había quedado. Cuando yo iba así con una escuadra —una escuadra está conformada por diez personas—, nosotros vimos un cuerpo tirado con el fusil debajo y yo de una vez me fui a coger el fusil, porque a uno por fusil recuperado le pagan hasta tres millones de pesos. Entonces yo me fui a coger el fusil. Eliana (d. p.).

Yo vi morir a muchos compañeros míos que se caían así, al lado mío, y a mí me tocaba quitarles el fusil y arrancar a correr para que no me fueran a pelar a mí también. Porque uno nunca debe dejar que le quiten el fusil al compañero ni que le quiten el fusil a uno. Eliana (d. p.).

Yo cargo el fusil como si cargara a mi mamá, porque ese es el único que lo puede salvar a uno, porque así lo siente uno, porque mirá que en una pelea si uno no tiene un fusil, ¿entonces qué? Uno no es nada. Silvia (d. g.).

Cuando el Ejército me cogió ahí, yo estaba en el suelo, me estaba retirando así, arrastrándome, pero con el fusil en la mano, porque no podía dejar el fusil, porque si yo dejaba el fusil me mataban. Carolina (d. p.).

Allá a uno le dicen que el arma es el papá y la mamá y la familia de uno y la vida de uno también, porque la vida de uno allá es el arma. Lucía (d. g.).

El arma allá es la vida de uno, el arma siempre es lo más importante, ¿porque uno sin esa arma qué hace? Nada, correr, mientras que con ella siempre se puede defender. Y me gusta; a toda hora la mantenía al ladito mío, haciéndole aseo. Yo la mantenía muy bien. Sandra (d. g.).

Al principio, recién ingresada, me sentía mal porque era nueva, porque no cargaba un fusil igual que los otros. Yo entraba así entre los antiguos y me veía rara. Silvia (d. g.).

El arma la quería y a la vez no la quería. Sí, pues yo la quería, me parecía muy linda y todo, pero a la vez qué pereza. Lina (d. g.).

No me gustaba, a mí el fusil no me gustaba para nada, no porque fuera feo, no, sino que es que a mí no me gustan los fusiles, hay que cargarlos, y me da una pereza, yo dejaba eso en cualquier parte. Adriana (d. g.).

Tocaba cuidarlo mucho, de obligada, así no quisiera. Lo tenía que mantener limpio, bien cuidado. Si uno deja perder el fusil es como si se estuviera matando uno. Porque tocaba, pero de querer, no, para nada. Pilar (d. g.).

#### Significado de sí mismas como combatientes

Un comandante me decía que yo era una gallina completa, que yo era muy miedosa y que yo no podía seguir así porque en cualquier momento, quisiera o no quisiera, me iba a tocar combatir, que entonces tenía que ser más berraquita. Eliana (d. p.).

Yo allá en el grupo no llegué a matar a nadie ni nada, yo no salía a combates, porque me decían que yo no servía para ser guerrillera de las finas, no. Únicamente servía para hacer vueltas y para hacer inteligencia. Lo que hacía era trabajar y nada más. Andrea (d. g.).

Una vez que me hirieron nos fuimos para allá, para el campamento. El comandante reunió a la gente y dijo que mire, que no vamos a poder seguir con fulana porque a ella ya la hirieron y creo que

la vamos a mandar para donde el otro comandante para que haga un curso de radista —operadora de radio—, que es que no puede seguir en combate porque ya la hirieron. Entonces apenas dijeron los otros: «Ah, pero no, mi comandante, mire que ella es la única guerrillera que tenemos aquí que se anima a pelear. ¿Por qué no sacan esas otras solapadas que no sirven sino para gritar? No, mi comandante, déjela siquiera por ahí un mes más». Como que se amañaron conmigo. Isabel (d. g.).

Imagínese que en el primer combate que me vieron muy relajada, sin miedo, me dijeron que yo había salido muy buena unidad. Siempre para misiones así duritas me sacaban a mí de una, porque confiaban en mí; hasta me mandaban con los comandantes de escolta. El mismo comandante, el duro, mejor dicho, de la compañía, me dijo que era muy buena guerrillera, porque yo salía muy bien en las peleas, porque no me daba miedo, porque a donde me mandaban me iba. Sandra (d. g.).

A mí el comandante me decía que era buena unidad delante de toda la cúpula y me ponían de ejemplo como buena combatiente. Una vez dijo delante de todos: «Vea, sigan el ejemplo de ella que es buena combatiente, que no se mete con nadie y que uno le dice “tal cosa” y a toda hora está dispuesta para todo. Si ustedes siguen así, van a poder ser comandantes». Lina (d. g.).

Fueron pasando los años y los meses, y yo ya tenía un buen físico, por el entrenamiento. Siempre para un combate me tenían en cuenta, me sacaban. Me metieron a un grupo, a las Fuerzas Especiales, éramos dos mujeres, yo y otra muchacha, y me faltaban como dos meses para cumplir los quince años. Natalia (d. g.).

Había casos en que en una escuadra de doce había una mujer, por ejemplo la mujer del mando, y de resto por ahí dos o tres mujeres apenas, porque las mujeres siempre hemos sido las más flojas. Entonces echan muy poquitas mujeres, las reparten así de a poquito, en todas partes, pero poquitas porque somos muy flojas; vea, siempre la fama de las mujeres... «Ah, no es que es muy mala para cargar, es que es muy mala para pelear, es que es muy mala para pagar guardia». Siempre es así, entre más poquitas mejor. Pilar (d. g.).

A mí siempre me veían así uniformada y la gente se quedaba como tan admirada... pues, sí, se quedaban... pues no sé, hay gente que le luce el uniforme y a otras no. Lina (d. g.).

Los civiles me miraban normal, a veces me hacían dizque así, me mataban los ojos. Isabel (d. g.).

Después de que las amigas nos vieron a nosotros que volvimos a la vereda, las muchachas que estudiaron con nosotros nos decían: «Qué rico, como se ven de bonitas». Nos miraban y nosotros felices, pues nos sentíamos bien. ¡Ah!, pero nosotros les decíamos que no, que eso era muy duro, que uno pasaba bueno, pero más era lo que uno sufría allá, porque no nos dejaban rumbiar, ni tomar licor y eso sí, debíamos estar dispuestos a prestar siempre guardia. Marcela (d. g.).

Yo me creía porque valoraba ser guerrillera. Me estimaba mucho y sí, me gustaba ese estilo y me mantenía así: Tenía mi fusil bien limpio y aseado. Me gustaba estar allá. Camila (d. g.).

Cuando me encontraba con los civiles me sentía más importante que ellos, no sé, me sentía más orgullosa, me sentía orgullosa viéndome así armada y ellos mal vestidos, como contentos de estar con uno, yo me sentía bien. Ellos se sentían bien porque estaban orgullosos de nosotros y por allá la guerrilla trataba a la gente muy bien. Marcela (d. g.).

Los civiles me miraban como con miedo, o sea, algunos son atrevidos, preguntaban cosas de la guerrilla de las cuales uno no puede hablar, porque «si usted quiere saber de la guerrilla, pues ingrese a la guerrilla». Silvia (d. g.).

Los domingos nos íbamos para el pueblo, nos sentábamos a veces por ahí en el parque, íbamos a misa. Nosotros íbamos a misa, pero no entrábamos a la iglesia, sino que nos quedábamos en el atrio. Nosotros éramos por ahí tres o cuatro guerrilleros apenas. Y los civiles nos miraban feo, nos miraban feo. Isabel (d. g.).

Yo me acuerdo que una vez que nos perdimos después de un combate llegamos a una casa, me mandaron a hacer una comida con la campesina y mataron un pollo; una sopa de pollo con arroz y papa, y como cuando uno aguanta mucha hambre no puede comer mucho,

porque le hace daño la comida, yo comí poquitico. Dormimos ahí una noche, y entonces al otro día la campesina nos dijo: «¡Ay, mijita!, a mí me da mucho pesar con ustedes, pero es que a mí me da miedo cuando ustedes están aquí, porque esa gente (los paramilitares) está cerca y a mí me da mucho miedo de esa gente y aquí vienen, y ¿saben qué?, como están aquí vienen y hasta lo matan a uno». Entonces nos echó, pues, de la casa. Ángela (d. g.).

Cuando yo llegaba a una vereda se quedaban mirándome, pero nunca me hablaron; ellos se quedaban mirándome, como todos asustados; yo pasaba normal. A veces sentían miedo, más o menos como que ellos sentían algo en mí, no sé. A veces como que me envidiaban y otras veces como que ellos sentían miedito, pues los novios míos que yo encontraba así, de civiles, me los encontraba y se quedaban encantados conmigo, no me decían nada. Yo nunca llegué a hablar con ellos, porque nunca tuve la oportunidad. Cuando yo los miraba era porque ya había pasado de largo. Sanidra (d. g.).

Yo hablé con mucha gente así, y cuando a mí me empezaron a sacar a la población, ellos a mí me decían que tan niña, que yo estaba muy peladita, que yo qué estaba haciendo ahí. Yo no les respondía nada porque a mí no me dejaban hablar con ellos. Natalia (d. g.).

A mí me mandaron para un pueblo de mero relajo, ¡oiga! Esos «elenos» (guerrilleros del ELN) tomando (licor) se mantenían ahí, pachanguando. Yo me sentía al lado de los elenos como que éramos más grandes. Obviamente porque, de por sí, las FARC han tenido una fama de que es una guerrilla muy fuerte; en cambio, el ELN es muy débil. A nosotros nos decían que teníamos que ir a peliar con el ELN y nosotros para las que fuéramos, porque para nosotros esa gente no era nada, eran muy correlones. En cambio nosotros no éramos correlones, por ser más grandes. Lina (d. g.).

En el ELN nunca se ha visto que cobren vacunas (extorsiones), hasta en mi existir no se ha visto. O sea, es que en el ELN nunca se vio eso. Nunca vi que la guerrilla les sacara plata a los campesinos, para nada. Es distinto que las FARC, que sí haigan [sic] hecho eso, porque a mí sí me contaban unas cosas muy horribles de las FARC. Pero el ELN no. ¿Usted no ha escuchado decir que el ELN siempre ha sido el más flojo, el más bobo? Pilar (d. g.).

Allá casi no hacían consejos de guerra donde yo estaba, eso lo hacen mucho en las FARC. En el ELN son buena gente, muy buena gente. Ahí mejor, más bien, lo dejaban ir a uno para la casa, o lo mataban así solo. No hacían consejo de guerra, que reunían la gente. Donde me toque eso, ¡javemaría! Pilar (d. g.).

### El cortejo amoroso

Cuando uno ingresaba decían: «Un aporte a la lucha». Todo el mundo lo mira a uno, todo mundo le mata el ojo, no saben qué hacer, pues parecen unos lobos con ganas de comerse una ovejita. Yo pedí permiso para ir a bañarme, porque había que pedir permiso, y me fui a bañarme con un comandante. Nos bañamos. Entonces a mí no me pusieron a prestar guardia porque estaba muy nueva; yo apenas llevaba un día allí, no me ponían ni guardia ni nada. El comandante me llamó y me dijo: «Ay, esta mona sí que está bonita» —eso fue lo que me dijo el comandante. Bueno, después al otro día, me pusieron a entrenar y los compañeros me decían: «Esto aquí es bueno, esto aquí tiene tiempos malos, pero esto aquí es bueno». Nos fuimos para una charla con un comandante, éramos doce nuevos conmigo. El comandante les dijo: «No es que ahora, porque ella llegó nueva y está bonita, o van a salir todos corriendo a leerle el reglamento a ella, no; o, que porque no tiene vajilla para la comida, ustedes la van a sacar con ella, no, la sacan con ella y con todos los otros también. Ustedes saben aquí cómo son las reglas, miren que hay varios pelaos nuevos como ella y todavía ellos no saben el reglamento». A los ocho días me cuadré con un comandante de escuadra, no con ese, sino con otro, yo no sé, como que no quería estar sola del todo. Pero a los quince días me aburrí, yo no sé, como que ya no me parecía gracia, mejor dicho, como que no era capaz de enamorarme de él y lo dejé. Él después me preguntó que yo por qué lo había dejado, yo decía que era que no quería tener nada con él y ya no volví a cuadrarme con nadie. Cuando me volé estaba sola. Adriana (d. g.).

De mí se enamoró un comandante, no era ni bonito que encanto ni feo que espante; estaba bien, pero a mí no me gustaba, porque era gordo, barrigón, ¡uy, no!, no me simpatizaba. Era muy buena gente, pero a mí no me gustaba como para pareja y todo eso. Entonces él

mantenía celosísimo y él a mí me celaba con todo mundo y siendo que yo no era nada de él. Para toda parte que iba a salir él, siempre me llevaba a mí. Como que no había a quién más llevarse, sino a mí a toda hora, y entonces le dijeron a él: «¿Ah, es que fulana es la mujer suya que usted para toda parte se la lleva?», y a él no le daba rabia. Pero a mí me enfurecía, además cuando decía: «No, esa qué va a ser mujer mía, esa no da ni del cuerpo». Lina (d. g.).

Yo tuve la iniciativa. Resulta que había un instructor que me quería mucho, era ya un viejo, entonces me había llevado unas chocolatinas y yo me puse a comérmelas detrás de un palito, cuando yo vi que pasó un muchacho que me gustaba, entonces yo le dije: «Venga». Entonces me dijo: «¿Qué pasó, china?». Yo le dije: «Venga le doy chocolate». Entonces se sentó así como a un metro mío, se sentó así en el palito y yo le pasé el chocolate para que comiera, cuando me dijo: «Y por qué no le da a los otros?», y yo le dije: «Ah, no, que los otros chupen dedo». Entonces me dijo: «¿Y por qué me da a mí?». Entonces yo le dije: «La verdad, la verdad, porque usted me cae bien». Entonces me dijo: «Le caigo bien, ¿en qué forma?». Entonces yo le dije: «Pues como amigo, ¿usted qué cree, luego se cree muy lindo?». Así la pasamos recochando y ya cuando él se iba a parar le dije: «No, venga que le tengo que decir una cosa», y le dije: «Lo que pasa es que usted me gusta mucho». Y me dijo: «Ah, no, es que yo a usted la veo como una bebé, como mi hermanita». Y yo le dije: «Ojo se estrella, mijo, porque de pronto la bebé le puede salir con experiencia». Eliana (d. p.).

Una vez él se disgustó conmigo impresionante, y bueno, es que los hombres siempre son muy tercos y como para un terco hay otro más terco, entonces yo le dije que no y al otro día él me trató de «paraca». Estábamos amaneciendo en una casa-finca hermosa. Cuando me va diciendo dizque: «A ver, Fulana, hágase contra la pared». Yo más asustada, menos mal estaba durmiendo con otra muchacha, porque yo no estaba sola, yo siempre dormía con otra pelada porque a mí me daba un miedo. Cuando le van diciendo a la otra pelada: «Y usted también se hace contra la pared y me traen el equipo las dos». Yo tenía un viaje de esquelas, que eran para escribir cartas de amor y todo eso, y a mí siempre me ha gustado todo lo que es romántico, y entonces él ahí

mismo las cogió, me quitó todas las cartas, todas las esquelas y me las quemó, todas. Lo único que no me quemó fue una carta que mi hermanito me había mandado, fue lo único. Un pasacintas que yo tenía que me había dado otro comandante me lo iba a quitar y me preguntó que quién me lo había dado. A mí me dio una rabia y le dije: «Quémelo si le da la gana también», y me amenazó con que iba a pedir que me hicieran consejo de guerra para que supieran quién era yo. Lina (d. g.).

De pronto sí influyó que fuera comandante para que me gustara, porque la mujer del comandante tiene más libertad, no le toca tan duro el trabajo. Tiene uno más oportunidad, por ejemplo, para salir, porque adonde él fuera se la llevaba a uno. Aura (d. g.).

Yo le dije al comandante: «Me voy a ir a bañarme mejor, yo me voy a ir a bañarme», y él me dijo: «Chaito, pues». Y yo me fui a bañarme. Eran como las seis y me mandó a llamar allá, a que fuera allá, entonces yo fui y me dijo que si me pensaba quedar sola, que él era un hombre que le gustaba respetar a las mujeres, que le gustaba apoyarlas en todo, y entonces yo le dije que él por qué me decía eso, entonces me dijo: «¿Sabe qué?, usted me gusta, venga cuádrese conmigo, no se ponga a enredarse con cualquiera acá, vea con quién se va a enredar, usted desde el día que llegó usted me gustó». Entonces yo le dije que yo lo iba a pensar y me quedé así, ya hablábamos normal. Le dije a una amiga que él ya me estaba gustando y que yo me estaba enamorando de él. Entonces me dijo que él también le comentaba muchas cosas mías, que él veía que yo era una pelada muy seria, que yo no hablaba casi con nadie. A los días él me dijo que yo qué había pensado. Y sí, cuando él se iba para alguna parte, ya me hacía falta, aunque solo fuera para verlo, me hacía mucha falta. Por eso echaba yo de ver que me estaba apegando a él. Marcela (d. g.).

### La vida de pareja

Casi no dejan, porque dicen que las parejas no trabajan, sino que se mantienen juntas. Allá cuando ven una pareja y ven que simplemente se mantienen pegados y juntos y juntos, entonces de una los separan. Por eso no me dio curiosidad ni mucho menos ganas de eso. Carolina (d. p.).



Allá se dice dizque casarse, o sea, eso no es ceremonia, sino que allá es un término que se dice así, que se casan. Uno va allá, el camarada habla muy bien con uno, que mire que eso es de mucha responsabilidad, que eso no es para que el hombre o la mujer piquen allá y acá, que allá los hombres tienen que aprender a valorar mucho a las guerrilleras y a respetarlas mucho, y más cuando son sus mujeres que tienen que hacerlas respetar mucho, enseñarles muchas cosas, que no es solamente para estar con ellas, sino para ayudarle en todo lo que uno necesite y que el respeto, o sea, debe existir mucho el respeto entre ambos. Natalia (d. g.).

Él era un comandante, nosotros nos distinguimos en la zona de distensión, un costeñito muy buena gente. Él era muy querido. Como yo estaba recién ingresada, yo le tenía más bien miedo a los guerrilleros, porque decían que uno les daba confianza y dizque lo violaban y todo. Nos hablaban muy mal de la guerrilla. Entonces nosotros dijimos que no íbamos a tener ningún novio allá porque de pronto abusaba de nosotros. Y ya con el tiempo uno va distinguiendo. Además, las otras guerrilleras le hablan a uno mucho de eso. Luego me cuadré con él, después de que habló con mi comandante y le dijo que yo le gustaba mucho. Como allá hay que pedir permiso para todo, que si él podía, por ejemplo, meterse conmigo, que los días que él llevaba conmigo le había parecido muy chévere, o sea que más bien era como sería y entonces el comandante le dijo que sí, pero que eso sí, con mucho respeto, y además porque yo era una pelada nueva, que ojo, o sea, pues, que me tenía que cuidar mucho. Todo el tiempo que duré allá viví con él. Aura (d. g.).

Yo tuve pareja en el grupo. Viví solo con él. Me enamoré de él como a los dos meses de estar en la guerrilla, cuando no hablaba con nadie. Él era el comandante de la compañía. Me dijo que viviéramos juntos y yo acepté. Viví los años que estuve allá con él, en ningún momento nos dejamos ni peleamos, nada, vivíamos muy bueno. Marcela (d. g.).

A mí me gustó mucho ese pelado y me enamoré de él. Lo echaron para el monte y a mí me echaron de escolta, pero entonces como tuve problemas con el comandante me mandaron para el monte y allá en el monte me volví a encontrar con él. Hablamos con el comandante de la compañía, nos permitió tener la relación y nosotros nos cambuchábamos

—dormir en la misma carpa—. Él me ayudaba a ranchar y yo a él. Al principio todo fue muy bonito, mucho amor, muchas cosas bonita, entre ellas la forma de tratarme. Después, con el tiempo, todo se empezó a volver rutina y ya no me podía ver hablando con nadie porque de una vez cogía y me cascaba, me daba puños en la cara y me fui cansando de él. Hace más o menos ocho meses que terminamos, o sea, todo se fue volviendo rutina y golpes y palabras grotescas, que «esta hijueputa», que no, que «vaya coma mierda usted», y él a cada rato era con una y con otra. En cambio, él me veía hablando con alguien y de una vez me decía «hijueputa zorra», y cogía a pegarme. Me mamé de eso y él cogió por su lado y yo cogí por el mío. Fue la única relación que yo tuve en el grupo. Eliana (d. p.).

Lo que pasa es que nosotros queríamos estar juntos y él fue a pedir permiso con el superior y él permitió que nosotros fuéramos pareja. Entonces él siempre me escribía a mí, pero nunca llegamos a tener nada, porque cuando él pidió permiso, ese mismo día lo sacaron, o sea, ese mismo día lo sacaron y lo mandaron por allá para otros lados a peliar. Las cartas que recibía eran las de él y yo siempre le escribía, así nos manteníamos en contacto, hasta que me di cuenta que lo mataron y ahí acabó todo. Lina (d. g.).

A uno allá, si lo ven hablando con otro, después de las tres veces en adelante, ya no lo dejan hablar así tan fácil. Tiene que ser que sean maridos, pero así no. Nos decía que: «¿A usted qué le pasa con ese muchacho?». «¡Ah, que estoy hablando con él», le decía. «¿Y ustedes qué piensan, ponerse de bobos por ahí al escondido?». Uno ya dice que quiere hablar con él o uno va y habla con el comandante y le dice si él le conviene o no. Marcela (d. g.).

Lo conocí como a los seis años de estar allá, y estuvimos hablando por ahí como cuatro meses, porque como él a mí no me distinguía ni yo a él. Él miraba a ver que si yo era una persona seria, en caso de que estableciéramos alguna relación, que yo no le fuera a colocar los cachos. Como yo no me metía con nadie, ya después él sí se decidió y me propuso. Como a mí me gustaba tanto, como era tan lindo, físicamente todo me gustaba de él. Era una persona muy linda, alto, acuerpado, unas cejas hermosas, unos ojos negros, pero muy lindos y unas pestañas largas, ah, y era muy serio. Lina (d. g.).

### Las parejas de los comandantes

Por ser la mujer de él me mantenían con uniforme nuevo y me maquillaban muy bonita. Casi todas las guerrilleras me hacían malacara por eso y se enojaban conmigo. Me maquillaba mi socio o una amiga, una guerrillera que era muy amiga mía, la única amiga que yo tuve allí. Con las otras casi no hablaba. En cuanto a la comida, la mía era distinta. Nosotros comíamos sopita, guisado, mientras los otros comían era puro arroz con sardina, atún, pura comida de guerrilla. A veces él me llevaba al pueblo a comer en un restaurante. Las otras me miraban mal porque yo era la novia de él. Una vez, en una vereda, yo me bajé de la moto, se bajaron los guerrilleros de la camioneta y yo me sentí toda creída por estar al lado del comandante. Isabel (d. g).

Yo dije que con más razón me metía con él, porque él era el comandante. A uno como que le va más bien con ellos, le ayudan más, o sea, allá es como rarita la vez que le dan a uno champú; en cambio por parte del comandante le consiguen a uno champú, cremas, buen mecato, mantiene uno bien. Tampoco le toca a uno tan duro las remolcadas ni la guardia ni nada. Ellos sí miran que una pareja se porte bien, que se respeten. Así los dejan para siempre juntos y nosotros nos portábamos bien y para donde iba él me llevaba a mí: para toda parte donde lo echaran me llevaba a mí y todo el tiempo que duré allá viví con él. Aura (d. g.).

Me respetaban por ser la pareja de un comandante. Me sentía bien, no me decían nada, pues me sentía como si yo también estuviera haciendo el mismo papel que él estaba haciendo. Porque además él me decía: «Vaya dígame a aquel muchacho o a aquella muchacha que hagan esto». Yo ahí mismo iba. Me sentía como si fuera comandante y me sentía bien dando órdenes; pero no era repelente, no. Nosotros manteníamos plata por los maridos con los que vivíamos, porque ellos nos daban. Manteníamos toda esa platica guardadita. Marcela (d. g.).

Yo no pasaba necesidades de nada; inclusive yo allá la pasé muy bien, o sea, yo no sé, pero ahí lo único que me faltaba para estar como exacto era mi familia y mis hermanos que me hacían mucha falta. Pero yo tenía todo, todo lo que necesita una mujer, todo lo personal lo tenía yo. Allá hay muchas mujeres que les falta a veces ropa interior,

champú casi no mantienen allá tampoco; desodorante menos, pues, todo eso personal; aceite de aguacate que uno también tiene que echarse en el cabello, el talco para los pies, su radio de música. Inclusive yo tenía una de estas, tenía una grabadorcita de estas, de las que grababan así también. Mientras estuve con él a mí no me faltaba plata, porque él tenía por ser un mando. Los otros comandantes lo querían mucho, él era muy bien, y pues nunca le faltaban sus doscientos, trescientos mil pesos en el bolsillo. Yo cargaba siempre la plata de él; nunca me mantenía sin plata, nunca, inclusive me daba mucho gusto en los dulces, en el mecato, todo. A veces llegábamos a una escuela y había gente que no podía comer; de inmediato nosotros siempre comprábamos, él siempre compraba su bolsada de mecato, su gaseosa, lo que fuera y siempre manteníamos todo el equipo al día, nunca nos faltaba nada. Pilar (d. g.).

Él era un guerrillero de base, después de que hizo un curso ya le dieron rango y quedó con un mando ahí bajito, como de escuadra más bien. Solamente era el encargado de una escuadra que es como de doce unidades. También cargaba su radio, pero no tenía así como mando bastante, solo un mando bajito. Lucía (d. g.).

Allá la mayoría de las mujeres que llegan consiguen marido, no porque lo quieran, sino por el interés de que sea comandante o que les ayude a cargar la remesa, o porque no le va a poner guardia, porque no se sienten capacitadas para asumir las responsabilidades que tienen en la guerrilla. Silvia (d. g.).

Allá decían que a las mujeres les gustaban los de «cola de rata», los comandantes, pues, «los radios». Hay unos comandantes que son muy cachones, muy lecheros, entonces las consienten mucho, las prefieren más y que como es mi mujer, lo mejor para mi mujer. El comandante que mataron era así, yo la llevaba mucho con él, pero él consiguió mujer; «lo mejor para mi mujer». Si la mujer se enamoraba de algo, de una se lo daba. Por ejemplo, una vez vi un conjunto de ropa muy lindita; entonces yo me lo iba a comprar y él no me dejó que la comprara. Entonces como él consiguió mujer, ahí mismo sí se lo llevó a su mujer. Yo no le dije nada, por eso no iba a pelear tampoco. Pero mirá que uno sí ve las diferencias, porque las prefieren más, las cuidan más, casi no les ponen guardia, casi no les ponen rancho. En cambio a las otras a un ladito. Lina (d. g.).

Las mujeres de los comandantes eran unas mimadas. Por ejemplo, la mujer del comandante de compañía X no hacía nada, no prestaba la guardia y si la prestaba la prestaba mal. Nunca la llevaron a pelea, no cargó un fusil, cargaba un pedazo de pistola y ya. Usted sabe que por ser comandante entonces tiene su locioncita, su maquillaje, todo, ¿sí me entiende? Pero ella no quería solo eso, ella quería era vivir solo así, sin hacer nada, pero eso tampoco se podía porque entonces las otras guerrilleras, las otras compañeras, decían: «No, que fulana que no le gusta sino vivir bien organizadita y no le gusta hacer nada a esa hijueputa». Silvia (d. g.).

### La infidelidad

Por ahí siete compañeras le fueron infieles a sus parejas, le eran infieles con otros compañeros. Sí, a la mujer la mandan para otra parte y allá se consiguen su hombre y cuando vienen ven al propio marido y siguen con él. Marcela (d. g.).

Las muchachas se escondían para tener relaciones con los muchachos y eso era prohibido, uf, así fueran solteras que no tuvieran marido y yo... peor, porque yo tenía marido. Sandra (d. g.).

Había veces que a la mujer se la llevaban hasta el propio hueco por infidelidad al compañero... Umm, esas sí, habían unas que las mataban. Carmen (d. g.).

Si las pillaban les hacían consejo de guerra y les ponían hectáreas de una cosa o hectárea de otra cosa, dos o tres hectáreas para cultivar. Sandra (d. g.).

Si había una pareja así, digamos, y por ejemplo ella o él se la embarraba con otro guerrillero, eso iba a sanción corrida, porque es que allá también existen normas para la pareja, también había sanción corrida y drástica, pues porque eso no se puede hacer, o sea, la «infidelidad al compañero». Aunque también miraban las circunstancias de ambos y las sanciones podían ser doscientos viajes de leña, andar trincheras de alto relieve, ranchar, hacer huecos de trillos, chontos, etc. Natalia (d. g.).

Cuando una guerrillera era infiel al socio, la sancionaban. La cambiaban de lugar. La ponían a hacer trincheras, a ranchar, a cargar la cuarenta. Marcela (d. g.).

Cuando alguien era infiel, como que ya, entonces se separaban y el uno pedía traslado, si se daban cuenta, ¿no?, ya hablaban con el mando: «Me quiero ir para tal parte». Yo no sé si los sancionaban, allá respetaban eso, como que es lo individual de cada quien, el que quería hacía sus cosas y el que no, pues no las hacía. Pilar (d. g.).

Yo casi tampoco trataba mucho con ellos, porque uno allá no puede dar mucha confianza. Cuando uno tiene parejo no puede dar mucha confianza. Mi marido era celoso, él me hizo varias escenas de celos, uf, varias veces. A veces que me mandaban con otro muchacho a misión, él me decía que si yo que tales con el otro muchacho, o de pronto oía rumores y yo le decía: «¿Oiga, qué le pasa?». Porque usted sabe que en cualquier parte hay chismes de uno, así uno no haga nada. Entonces ya él me montaba problema por eso. Sandra (d. g.).

Él a cada rato era con una y con otra. En cambio él me veía hablando con alguien y de una vez me insultaba: «Esta hijueputa zorra», y cogía a pegarme. Eliana (d. p.).

Sí, problemitas así, peliábamos a cada ratico por cualquier cosita. ¡Ah!, porque había veces que él se enamoraba de otras muchachas. Entonces a mí me daba como celos y nos embravábamos [sic]. Pero él me quería mucho y me buscaba otra vez y me rogaba. Un día nos dejamos como un mes y a los días me rebuscaba otra vez y así. Cada ratico durábamos quince días bravos y a los días otra vez me buscaba y así. Verónica (d. g.).

Entre los hombres nunca hubieron [sic] conflictos allá, pues entre ellos no. La culpa era de la mujer, y ya ellos informaban al comandante, y ya el comandante veía qué hacía con ella. Marcela (d. g.).

Y sí, resultaban muchas que eran muy grillas, tenían que comportarse [sic] porque si no las mantenían sancionadas o las cambiaban a otro lugar, en donde estuvieran más apartadas. Ya eran más bravitos con ellas. Marcela (d. g.).

Y sí, había una mujer que estaba allí y allá, la rotaban más. No la querían en ninguna parte. A una mujer así no la quieren, pero sí, como que la bregaban a sacar así. Yo no sé a dónde la echarían a ver si la mataban, mentiras, yo no sé, pues no era como del agrado de uno porque ¡imagínate! Pilar (d. g.).

Cuando la mujer es muy coqueta, esas mujeres así las van teniendo muy en cuenta. Por ejemplo fulana de tal, pues si sirve para esto tiene que servir para esto; y si no sirve para nada, a ellas las van teniendo ahí, muchas veces las echaban. Por ejemplo, a mí me tocó un caso con una muchacha que se llamaba..., a esa pelada la echaban, varias y varias veces la llevaban para la casa y ella se devolvía. Silvia (d. g.).

#### Maternidad y anticoncepción

No, a mí fue de una que me pusieron a planificar con inyección, allá nunca nos dieron pastillas. Duré como dos meses con la inyección, de una, cuando llegué. Me dijeron que esas inyecciones eran para planificar, por si de pronto algún día me llegaba a «picar la crica», porque así le dicen a uno, pues. Natalia (d. g.).

A mí me pusieron a planificar, porque un muchacho estaba enamorado de mí y él también me gustaba. Una vez él dijo: «Vamos a pedir permiso y dormimos esta noche». Y yo le dije: «¡Ay, no!, a mí me da miedo dormir con hombres». Es que mi hermanita a mí me había dicho que eso duele mucho, porque yo le decía a él que si nosotros teníamos relaciones eso a mí me iba a doler mucho. Entonces él me dijo: «No, si usted no quiere nada esta noche conmigo, fresca, que yo no la toco». Entonces le dije: «Ah, bueno, pida permiso». Entonces yo fui donde la enfermera, porque ellos me dijeron cuando yo ingresé: «A usted no la vamos a poner a planificar todavía porque usted es muy niña». Yo todavía no había enfermado, yo vine a enfermar a los once y medio. «Y cuando a usted le den ganas de chuchar...», porque así era que le decían a uno, «cuando a usted le dan ganas de chuchar viene acá donde mí». Y yo: «Ah, bueno». Pues ese día yo fui donde la enfermera: «Ay, vea que este muchacho va a pedir permiso para yo dormir esta noche con él, pero a mí me da miedo». Y ella me dijo: «Venga yo le pongo la inyección», y comencé a planificar con Mesigyna. Esa es

la inyección que le ponen a uno: eso es mero aceite y duele mucho. Camila (d. g.).

A mí me pusieron primero a planificar con pastillas y a mí me hacía daño. Apenas me vino el período no se me quitaba, entonces me tuvieron que quitar eso y me pusieron una planificación con inyecciones y eso me puso más flaquita de lo que era. Entonces me pusieron un dispositivo, eso me fastidiaba para caminar, eso me chuzaba; como me lo pusieron encimita yo me metía el dedo, me lo tocaba y me fastidiaba, y yo: «No, yo me tengo que sacar eso, así sea yo misma me lo tengo que sacar», y me iba para los chontos y de verdad, yo me saqué eso, me lo saqué en los chontos y lo dejé allá tirado y vine, descansadita, pero sangrando. Yo le dije al médico que había allá que ese dispositivo se me había salido. Mentiras que yo me lo jalé con el dedo, y me dijeron que bueno, que había que dejarme reponer. Me pusieron a dormir sola, sin el socio mío, para que de pronto no saliera embarazada. No podía dormir con él porque de pronto salía embarazada, hasta que medio me recuperara y así por el estilo. De ahí me pusieron unas inyecciones de tres meses y esas sí me cogieron, no me hacían daño. Camila (d. g.).

Tenía doce años, me preguntaron que si yo ya había enfermado y la verdad no. Vine a enfermar cuando tenía apenas quince años. Cuando yo llegué me pusieron una inyección, que me la siguieron colocando cada mes. Cuando ya como a los cuatro meses nos llevaron a todas las mujeres por allá a ponernos el dispositivo, nos pusieron el dispositivo y eso a mí me dolía mucho, los primeros días me dolía mucho, porque igual eso está hecho para mujeres que han tenido hijos y a mí me lo pusieron. Las primeras veces me dolía mucho porque yo misma por allá me... Un día que íbamos en marcha se me metió una astillita, se me rompió el pantalón y se me metió un palito y me puso a sangrar, entonces me lastimó por dentro y eso se me inflamó mucho. Entonces me llevaron por allá, para donde el médico de un caserío, por allá me dejaron, porque no era capaz de caminar. Cuando ya me estaba recuperando me volvieron a llevar para allá y me sacaron el dispositivo, porque eso de una vez me inflamó, me lastimó. Cuando ya me alivié del todo volvieron y me lo pusieron y todavía lo tengo puesto, y ya no me volvieron a poner inyecciones. Natalia (d. g.).



Había una comandante que era la esposa del comandante, y ella era la que decía que no, que las mujeres se tenían que hacer poner el dispositivo, que porque era muy bueno y que porque las pastas no servían para nada, que muchas quedaban en embarazo, y que con las inyecciones que no, que las inyecciones eran muy buenas pero que esa chupadera a diario, que eso no aguantaba tampoco. Lo mejor era el dispositivo, porque era por cinco años. Todas las viejas tenían que tener el dispositivo y solamente la que no se lo podía poner era la única que utilizaba inyecciones, de resto todo mundo con dispositivo. Natalia (d. g.).

Yo planificando quedé en embarazo y a mí me hicieron botar ese cachorrito, como se dice. A mí me lo hicieron botar a los cuatro meses y medio, porque yo no me había dado cuenta que estaba en embarazo. A mí no me venía el período y yo le dije a la enfermera que no me venía el período. «¿Cómo así?, ¿usted sí se está cuidando?», me dijo. Yo le contesté que me estaba poniendo la inyección normal y como cada guerrillera metía la inyección en un hueco, pues, tenía como una caleta para las inyecciones. Entonces ella me dijo: «Vamos y me muestra las inyecciones que usted se ha puesto en estos últimos cuatro meses». Le dije: «Ah, es que yo este mes no me la he puesto porque todavía no me toca». «Ah, bueno, entonces va y me muestra la de febrero». Eso fue en febrero, me tocó un tres de febrero. Le dije: «Ah bueno, yo las tengo por allí, si quiere vamos». «Sí, vamos». Y sí, la inyección estaba vencida, pero yo no le miré la fecha de vencimiento. Entonces ella me dijo: «¿Usted quiere tener ese hijo?». Y yo: «Yo sí quiero tener ese niño». Entonces ella habló con el comandante para que no me lo hicieran abortar, que me mandaran para mi casa, que ya cuando tuviera esa criatura me metía otra vez y ellos dijeron que no. Hablaron con el propio Marulanda y dijeron: «Ella no puede tener ese niño», y me lo hicieron botar a los cuatro meses. Faltaban cinco días para cumplir los cinco meses... ¡Uy, pero eso sí es un dolor muy grande! Yo me acuerdo de eso y me da cosita, me dan como ganas de llorar, porque sí, ya era una niña... Allá siempre, siempre hacen abortar. Allá siempre le informan al más duro, que es Manuel, y él dice que no se puede tener y de una le dicen a la enfermera. Carmen (d. g.).

### Actitud ante la propia muerte

En lo que yo pensaba era: «Esto aquí es como una película que me toca vivirla mientras se me acaba el cassette». Y ya, eso era todo porque yo simplemente decía: «A mí con tal de que con una sola bala me muera, con eso tengo». Pero ya si de pronto uno queda pensando, que lo coja el Ejército a uno así, como cogieron a una compañera mía, que le pegaron qué matada y la violaron ahí mismo, pues, que fue una cosa tan horrible, yo pensaba eso y a pesar de que yo estaba allá y todo, yo siempre oraba, pues, yo nunca rezo, pero yo sí oro, como evangélica, era una guerrillera evangélica. Nunca me separé de Dios, Dios siempre estuvo conmigo. Lina (d. g.).

Nunca sabían cuándo les iba a llegar la muerte, era como vivir con el tiempo prestado, tenían el miedo permanente de tener que matar a alguien o que las fueran a matar (Keairns, 2004, p. 64).

Uno allá no tiene la vida comprada, a cualquier momentito, en cualquier combate, ahí cae uno; entonces ya se esperaba la muerte. Decíamos: «Bueno, ya se fue aquel, ya seguimos nosotros a cualquier ratito». En un combate no decíamos que íbamos a volver; nosotros no nos despedíamos como si fuéramos a volver, nosotros nos despedíamos como si nos fueran a matar, a diario nos despedíamos así. Nunca decíamos: «Ténganme esto listo, que yo vengo». No, no decíamos eso, nosotros decíamos: «No volvemos, no se sabe si volvemos». Marcela (d. g.).

Cuando me fui no pensaba en la muerte, ni antes, no, en ese momento no, pero el veinticuatro de diciembre que estábamos en fiesta, fue que nos llegaron dos helicópteros encima que nos estaban dando tiros; ahí sí sentí miedo, pensaba que me iba a morir. Al fin y al cabo como que se me quitó después y ya como que no me volvió a dar miedo, hasta que llegué a una situación en la que ya como que quedé traumatizada. Así uno sienta miedo se le quita o se le quita, porque por ahí sentado uno prestando guardia a las dos o tres de la mañana, pues, eso es muy duro. A uno ya se le quita el miedo, quiera o no quiera. Imagínese, ya no me daba miedo, ya no. Y allá no se hablaba de que uno pudiera morir. Pilar (d. g.).

Sabía que ahí yo tenía que luchar mucho y me podía morir, pero a mí no me importaba si yo me moría, a mí no me importaba eso. Pero yo estando en la guerrilla nunca pensé en morirme, a mí eso nunca se me pasó por la cabeza, o sea, que me podía pasar, sí, pero ganas de que me pasara, nunca. Silvia (d. g.).

Yo no le tengo miedo a la muerte: si la muerte le va a llegar a uno, bienvenida, sea donde uno esté. Pero yo sí pensaba que cuando uno estuviera en un combate tenía que tirar era a defenderme y no dejarme matar tampoco. Natalia (d. g.).

Yo le contaba a una amiga cuando pensaba en la muerte y ella me decía dizque: «Vea, no se ponga a pensar en eso, mientras más piense en eso, más se le baja el ánimo y no demuestre que está aburrida ni está arrepentida, hija, porque la matan». Y yo: «Ah, pues que me maten, ¿para morir no nacimos, pues?». Y ella me decía: «No, pero usted está muy jovencita y muy linda para que se muera tan rápido». Entonces yo le decía: «¿Es que las feítas no más se mueren?», le decía yo, y nos reíamos. Isabel (d. g.).

#### Actitud ante la muerte de otros combatientes del mismo grupo

Yo era la que más lloraba cuando me mataban a un compañero. A mí me daba mucha tristeza que mataran a un guerrillero, eso sí me dolía bastante. Incluso a mí me había dado más duro la muerte de cualesquier guerrillero que se muriera allá, que la misma muerte de mi papá. Silvia (d. g.).

Si era un guerrillero que uno estaba muy apegado a él y él a uno, o sea, porque hay muchachos que son muy queridos, muy amigos de uno y uno los quiere por buenas unidades que son, sí siente uno tristeza, llora, como hay otros por los que a uno no se le da nada. Sandra (d. g.).

Cuando moría un compañero nos daba tristeza, si era un guerrillero bien, que trataba bien a la gente, nos daba tristeza. Pero si acaso un día o dos días, pero más no. Ya después como que si nada hubiera pasado. Marcela (d. g.).

A nosotros nos daba más duro era con los que compartíamos más, ¿me entiende? Pero si decían que mataron a fulano de tal y usted no lo distinguía, a usted no se le daba nada, usted solamente decía: «¡Ay qué pesar!», ¿cierto? Pero con los que usted distingue sí se coloca mal y hasta reniega un ratico y hasta uno llega a decir: «Pues vamos a darle duro a esa gente la otra vez que vayamos». Ahí es cuando uno recoge un poquito de rencor. Lina (d. g.).

Si el que se muere es el que le cae a uno bien, siente dolor, pero si es un guerrillero bien malo, que trataba a las mujeres todo mal, no, tampoco, nada de dolor. Natalia (d. g.).

Con el tiempo, desde que uno está allá todo eso se vuelve normal. Que hay un herido, que hay cinco heridos, que mataron a fulanito. Pues que descansen en paz, dice uno. Ya se fueron a descansar y los otros a cargar la leña. Natalia (d. g.).

A los seis meses uno se está concientizando, o sea, concienciar es que uno ya sabe cómo son las cosas allá, entonces ya a lo último, o sea, como dice el refrán: «Ya el que se fue está descansando y nosotros que seguimos acá, tenemos que comer para seguir luchando». Natalia (d. g.).

A los dos años todo para mí era normal, si se moría uno, normal, se fue y ya, a pagar guardia por ese, a comer por ese, ya todo era normal. Carmen (d. g.).

Si era un buen guerrillero pues sí era triste, pero si era un guerrillero todo pastuso (tonto), pues de malas, porque es que hay unos guerrilleros, ¿sí me entiende?, hay unos guerrilleros que son malos. Natalia (d. g.).

En esos días habían dejado morir a un muchacho que se paró en una mina y se le dañó el pie y se murió, duró mucho tiempo vivo y nadie se preocupó por sacarlo para el hospital, ni nada, lo dejaron morir. De pronto lo dejaron morir, porque se mantenía muy enfermo. Aparte de eso no era así como un guerrillero, era, no sé, vivía ahí en la guerrilla porque sí, ¿me entiende? Yo pensaba de todo eso que muy maluco, uno no comentaba nada, porque es muy maluco uno hacer comentarios y de pronto resulta uno por ahí metido en rollos. Pero sí, ese día muchos

lloramos, a pesar de que no nos la llevábamos ni muy bien con él.  
Alejandra (d. g.).

Cuando moría un compañero decíamos: «¡Qué pesar, qué pesar que lo haigan [sic] matado, como era de lindo, como persona, como era de buen peliador!». Pero ya. Ese era todo el pesar. Marcela (d. g.).

A nosotros sí nos dolía y mucho. Nosotros los cogíamos, los bañábamos, los organizábamos, les poníamos uniforme nuevo y los echábamos en una cobija nueva. Los arreglábamos lo mejor que pudiéramos, les pagábamos guardia de honor, que es estar tres ahí, así como velándolos, ahí parados. Si a usted le picó un mosco o cualesquier cosa, usted se tiene que quedar quieto y con el fusil así de para arriba; entonces pagábamos guardia de honor. Silvia (d. g.).

#### Solidaridad entre combatientes

Había un señor y él era muy charlatán, él era comandante, y en el combate estaba todo preocupado, porque si le dañaban un guerrillero así, que no estuviera peliando, él tenía que responder, y entonces yo me ponía a reírme y yo me lo gozaba. Silvia (d. g.).

Yo con ese niño sí conversaba, porque yo a ese niño lo quería mucho y lo aconsejaba y le decía: «Vea, no haga tal cosa, no se vuelva a dormir en la guardia, mire como está de sancionado», y él me decía que sí, que él me iba a hacer caso, pero no, se le olvidaba. Silvia (d. g.).

Me imagino que más de un guerrillero le dio duro la venida mía, porque allá me querían mucho a mí, porque ellos me trataban muy bien, porque yo sufría mucho y lloraba y ellos me decían que no llorara y, o sea, había más de uno que quería también volarse. Andrea (d. g.).

Había un negro que era de acá de Medellín, era muy amigo mío, él me quería mucho también, me ayudaba cuando yo tenía mucho peso en el equipo, cuando nos tocaba caminar de noche él me esperaba y todo. Hasta el novio mío me celaba con él, me decía que por qué ese negro me ayudaba tanto. Aura (d. g.).

Ellas hablaban muy bien de ellos, la mayoría, le decían a uno más o menos con quién debía meterse: «Mire, ese pelado es serio»;

«Mire, ese no le sirve...». Le decían a uno más o menos quiénes eran los pelados serios, que le podían ayudar a uno. Las más viejas le aconsejaban a las nuevas. Aura (d. g.).

Ella era muy bonita, era alta, muy bonita, crespita, era una comandante y me apreciaba mucho, porque ella me aconsejaba mucho. Me decía que la guerrillera que había visto más berraquita era yo, porque ella no había visto ninguna que la hubieran echado a peliar tan ligero y desembalarse así como me desembalé yo tan fácil y peliar medio día, de primerita vez peliar medio día, que eso era berraquera. Marcela (d. g.).

Yo me sentaba a llorar, pero yo decía que me tenía que olvidar de la familia, tenía que acostumbrarme a vivir sola. Después de un mal camino, yo de allá no tenía salida, con llorar no me iban a dejar salir, y se me arrimaban las otras muchachas y me decían: «Consuélese, que usted con llorar no va a conseguir la salida, usted tiene que olvidarse de la familia, olvidarse de todo, usted sabe que uno cuando llega acá le dicen que el arma es toda la familia de uno y la vida de uno también. No piense en la familia, no piense en nada». Yo me ponía a pensar en todo eso, ¡ah!, yo me consolaba. Lucía (d. g.).

Nos reíamos, así cuando íbamos para una comisión ella y yo nos íbamos adelante, o así, atrás, o adonde fuera, nos íbamos hablando solas, de los novios, hablábamos de cosas. Ella me contaba cosas de la guerrilla, me preguntaba que en dónde vivía yo, cosas así. Era la más amiga mía. Me dijeron que la habían matado, pero quién sabe. Isabel (d. g.).

La mujer del comandante era muy sencilla, le gustaba conversar con todas las guerrilleras nuevas, le daba mucha moral a uno, y sí, era bueno como conversaba con uno y me decía cómo me tenía que comportar. Camila (d. g.).

Nos fuimos sin desayunar porque todavía no había estado el desayuno, como a las nueve y media, yo me acuerdo de ese día. El desayuno era

Es que uno allá sí consigue amigos y amigos de verdad, que son como hermanos para uno. O sea, aquí una en la civil como que, no le

sé explicar, pero acá no se ve lo mismo, o sea, digamos en el sentido de que yo pienso que será porque uno tuvo su niñez en otra vida, en otra cosa más distinta a lo que uno vive acá en la civil. Natalia (d. g.).

#### Interacciones con la población civil

A veces hablábamos de que vi un campesino muy bonito... Ah, sí, le contaban a uno y uno también, porque, bueno, los ojos son para ver. Claro que no les coquetiábamos, no, uno los miraba muy bien, pero no. Pilar (d. g.).

No nos permitían que nosotros fuéramos novias de hombres civiles, nunca, eso iba para sancionada. No podía, tenía que hacerlo muy al escondido, porque si no, las ponían a hacer trincheras, ya de pronto a hacerles consejo de guerra y las podían matar porque si la mayoría decía: «¡Fusilamiento!». Era para matarla. Si la mayoría decía que no la mataran, pues no la mataban. Marcela (d. g.).

Está prohibido tratar con los civiles. Por ejemplo, cuando uno ve venir a un civil uno tiene que poner mala cara, porque uno no se puede reír con ellos, ¡delante del comandante, no mijo! Isabel (d. g.).

Allá nos decían que si los hombres nuestros embarazaban a una mujer ya tenían más posibilidades de responder por las mujeres; mas uno no, si uno resultaba embarazada de un civil, ¿cómo va a responder por uno? Marcela (d. g.).

Era un poquito prohibido estar con un campesino, pero desde que el campesino quisiera eso no había problema. A nosotros no nos sancionaban, porque así era que se llevaban la gente o ¿usted cree que cómo me llevaron a mí para allá? [...] Sí, porque muchos campesinos se iban con las muchachas. Prohibido no era. Pilar (d. g.).

Yo me la llevaba muy bien con los civiles, me querían mucho, sería por la forma de ser. Había una señora que me quería como si yo fuera hija de ella. La señora me dijo que yo por qué no me salía de eso, entonces yo cogí y le dije: «Señora, como si fuera tan fácil decir por qué no se sale de eso, es que una cosa es uno decir «sálgase de eso» y otra

cosa es ver el terreno; entonces no, las cosas no son fáciles para mí, y ya después de que uno esté allá le toca a uno es morirse ahí». Lina (d. g.).

Yo andaba mucho por un pueblito que se llamaba... Y las muchachas por ahí; a todas las señoras les caí muy bien, ellas decían que ellas me querían mucho. Sandra (d. g.).

Cuando íbamos una vez al pueblo nosotros callados, callados, y yo: «Muchachos, vamos a entrar a una casa y tomamos agüita». Entramos por allá a una casa, tomamos agua, apenas los civiles nos miraban y yo: «Ah, buenas señora», donde pudiéramos hablar con ella hablaríamos con mucho gusto. Nosotros nos íbamos por allá para el pueblo, esos civiles apenas nos miraban. Llegó un niño dizque: «Hola». Y ahí mismo yo: «Hola». Le hacíamos señas así, pues nosotros no hablábamos casi con ellos, pero yo le hacía señas. Isabel (d. g.).

Nosotros siempre llegábamos, por ejemplo, a una casa, pero no dormíamos ahí con los civiles, no, cada cual hacía su caleta ahí y dormía así, pero al lado de la casa. Llegábamos a la casa de un civil, pero manteníamos ahí alrededor o a los lados, retiraditos. Pero no podíamos dormir ahí, porque cuando estábamos en una zona roja, en una zona en que de pronto había mucha guerrilla, por atentar contra nosotros podía de pronto pagar algún civil y eso no es permitido allá, porque si de pronto le pasa algo a un civil, el comandante de escuadra tiene que responder por él delante del patrón. Carolina (d. p.).

Frente a los civiles me sentía así, como achantadita, ¿cierto? Yo no me sentía más que los civiles, si yo también fui civil, o sea, igual, sino que yo soy guerrillera y ustedes son civiles, entonces tú no me dices nada y yo no te digo nada, hago lo que me mandan a hacer y ya. Silvia (d. g.).

Uno no puede tratar mucho con los civiles, conversarles mucho, no. Yo hablaba de la vida de ellos y así, pero que me preguntaran cosas así íntimas de la vida del grupo, no. Sandra (d. g.).

La guerrilla se tomó un pueblito, ya ese pueblito era de nosotros. Entrábamos allá, o sea, a nosotros nos enseñaban a hablarle a la gente, a los civiles, los tratábamos muy bien y con el respeto para los civiles. Natalia (d. g.).



No, lo que a uno le enseñaban era a hablar con los civiles, por ejemplo, qué eran las FARC, las tres [sic] iniciales que tienen las FARC qué eran, o sea, que nosotros no éramos los violadores ni los matones ni nada de eso. Uno antes les explicaba que nosotros éramos guerrilleros que estábamos luchando por la igualdad social de este país, que nadie tuviera más que nadie, o sea, que la explotación que había en el gobierno y todo esto por los mismos civiles. Ellos a uno le daban la razón, porque es de verdad, o sea, eso es algo que no se puede ver a ojos cerrados, es algo que se ha visto en este mundo en que estamos y los mismos civiles le daban a uno la razón, ¿sí me entiende? Natalia (d. g.).

Para cualquier cosita ellos buscaban la guerrilla. Iban a poner quejas y la guerrilla venía y cuadraba los problemas de robos, de problemas entre parejas: que el hombre le pega a la mujer, o que en la vereda están consumiendo drogas. Nosotros íbamos a hacer reuniones allá en la vereda, ya teníamos toda la lista del que estaba allá. Íbamos llamando uno por uno al frente a decir si eso era verdad, lo que decía la gente, y él ya decía, y nosotros: «Usted le pega a la mujer... claro». Si le pegaba, entonces ya le decían: «Usted carga cincuenta bultos de piedra». Eso le ponían a hacer para que se tallara en el hombro, o a cargar arena mojada. «Usted tiene esta sanción, y aquí le va a decir a la mujer si le va a volver a pegar. Si nosotros volvemos a saber que usted le está pegando a la mujer ya sabe qué es lo que le pasa». De una vez lo mataban. Marcela (d. g.).

Ellos le decían: «Lo que pasa es que yo solamente les pido el favor que no se dejen ver de la gente porque el Ejército, los “paracos”». Ellos decían: «Venga el que venga acá se les da agua, más no se les da información». Por miedo de que los matan y eso es lógico, nosotros le respetábamos eso a ellos, porque es de verdad, o sea, si por ejemplo llega cualquier grupo armado allá a la población donde están ellos, muchos llegaban pidiendo agua, otros llegaban robándole las gallinas y así; por ejemplo, a mí me tocó ver por allá cuando nosotros llegamos a una casa y los civiles tenían mucho miedo que porque por ahí estaba el Ejército y estaba los «paracos». Entonces ellos nos decían: «Quédense allá, escóndanse». Nos contaban que era porque ellos habían llegado pidiendo agua y diciéndoles que les dieran información, que por ahí estaba la guerrilla. Esta gente decía que por ahí no había nada; entonces

que de una llegaron y le sacaron lo que tenía la señora en la cocina y se le robaron las gallinas. Eso tampoco es justo entonces. Natalia (d. g.).

#### Interacciones con secuestrados

En la zona de distensión, después de un consejo de guerra, mataron ocho muchachas de una [...] El mismo día una, a esa la mataron por un solo delito: porque teníamos unos secuestrados y tuvo dizque relaciones con un secuestrado. Los comandantes se dieron cuenta, era una pelada jovencita; había unas de dieciocho, otras de diecinueve, otras de diecisiete y muy bonitas, unas monas, muy bonitas eran. Del frente mío no mataron sino a una que se llamaba... También porque había sido novia de un secuestrado. Pero esa sí fue novia, ella decía que sí, y el secuestrado le mantenía pidiendo cosas a la familia y era para darle a ella, y allá un secuestrado no le puede dar a uno una manzana, porque si se la da, tiene que ser a escondidas.

Un día había un secuestrado que llevaba un año allá, era muy amigo mío, y ya se había vuelto como guerrillero, pero él era secuestrado y llegaba y hacía su caleta, iba y recibía su comida, sin necesidad de que uno se la llevara allá. Ya se había vuelto como guerrillero, entonces él ya tenía dizque una novia y era guerrillera, y él era un civil y nosotros no podíamos tener novios civiles. Allá ninguna guerrillera está autorizada para tener novios civiles y más con un secuestrado. Es un delito y él se mantenía haciéndole preguntas. Y por una pregunta no más, que un señor de esos le haga a uno, de una vez el comandante empieza: «¿Este man por qué la mantiene preguntando tanto?», y más si les hacen alguna pregunta y esos civiles de una vez sueltan la boca. Les meten por ahí psicología y, de una vez, esos civiles dicen y de una vez queman a la guerrillera.

Yo era muy malgeniada para cuidar secuestrados, a mí casi no me ponían a eso. Una vez me mandaron para una comisión donde había cuatro secuestrados, no más esos, poquitos, eran cuatro, y las mujeres las mantienen con las secuestradas, porque uno las acompaña para ir a orinar, que para bañarse, que para uno y lo otro, y los guerrilleros con los hombres. A mí me mandaban con una señora, esa lloraba, se mantenía llorando. Uno le llevaba de comer, no comía; yo era más malgeniada

para eso y entonces un día le llevé el desayuno y dijo que ella no quería y lo cogió y lo regó y yo le dije que comiera y si no que la iban a matar rápido ahí. Yo le tenía mucha rabia. Lidar con esos secuestrados era muy maluco: no caminan, no comen, como para que los manden ligero para la casa, y más duran allá. La regañé, le dije que un día de estos la iban a matar ahí y salí y le dije al comandante que no me mandara más para allá, que no le iba a pedaliar más a esa señora y me dijo que me tocaba. La mandaba uno a bañarse y lloraba echándose agua, que no estaba acostumbrada a bañarse con taza o metiéndose a los pozos, lloraba un rato, ni acostumbrada a lavar ropa en piedra o así. ¡No, qué pereza!, y llore esa señora. Cuando nos cambiábamos de campamento, que le tocaba a uno caminar tres horas con ellos, ¡imagínese!, gente de ciudad, no sabían caminar en campo, ni nada, ¡juemadre!, eso era por una peña que nos tocaba subir, subía uno como en cuatro patas, teniéndose de los dedos así y le decían que no se fuera a parar en la mitad de la peña porque se caía y se paraban y empezaban a dar vueltas. «¿Para dónde cojo?», y se caían y se iban al bordo por esas peñas. Había que subirlos amarrados, los subíamos amarrados y ya tocaba hacerles esas caletas con pasto para que durmieran ahí. Les hacíamos las caletas con pasto, para que les quedara como colchoncitos, para que durmieran ahí.

Lo más maluco de cuidar a los secuestrados era por la noche, prestarles guardia, porque si se vuela un secuestrado cuando uno está de turno, lo matan a uno. Una vez se le voló a un guerrillero uno y lo mataron a él, porque es responsabilidad de uno. Hay guerrilleros que se quedan dormidos y en esas se levanta el secuestrado y se vuela. No hay nada más maluco que tener gente de ciudad, cómo sufren, ¡uf!, sufren mucho por allá, por picaduras de zancudo, por todo. Un hombre, un hombre es más guapito allá, porque los secuestrados le decían a la señora de la que le hablé: «Usted por qué es tan llorona; vea, yo tengo tres meses de secuestrado y vea...». Mentiras, porque por dentro... Ellos se le paraban así «...y vea cómo bailo», y así para darle moral a ella, porque ella se mantenía muy desmoralizada, pero no, eso es muy maluco.

A veces sí le dicen a uno: «Yo le doy platica y me deja volar». Una vez yo andaba muy aburrada ahí y hablé con otra guerrillera: «Vamos a decirle a los secuestrados que cuánta plata nos dan y nosotros

nos volamos con ellos». ¡Imagínese!, uno allá nunca puede hablar de eso y nosotros que: «Vamos a decirle a los secuestrados que...», y como a mí era la que le tocaba más la guardia, porque yo era la mujer del comandante, del reemplazante del frente, es como más responsable y nunca desconfían de uno allá, así, de las mujeres así, casi no. Entonces nosotras dijimos: «Vamos a hablar con ellos, que cuánta plata nos dan para ayudarlos a volar y que se vuelen con nosotros. Nosotros los llevamos y los entregamos a la familia». Y no, ¡ay Dios mío bendito!, lo alcanzan a uno y lo matan es a pedacitos, y por lo que era un gordo y casi no le rendía correr y nosotros decíamos: «Con ellos nos toca es sacarlos al trote por esas peñas abajo, es que bajen al zoco. ¿Y si nos alcanzan y nos matan?». Y nos dio pereza más bien, por lo que él era muy gordo. Él me regaló un celular cuando lo mandaron para la casa; a él lo mandaron rápido para la casa, pero duró como dos meses antes de que lo dejaran ir y me regaló un celular. Él me quería mucho porque lo había tratado más, se mantenía jugando maquinitas con nosotros; nosotros le enseñábamos hacer correas que nosotros mismos tejíamos.

En algunos frentes, como en el que yo estaba, trataban muy bien a los secuestrados. Les compraban naipes, les compraban muchos juegos para que ellos se mantuvieran entretenidos en las camas, o les compraban radio para que escucharan música. La guerrilla no es que sea mala con esa gente, la guerrilla los trata muy bien, le daban la mejor alimentación. A los que tienen dieta les compran frutas, cada día le llegan sus frutas para que coman, gaseosita. La vajilla que les llevan muy limpiecita, lo mejorcito para ellos, para que no fueran a hablar mal de ellos. Allá los mantienen muy bien, que máquinas para jugar, que esto y lo otro. Donde había posibilidades y se necesitaba salir, les llevaban caballos. Por ejemplo, alguno de ellos decía: «¡Ay!, yo quiero ir a ese filo, a ver para dónde se ve», y se iban y lo acompañaban a ese filo al secuestrado para que caminara, para que mirara, pero con mucho cuidado. De día uno los mantiene sueltos, pero con dos o tres guardias. De noche los amarra, para que duerman con esposas en los pies. Y cuando uno le ve al secuestrado muchas ganas de volarse, lo esposa de las manos también, pero de por sí los esposa uno de los pies para que no puedan caminar. Una vez pillaron a un secuestrado. El guardia estaba sentado y agachó la cabeza así, un rato, porque estaba muy cansado, le tocaba como tres horas ahí cuidarlo y entonces el secuestrado lo vio agachado y salió así por el camino y cuando el otro alzó la cabeza lo

vio por donde iba y de una vez le dijo: «Quieto ahí o se muere», y él le dijo que él iba a mirar ese camino únicamente, pero que él no se iba a volar. Entonces ya el comandante lo pilló y lo empezaron a amarrar, porque él estaba durmiendo suelto. Lo empezaron a amarrar porque le vieron ganas de volarse. Hay algunos que empiezan a preguntarle a uno: «¿Y aquí por donde entran ustedes, en dónde queda tal ciudad?», como con ganas de irse. Entonces comienzan a echar. El comandante dice: «¿Y este man por qué estará haciendo esas preguntas? Tiene ganas de volarse...», y más cuidado le ponen.

A veces las muchachas se meten con los secuestrados por plata. Algunas para que las ayuden a sacar de allá la misma familia de los secuestrados. A otras para que les traigan cositas. Allá uno necesita muchas cosas, que le regalen champú, por ejemplo. De pronto al lado de la familia de los secuestrados, uno puede llamar a la familia, entonces le pide el favor a ellos que llamen a la familia de uno, les dan el número de teléfono para que llamen. Aura (d. g.).

Me tocó que cuidar a tres secuestrados: a un señor lo cogieron porque dizque era un colaborador de los «paras». Lo cogieron muy duro, muy duro porque era un viejito, y lo tenían muy mal, porque tenían un forro de almohada y tenía vendados los ojos, muy duro. Tenía uno que estar dándole pastillas a cada rato porque estaba muy enfermito. Nosotros no nos podíamos dejar ver de él; ya después de que vino el jefe a verlo le quitó la venda de los ojos; ahí sí nos podía mirar. Al tiempo le llegó una carta de la señora y él se puso a llorarnos ahí, que lo soltáramos, que él no era nada y ya después al tiempo nos vinimos a dar de cuenta que lo soltaron. A mí me daba mucha lástima. Ya de los jóvenes, alguna cosa debían. Nosotros no podíamos hablar con él, porque nos sancionaban. No podíamos decirle una palabra al señor porque no era permitido. Nosotros entrábamos, le llevábamos la comida, se la dábamos, porque lo tenían amarrado. También le dábamos las pastillas y cuando quería orinar a nosotros nos tocaba llevarlo, así, con un lazo lo amarrábamos y él se iba, se iba y nosotros ahí al ladito, pero no podíamos decirle una palabra. Era muy duro porque me hizo recordar a un tío que yo tengo acá en Medellín, pues era gordito, así, muy lindo. Eso fue lo que me hizo sentir mal y me dio lástima del señor. Marcela (d. g.).

Yo sí estuve en una comisión como seis meses. Eso se llama «comisión de cuido». Allá lo mejor era para ellos, que la caletica, o sea todo lo mejor, se les mandaba a hacer camas, con guadua, pues, y una mesita para ellos estudiar. Porque muchos de ellos estudian, leen, escuchan noticias, y que sí, el mejor trato es para ellos. La mejor comida es para ellos, bien preparada, cualquier comida no se les da. Los medicamentos están al día. En las marchas sí es muy duro para ellos, porque igual no están enseñados a andar tanto, se caen mucho, pero igualmente se les da espacio para que se sienten, o sea, si van ya muy cansados, entonces se hace un receso, en la mitad del camino se sienta uno a tomar agua con ellos. A uno no lo dejan hablar con ellos, uno solamente les puede decir muy buenos días, cómo amaneció, qué necesita, pero para eso ponen a alguien encargado. A uno lo eligen cada día, por ejemplo: el enfermero o el ecónomo, o si no están ellos entonces eligen a otro guerrillero normal, y le dicen: «Usted hoy está encargado para que le lleve la comida a los que hay allá». Natalia (d. g.).

#### Normas, delitos, sanciones y consejos de guerra

Nosotros estábamos recién llegados ahí y nos mandaron a formar a la hora, cuando las vimos todas amarradas allá, amarradas con las manos atrás, de acá del cuello, de la cintura, paradas al frente de todos los guerrilleros. A las otras las han matado también por lo mismo, por colaboración voluntaria con el enemigo, todo eso da para fusilamiento. Aura (d. g.).

Quedarse dormido en la guardia, matar o intentar matar a un guerrillero, o colaborar voluntariamente con el enemigo, por ejemplo cuando le dicen a uno que no alumbre de noche y uno alumbra, es como colaboración voluntaria con el enemigo. O le advierten a uno: «Ojo se le escapa un tiro por acá en esta parte, que es peligroso», y de pronto se le escapa a uno, eso es colaboración voluntaria. Con tres delitos de esos de una vez le da a uno para fusilamiento, consejo de guerra. Aura (d. g.).

Si robaba, si consumía vicio y se dejaba encontrar lo mataban, porque eso no es permitido allá en los «paras». Cuando estaba el patrón que yo le digo, a él no le gustaba matar a la gente. Si no quería trabajar

más con alguien lo echaba, le decía que no trabajaba más con él y lo echaba, decía que si mataba la misma gente de él se salaba el grupo. No sé, costumbres que tiene la gente. O si le robaba plata a algún compañero hacía formación de la gente y lo sacaba y le daba con una cubierta, le pegaba ahí frente a todos, pero nunca lo llegó a matar. Carolina (d. p.).

Fusilan por intento de homicidio contra los comandantes, contra un civil, que de pronto uno mate a un civil por ahí sin autorización. Los robos son considerados delitos; meterse las guerrilleras con los secuestrados, son delitos. Allá hay muchos, muchos delitos. Aura (d. g.).

Mataban porque se volaban, otros se iban y mataban a alguien, robaban. Todo eso daba para consejo de guerra y todos los compañeros votaban. Marcela (d. g.).

Se les empezaba a hacer el juicio, se les leía el delito, se les preguntaba que él cómo se declaraba, que si sentía que era culpable o no, y ya, cincuenta por ciento de lo que ellos decidieran y cincuenta por ciento de lo otro. Preguntaban que si era justificable que lo mataran, entonces que si querían o no. Entonces uno levantaba la mano, depende de los que dijeran, si eran treinta y veinte decían que sí, y diez que no, pues lo mataban. Entonces si la mayoría decía que no lo fueran a matar, entonces lo dejaban vivo; si los comandantes ya veían que era un delito muy grave, pues no más decían: «La decisión de los comandantes del estado mayor conjunto es que toca matarlo, así que pese a lo que ustedes decidan se va a cumplir la orden». Aura (d. g.).

#### Naturalización de la guerra

Cuando nos íbamos de combate los otros compañeros decían: «Cuídesen». Era lo único: «cuídesen mucho», eso era lo único que decían. Ya cuando nosotros llegábamos, salían y nos decían que cómo nos había ido. Uno llegaba sucio, lleno de tierra. Nos preguntaban si había llegado algún herido y pues se mostraban contentos si no, pero si uno decía que había muerto alguien, pues parecía que reaccionaban igual. Marcela (d. g.).

Cuando íbamos a pelear con los «paras» pasaba bueno porque ellos insultaban, nosotros los insultábamos. Ya le había perdido el miedo a ellos, ya el que me faltaba era el Ejército. A lo último era como un juego. Estábamos, por ejemplo, en una montañita y nosotros ahí abajo, o nosotros montados en una montaña y ellos allá abajo. Claro, nos escuchaban, nosotros nos escuchábamos uno al otro. Ellos nos decían: «Hágalen [sic] hijueputas, que van es con el Cacique Nutibara». Ese sí es bravo. Nos insultaban, ah, y nosotros también los insultábamos. Y nosotros les decíamos: «Ah, no, metan el culo que vamos con el bloque tal y pascual». Nosotros nos respondíamos el uno al otro... era como... pasábamos, pues, como bueno... Un viejo ahí era como el que más gritaba y él para poder pelear tenía que gritar. Él era como arriando ganado... él gritaba, «¡Muévasen pues, hijueputas!», que yo no sé qué, el viejito era gritando. Y era para adelante, un grito era un tiro que iba. Marcela (d. g.).

Allá se vuelve tan normal combatir que a uno le hace falta, porque uno se acostumbra a pelear y va a una pelea y hasta le puede dar miedo, ¿sí me entiendes? Pero entonces uno se va acostumbrando y eso hace falta y es cuando uno dice que hace falta el fogueo, la pelea. Claro que yo no pensaba así, yo no pensaba eso, pero cuando había que pelear, pelear, porque miedo sí le da a uno, para qué son bobadas. Silvia (d. g.).

## El combate

La primera vez que yo combatí estaba recién llegada al monte, llevaba como una semana. Entonces recibimos una comunicación por el radio que nos alistáramos, que teníamos combate para un sitio. Y yo pensé: «Ay, no, eso qué va a ser duro ni qué nada», y cuando ya íbamos entrando así como a la línea de fuego, yo me gallinié —acobardé—, yo no fui capaz de entrar, y me hice detrás de un palo y me puse a llorar. Eliana (d. p.).

Cuando nos tocó ir a esa acción, eso fue lo más duro para mí, porque a mí me dio mucho miedo y yo pensé que me iban a matar. Eso me pareció muy duro. Tatiana (d. g.).

Cuando uno está peleando lo primero es que sí le da miedo, pero ya después la pólvora le quita el miedo a uno y uno quiere seguir



peleando y echar plomo hasta que se canse o hasta que se le acabe la munición. Sí, eso es lo bacano. Lo feo es la retirada, sobre todo cuando estamos en partes críticas. O sea, hay personas que en la retirada se van para otro lado, o no cogen el mismo lugar que coge el otro, se pierden, se extravían. Carmen (d. g.).

¡Uf!, eso para mí sí fue duro; yo lloraba, me arrepentía, yo decía que por qué me había ido para allá, y me acordaba cuando mi mamá me decía que si no me daban miedo esas peleas, que en una pelea de esas me podían matar, que recordara cuando habían matado esos «paras» solo quedaba ese reguero de muertos. Yo recordaba todo eso y lloraba en esa pelea. De primerita vez uno que no está acostumbrado, yo lloraba y el helicóptero por encima, bajitico, uno se asusta. Llevábamos tres días andando, cansados, con hambre, con sed, y un susto de esos en ese momento, uno bien desalentado. Claro que uno saca alientos de donde no los tiene, pero de todas maneras, de ver tanto sufrimiento que uno no está enseñado ver, pues le da miedo. En el choque el susto son los primeros tiros, porque después de que ya pasa eso y a uno se le quita el miedo y todo, a lo último se tranquiliza. Lucía (d. g.).

La primera pelea: eso fue horrible, ay, no, no. Uno con miedo, porque es la primerita vez. Claro que los primeros tiros a uno le dan mucho miedo, pero después ya... Eso es muy horrible. Pero luego el tubo del fusil se calienta y ya uno es como pilosito —activo, despierto—. Cuando le pasan esas balas por encima a uno zumbándole a uno se le sube la moral y empieza a bolar candela, a cubrirse y a cubrir a los compañeros también. Marcela (d. g.).

Con el Ejército me tocaron como cuatro enfrentamientos y con las FARC, en una zona donde yo estuve que era muy caliente, que las mismas FARC se peleaban con los mismos «elenos», me tocó mucho también. Con las FARC en un día teníamos hasta cuatro combates. Yo sentía más miedito cuando era con el Ejército, pero con las FARC, como que uno se sentía entre los mismos; pero sí, de todas maneras eso es muy miedoso, por más fuerte que sea la persona, siempre ha de sentir algo, porque eso es muy duro, pues uno lo que siente es que ya le dan un tiro, que ya lo matan, muchas cosas uno siente. Pilar (d. g.).

No, uno en el combate no siente miedo, o yo no sé, o a veces cuando son demasiado duros sí; pero, por ejemplo, que le pasen la ojiva

a uno, pues eso es normal. Eso es normal allá en la guerrilla. Silvia (d. g.).

El grito lo pone más ágil a uno, porque uno callado es como esperando más el golpe; en cambio, uno gritando no siente nada. Marcela (d. g.).

En mi primer combate yo no sentí miedo ni nada de eso. Ese día había mucho sol, habíamos llegado, nos habíamos instalado a las cinco de la mañana. No comimos nada hasta por la tarde, ¡y yo con una sed!, casi que me dormía ahí. Por la tarde mataron marrano, yo ni quise comer, y al otro día llevábamos unos chicharrones en una bolsa. Entonces estábamos yendo por una tomatera, cuando se prende esa balacera allá abajo y yo era coja tomates y coma con chicharrón. Yo no le paraba bolas a eso, yo era coma tomate y dele, y esa balacera ahí abajo. Comía tomate con chicharrón, hasta que a lo último pasamos al otro lado y ahí sí nos tocó reaccionar. Porque nosotros no habíamos desayunado. Eso es lo que más me da risa, pero no tenía nervios ni nada, no sentía miedo. Entonces me decían que yo había salido muy buena unidad, que ya habían ensayado con varios muchachos y habían resultado miedosos. Pero había uno más miedoso, imagínense, ellos mismos decían que les daba ganas de pelarlo y enterrarlo por ahí en una carretera. Sandra (d. g.).

Cuando uno está combatiendo en campo abierto, uno es como un hombre, como que ya no le importa si lo van a matar o no. Uno se defiende y hace lo que sabe hacer y lo que le han enseñado a hacer y echa es para adelante. O sea, uno no se les queda atrás que porque ellos son hombres, no, o sea, como allá el orgullo que se tienen las guerrilleras y los guerrilleros es que no se discrimina a nadie, entonces uno va es para delante con toda. Después de los combates reúnen toda la guerrillerada. Ahí dicen lo que se hizo bien, cuáles fueron las fallas que tuvieron y se felicita a fulanita de tal. Cuando fue mi primera vez a mí me dio mucho miedo, yo temblaba, no sabía si era del frío o qué, porque estaba haciendo mucho frío por allá. Yo no sabía por qué estaba temblando. El caso es que arrancamos con esas pipas, yo me eché una al hombro y para arriba y hasta que llegué arriba y allá llegamos y de una nos partieron en grupos. A mí me tocó en el pueblo. Yo hacía lo que hacían esos muchachos, o sea, yo no me les quedaba atrás. Sabía que yo también tenía que tener mi orgullo encima, o sea, uno no se deja llevar

solo que porque ellos son hombres. Además de eso, tenía muy buen físico, era más delgada, ahora es que estoy muy gorda. Natalia (d. g.).

Lo que más me gustaba recuperar eran los fusiles, porque me cambiaban enseguida de fusil. Si eran bacanos cambiaba uno por el mío, o si no, le decía al comandante que me dejara el mío. Silvia (d. g.).

#### Sevicia en el combate

Cuando matábamos chulos (policías) o «paras», que quedaban ahí, les dábamos pata, pero no los enterrábamos: qué se iba uno a ensuciar las manos con eso. Los dejábamos tirados. O se los comían los gallinazos o los recogían los civiles, pero nosotros no. Silvia (d. g.).

Cuando matábamos bastantes «paras» era muy bueno. En una pelea que a mí me tocó mataron veintiséis «paras» y ese día yo estaba muy aburrida, porque se había muerto un amigo mío ¡Nos la llevábamos tan bien, y nos reíamos...! Ese día lo mataron a él y yo lloraba cuando me lo dijeron. Íbamos a recoger todo lo que había quedado de ellos, los «paras» que habían matado y los que se habían volado. Cuando íbamos a recogerlo a él, íbamos así por el camino y yo casi ni veía, porque las lágrimas, ¿sí me entiende?, no me dejaban ver. Cuando empezamos a encontrar «paras» muertos, entonces se me quitó la lloradera y yo empecé a darles pata. Ahí fue muy rico, se siente uno como... no se siente uno así como tan mal de que mataron a fulano y que ellos se fueran sanos. Aura (d. g.).

Nunca sentí lástima por la gente contra los que yo peleaba, nunca. Después de los combates pasábamos por el lado de ellos, o de las mujeres de los «paras». Pasábamos nosotros por encima y antes las patábamos. Nos poníamos a jugar con ellas a pata, les dábamos con el pie. Nunca sentí lástima. Eso fue lo que yo sentí. Isabel (d. g.).

Nunca me tocó ver que descuartizaran paramilitares, no, pero sí que los degollaran, eso sí se ve mucho allá. Cuando matábamos hartos «paras», todo mundo muy contento porque, pues mire que siempre hicimos. Silvia (d. g.).

Una vez murieron como unos diez «paras», y heridos que nosotros los acabábamos de matar por ahí. Les mochábamos el cuello. Los hombres les mochaban la cabeza a los hombres y nosotros, cuando encontrábamos una vieja, llegábamos y le rajábamos esto aquí, le rajábamos toda la cara y le mochábamos aquí el cuello. Eso volaba esa sangre, y le quitábamos la ropa, le quitábamos las botas y el camuflado, lo que ella tuviera para nosotros. Les cortábamos la cara por maldad, porque como es el enemigo de uno [...] A uno le provoca es como matarlos, porque son muy malos. A nosotros nos provocaba era dejarlos sin nadita de carne, nosotros las rajábamos muy feo y quedaba esa cara rallada, chorriando sangre, no se veía. Eso nos tocaba por parejo, pero si uno encontraba una vieja ahí, empezábamos a rajar. Los hombres antes les hacían más maldades, porque ellos las motilaban, ellos las dejaban sin ropa, todo. Llegaban y les agarraban así los pies y las mochaban, llegaban y les agarraban las manos y las mochaban a pedazos, quedaba solo esto aquí. A unos les rajaban el estómago, a los hombres llegaban y los abrían así, eso quedaba dañado desde acá, o sea, los castraban. Marcela (d. g.).

#### Banalización de la crueldad

Les pegaban con un revólver, con un fusil, con lo que fuera. Al principio sentía miedo, pero después como que eso se le vuelve costumbre a uno: mirar matar gente, se te vuelve costumbre, como algo normal en la vida y ya no sientes nada, se te da como lo mismo. Me dio miedo porque lo mataron con arma blanca, con un cuchillo, porque era un miliciano que colaboraba con la guerrilla y porque allá había un comandante que era demasiado malo. Él decía que la guerrilla era el peor enemigo que podía existir en el mundo, decía que él no botaba un tiro en un guerrillero y a él nunca le gustaba matar con un arma de fuego, sino con arma blanca; siempre que los cogía los mataba con una puñalita. Me dio mucho miedo porque yo nunca había visto una cosa de esas, me asusté mucho; pero sin embargo yo no les demostraba mi miedo, me decían que yo tenía que ver para que aprendiera, pero el miedo era tenaz. Después ya, la segunda vez ya se me fue quitando el miedo. Carolina (d. p.).

Había compañeros que les gustaba matar y se regalaban para matar, hasta niños y niñas; es que habían mujeres muy berrionditas. Alguna sí se regalaba, pero entonces no le daban ese privilegio porque, o sea, le gustaba matar pero amarrado, entonces en realidad no era capaz. A mí no me tocó matar a alguien, o sea, de pronto lo haría uno por ahí en una pelea, ¿sí me entiendes? Pero nunca como coger a alguien amarrado y darle, no. Silvia (d. g.).

Por donde operaba yo había muchos «paras», y ellos cogían a los civiles y los picaban así, y entonces cuando nosotros teníamos la oportunidad de tenerlos al lado, nosotros tampoco los dejábamos vivir. O sea los muchachos, hay unos que son muy sicópatas pues; igual yo los veía, yo sí vi cuando estaban matando, pero a mí nunca me tocó; pero igual yo no sentía nada, normal lo que uno había visto. Natalia (d. g.).

Una vez cogieron a un muchacho. Duró un día no más con nosotros. De noche se lo llevaron por una loma y lo hicieron subir a las malas, y él sabía que era para matarlo ya. Él decía: «¡No, no me maten!». Y ellos: «¡Que suba, pues!». Y lo agarraron a pata por esa loma, que lo hicieron subir para meterlo por una quebrada. Y ya los otros cuando fuimos allá con él, ya tenían el hueco listo para enterrarlo. Cuando fuimos allá solo habíamos dos mujeres, pero no nos tocó dispararle. Sentí susto, no sentí como pesar, no, sentí susto. Él nos ponía las manos así y nos pedía que no lo matáramos. El hueco ahí estaba listo como para que cayera allá de una vez. Éramos cuatro, dos mujeres y dos hombres, y los hombres eran los que lo iban a matar. Me dijeron: «Vea fulana, dele pues», y yo les dije que no. Le dijeron a la otra y ella tampoco quiso. Y uno de ellos dijo: «Es que esto es responsabilidad de los cuatro». Y yo: «No, yo no le doy, dele usted, mijo». Dizque: «Bueno, despídase pues, rece, pues, a ver». Le dijeron dizque: «Perro, perro traicionero». Ahí mismo le asentaron el tiro acá en la sien y él ahí mismo cayó al hueco. A ese lo mataron porque andaba con los «paras». Marcela (d. g.).

Me tocó sacar a una señora de la casa, pero me tocó hacerme pasar por una amiga, por eso uno tiene que trabajar la inteligencia, saber con qué personas se relaciona y todo, porque es que a usted van y le tocan y usted no va a abrir sin saber quién es. Usted pregunta: «Ah,

¿quién es?». «Soy fulana de tal, es que mi esposo se está muriendo de un cólico, que yo no sé qué, que yo la necesito para ver si me hace el favor y va allá y me le hace cualesquier cosa, que yo no sé qué». La señora, muy convencida, cogió y me abrió la puerta y de una cogieron y la encañonaron también, y ya: ese mismo día esa señora de un solo disparo se murió también, como que sufría del corazón, porque de un solo disparo, de una quedó. A ella había que matarla por «paraca», por sapa. A mí no me molestaba que la señora fuera «paraca», sino que fuera sapa, porque casi nos hace matar, porque es que una vez nosotros estábamos por ahí escondidos y había Ejército y llega esta vieja y nos echa el Ejército. Pues nos sapió —denunció—. Como casi nos morimos nosotros, entonces le tocó a ella morirse, por decir eso. Lina (d. g.).

Una vez me tocó matar a un señor, pero me tocó a machete, que es lo más duro pues. Me tocó con un miliciano. El señor era un «para» y esos sí dan duro. A mí me tocó y el miliciano temblaba del miedo y yo: «Dele pues». Yo tampoco quería darle, porque me daba lástima y más, pues, a machete, es muy duro. Yo le dije: «Dele usted», y él tampoco, entonces me tocó darle yo. Los dos le tiramos a la misma vez y ahí cayó al hueco y esperamos que se muriera y nos sentamos al ladito de él a mirarlo, así, y le dimos acá, y la sangre toda era como en chorros, así. Lo mirábamos así en el hueco y él ya como temblando para morirse, pues sentí en eso... yo no sé, como si me fuera a dar una maluquera de verlo ahí, como susto, como lástima, pues, y ya. Comenzamos a tirarle tierra. A mí me tocaba hacerlo porque, si no, me daban a mí. Ese día no pude dormir, como imaginándome el señor. Al otro día yo dije que no, que me mandaran a matar a un muchacho, al que fuera, pero no a machete, así me sancionaran, nunca volvía a matar a una persona a machete, y más a un señor. Matar así a tiro es distinto, pero a machete no. Marcela (d. g.).

A mí así me tocó matar una señora de un «paraco», pero a mí me hicieron tomar sangre del «paraco», no de la señora. Me mandaron a matar a la señora que tenía un bebé como de cuarenta días de nacido. Me decían: «Vea, si usted no mata esa señora, la matamos a usted». Esa señora apenas me miraba a los ojos, me decía dizque: «Ay, por favor no me mate, que mire que tengo mi niño dormido y que apenas tiene cuarenta días de nacido». Y yo: «Señora, me da mucho pesar, mucha tristeza, pero si yo no la mato, yo pierdo mi vida». Entonces a mí se

me salían las lágrimas, y yo desaseguré el fusil y ¡pam! Le tuve que disparar y yo ni la miré. La maté y voltié la espalda. Ahí fue donde la tiraron a ella a una quebrada, ahí fue donde yo... pues, no la vi, porque a mí me daba mucho miedo, ¡era la primer vez! Me tocó porque era nueva, como al año de estar allá. Isabel (d. g.).

Ya perdí la cuenta de las personas que maté, son muchas personas; eso a cada rato van saliendo. Había días en que a uno le tocaba matar hasta diez y doce personas. Los muertos se descuartizan, porque a uno no le conviene que cojan ese cuerpo y a la policía tampoco. Pues yo no voy a decir que toda la policía nacional trabaja con uno, pero sí mucha gente. Ellos saben lo que uno va a hacer y ellos le dicen a uno que ponga la denuncia de desaparecido, que eso ya vuela, pero que no dejáramos coger el cuerpo. Entonces a uno no le conviene enterrarlo entero, porque la tierra, como es de muerto, empieza a hundirse. Entonces descuartizado ya no, porque la hiel sale, ese humor que botan los muertos. Se descuartizan como un pollo, por la coyunturas se le corta, se le cortan los brazos, las piernas, la cabeza, el tronco, se le sacan las tripas para que no se vaya a soplar y se entierra y ya. Entonces la tierra no se hunde ni nada y tampoco van a encontrar el cuerpo, porque eso es una cosita muy pequeñita, es que ni medio metro siquiera se va, nada, eso es muy poquito lo que se va. Así la gente, si ve, no sospecha de que de pronto hay allí un muerto ni nada y la policía queda sana y ya: reciben su denuncia de desaparecido y ahí quedó el problema. ¿Y quién va a saber que está muerto o que está vivo? [...] Cada vez que mataba a algún guerrillero o algo, sentía más ganas todavía de seguirlo haciendo. Cada vez sentía más sed de venganza, más ganas de matar, más odio, más rencor... Y, para nada, porque no logré nada con eso, se acrecentaba más. Eliana (d. p.).

Cuando mataron a esa niña para mí fue normal, nunca le tuve miedo a los muertos, ni me parecía, no me pareció injusto. Porque antes de ingresar a la guerrilla a mí me explicaron cómo son las cosas y después de ingresar no hay reversa. Entonces, ¿por qué me vuelvo? Silvia (d. g.).

Hay veces que de pronto se les dispara el fusil o ellos disparan con rabia, entonces le hacen consejo de guerra y la sanción era la muerte, porque yo no veo más nada ahí. Isabel (d. g.).

¿Retorno del canibalismo?

Dicen que cuando uno mata una persona queda con ganas de matar más, porque como que se amaña uno, se acostumbra, y más de uno cuando toma sangre... ¡La sangre como es de mala! Pero no la tomaba sola, sino con agua, sangre con agua, yo así sola no me la tomaba. Me la tomaba para el miedo, para que no me diera miedo. Les sacábamos la sangre así: los matábamos, cogíamos una navajita, los cortábamos y sacábamos un poquito de sangre en un pocillo y tomábamos con agua, ¡más bueno! La primera vez le da a uno asco, pero uno como que se acostumbra, usted sabe que uno allá en la guerrilla como que aprende a ser malo, será. Yo tomaba cada rato sangre y sentía como el diablo por dentro, y más, sangre de «para». Uno siente como un animal por dentro, como un miedo, como un diablo por dentro, si uno mata un «para» bien asesino, un «para» que sea bien criminal, se le mete todo lo que él sienta de uno por dentro. Yo recién llegada aquí [se refiere al programa de retorno a la vida civil] me daba eso. Allá en la estación de policía yo me acordaba de eso y a mí como que me agarraba un calor encima, como un bochorno, comenzaban a hablarme esos soldados y yo les contestaba era con rabia, como si tuviera el «para» por dentro. Por ejemplo, yo me pongo a recordarme de eso y a mí se me entra el diablo, yo comienzo a sentir eso... Los compañeros tomaban así en un vaso, el uno tomaba un trago, el otro tomaba otro trago, pero yo sí me tomaba esos vasos llenos, no ve que allá decían que yo tenía la mirada mala, que yo era mala. Isabel (d. g.).

Conflictos internos derivados de acciones de guerra

Me sentí mal cuando maté a un «paraco». La verdad me sentí mal, porque de todas maneras uno piensa, si no es Dios, para quitarle la vida a nadie. Más sin embargo yo a ese señor no lo distinguía ni nada y ¡qué pesar!, pues, no tanto de él, sino de los hijitos que dejó... Entonces sí... o sea, quedé impactada, eso fue un impacto. Esa fue la primera experiencia mía. Después de eso me tocó otras veces, pero... ¡uy!, eso sí fue terrible, imagínate que yo a lo último le cogí un asco a la carne. Cuando hacía eso ni comía, porque es que a mí me parecía verlos en el plato servidos: no era capaz de comer. En ese sentido, la verdad, fue muy duro acostumbrarme a eso. Sentí malestar cuando me tocó quitarle la vida a otra persona, ahí sí sentí demasiado malestar. Yo decía: «¡Ay



no!, qué pereza, qué cosa tan horrible esto, es que uno, así como le quita la vida a otra persona, otro se la va a quitar a uno». Entonces yo me estremecía, me corría como un escalofrío por los pies. Lina (d. g.).

Un veiticuatro de diciembre me tocó la guardia a media noche y podía divisar el pueblito. Entonces yo me ponía a imaginarme todas esas cosas y ahí fue donde yo empecé como a pensar: «Dios mío, ¿yo qué estoy haciendo aquí matando gente, que a lo mejor están aquí o están allá, así como estoy yo, sin hacer nada?». O sea, inocentes, que se pelean así como por nada, entonces nos matamos, y yo: «¿De cuándo acá tengo tantos enemigos?». Pero entonces al mismo tiempo como que me empecé a acordar de todos los motivos que tenía y dije: «Yo a mi casa no quiero volver». Entonces cogía moral otra vez y ya dejaba de pensar en todas esas cosas. Silvia (d. g.).

Lo que más me atormenta en esta vida de lo que he hecho, fue que una vez me mandaron a hacer una misión con unos muchachos y ellos, yo no sé si fue que se drogaron, no sé. Total que el comandante me mandó a mí: «Vaya a tal parte y me trae tantas personas de allá de la población». Y yo: «Ah, bueno camarada, como ordene». Y sí, me fui, yo traía una muchacha, pues una indígena, había venido en embarazo y traía un chinito, y los muchachos. Ellos dicen que no me conocieron, pero yo sí digo que sí me conocieron, porque siendo la única guerrillera que habían mandado por allá, y ellos me vieron que yo venía con la señora y con otros dos muchachos, y eso cogieron a la señora y la levantaron a plomo. ¡Uy!, eso me atormenta a mí toda la vida, todas las noches me acuerdo de eso: cómo me suplicaba la señora que no la dejara matar y el bebé le lloraba. ¡Uy!, eso sí fue muy doloroso para mí. Carmen (d. g.).

#### Naturalización de la existencia de una niña soldado en la familia

Mi mamá era la única que tenía problemas al principio que porque yo me había ido para el grupo, pero después no. Y cuando iba a la casa me trataban normal ya, todo muy bien. Ella me preguntaba: «¿Cómo le está yendo?». Pero nada de regañar, nada; se acostumbró a lo que uno estaba viviendo allá, y me decían que me manejara bien. Pilar (d. g.).

Después, mi mamá me decía que me manejara bien, que no me portara mal para que no me fuera a ir mal allá, que ella sabía que eso era muy maluco. Cuando me encontraba con ella por ahí la invitaba a tomar fresquito, me sentaba con ella, hablaba con ella un rato, le preguntaba por mi hermanito, por mi papá, hasta que ella se iba. Isabel (d. g.).

Así yo hubiera estado en el grupo, mi mamá siempre estaba muy pendiente de mí, me iba a visitar, me iba a llevar cositas, estaba muy pendiente de las cosas. Eliana (d. p.).

Volvimos otra vez de allá, de donde estaba, al pueblito donde vive mi familia. Me dejaron ir a la casa y yo fui, hablé con mi mamá, ella me preguntó por lo de un combate que pasó y yo ni le quise contar. Yo le dije: «Sí, yo sí oí que estaban peliando pero yo no estuve allá». Ella llorando me decía que cómo me había ido por allá, que a ella le habían dicho que yo estaba herida, pero no, yo estaba muy bien, y yo no le dije nada. Solo le dije: «A mí no me tocó eso», y ella lloraba. Yo trataba de consolarla. Ese día fue la primera vecesita que me mandaron acompañada con otro guerrillero y me dieron como una hora. Yo estuve un momentico, saludé a mi mamá y me quedé un momentico, y de una vez volví otra vez. Ya después iba de vez en cuando. Lucía (d. g.).

La mamá mantenía muy triste. Mis hermanos se sentían bien, pensaron que nosotros estábamos allá, en la guerrilla. «Ay, como se ven de lindas» —me decía mi hermanita—, «como se ven de lindas, pero qué pesar». Nosotros nos manteníamos tomándonos fotos con ellas. Para mi hermana ya como que era muy natural, y para mis hermanitos también. Pero para mi mamá no, la mamá es la que sufre más. Mis hermanitos eran: «Ay, que berraquitas», mis hermanitos mantenían abrazados con nosotros, cuando íbamos así a reuniones o a fiestas. Marcela (d. g.).

#### Renuencia de las familias a la desvinculación de las niñas

Los primeros días mi papá sí me aconsejaba que me volara, pero ya a lo ultimo él me aconsejaba que no me fuera del grupo, porque los mataban a ellos. A ellos los tenían amenazados, desde que cogieron una carta que mandó una hermanita mía mandándome a decir que me volara de allá, que ella me iba a ayudar. En la carta trataba mal a la guerrilla,

que ellos eran unos descarados, que nos habían llevado a nosotras tan pequeñas para allá, que con mentiras. Papá sí me llegó a decir que no me fuera a salir de allá porque a ellos los mataban, pero yo sabía que eran mentiras, o sea, cuando yo me volé sí fueron a buscarme allá a la casa a ver si era que me tenían escondida. Sin embargo, no les hicieron nada y están bien. Lucía (d. g.).

Mi mamá me dijo, la única vez que fui a visitarla: «¿Mija, por qué no se sale de eso?». Y mi papá le contestó: «Usted es como boba, ¿quiere que nos maten la muchacha o qué? ¿No ve que donde ella se salga de eso, esa misma gente nos la mata?». Obviamente ellos sabían que si yo me salía de allá me moría y que la única manera de yo salirme de allá era volándome. Lina (d. g.).

Significado de la vida cotidiana en el grupo armado en diferentes momentos

Yo al principio me sentía muy bien allá con mi papá y mi madrastra, como una familia. Ángela (d. g.).

Mi hermana me dijo: «Yo quiero que esté junto a mí, yo a usted la quiero mucho y quiero que estemos juntas, ya que no tenemos padres». Y ella era la hermanita mía y ella era muy cariñosa conmigo, y usted sabe que uno le hace caso a la hermana y me fui con ella. Andrea (d. g.).

Eso fue como una familia para mí, y la verdad yo soy sincera, y fue como la mejor, pues tuve amistades, la confianza que yo nunca encontré en mi casa. Silvia (d. g.).

Yo pensaba que podía llegar a ser comandante, primero no, pero esos comandantes como viven tan bueno, pues sí, ah sí, uno busca la mejor vida, ¿no? Como también hay mujeres que son comandantes y yo veía que les iba bien. Lo único maluco era que cuando había una pelea y les daban tropa y todo, entonces ellas tenían que responder por esa tropa, era lo único, de resto eso les asignaban cualesquier misión y de una la cumplían y les iba bien. Lina (d. g.).

Me gustaba por la acción que se vive, se viven cosas muy bacanas, o sea, a pesar de que uno sufre mucho también hay cosas en las que uno pasa muy chévere. Por ejemplo, cuando uno se sentaba por ahí a las cinco o seis de la tarde a tomar tinto y a fumar cigarrillo, y que uno se ponía a contar las historias, chistes. De pronto, cuando habían [sic] hostigamientos que uno se ponía a reírse y también a tirar tiros al aire, o cuando lo ponían a uno a que aprendiera a reventar rampas, entonces uno se ponía a reírse de ver las bobadas que uno hacía cuando metía la pata y que no le tocaba sino arrancar a correr; eran momentos muy bacanos. Eliana (d. p.).

Me fascinaba la libertad, y lo que uno caminaba, conocía puntos que uno tal vez no distingue. Cuando decían: «Vamos para tal punto, vamos a distinguir». A mí me fascinaba porque a mí me gusta mucho distinguir sitios, eso era lo que me fascinaba. Marcela (d. g.).

Más que todo yo no viví el sufrimiento, porque pasaba bueno. Me mantenía era por ahí en los pueblitos bailando, pasando bueno. Hay muchachos que sufren mucho, pero yo casi, casi no sufrí, porque yo me mantenía mucho con un comandante que era muy relajado. Él siempre era así, confiado, se instalaba por ahí en partes así en el monte, y mantenía pues bailando, y dormía uno hasta tarde, a veces sin guardia. Carmen (d. g.).

La comida no faltaba, cuando uno se manejaba bien no echaba mal, así como aquí [en el centro de atención especializada CAE]. En el campamento lo trataban a uno muy bien, porque tenía comida y lo sacaban a bailes y le pegaban borracheras. Verónica (d. g.).

Yo no pasaba necesidades de nada; inclusive yo allá la pasé muy bien, o sea, yo no sé, pero ahí lo único que me faltaba para estar como exacto era mi familia y mis hermanos, que me hacían mucha falta, pero yo tenía todo, todo. Sandra (d. g.).

Ya en las FARC también me tocó duro, aguantaba más hambres porque esos días estuvo maluco, hubo un tiempo que también estuvo muy duro, había problemas cada ratico con el Ejército y con los paramilitares y todo, ya de cualquier campamento nos tocaba salir corriendo, perdíamos a veces fusiles, carpas, equipos. Perdíamos

muchas cosas, y eso nos tocó mucho. Un día nos tocó aguantarnos cinco días emboscados, aguantando hambre, zancudos todo el día, sin podernos bañar, sin tomar agua y sin nada. Verónica (d. g.).

Hacer huecos, huecos así dizque para «trillo», que es la basura, a mí me chocaba eso. Marcela (d. g.).

A veces que no llevábamos comida hecha, nos tocaba era aguantar hasta llegar y eran esos palos mojados para uno encender y hacer la comida. Le tocaba a uno era aguantar hambre. Carmen (d. g.).

A uno lo humillan, mirá [sic] que para usted es una humillación de que usted se esté portando bien y que te traten mal, que te digan: «No, es que usted se está portando como una HP». O que le digan: «No, es que usted no parece que fuera de acá». Lina (d. g.).

No se podía manifestar el aburrimiento, antes uno tenía que ocultar lo que sentía, porque lo notaban a uno aburrido, imagínese y ya pensaban que uno se iba volar. Pilar (d. g.).

A veces me mandaban muy lejos a andar, así, a diario, habiendo más unidades me mandaban a mí. Eso sí me daba como cosita, porque uno casi no descansaba. Entonces me daba maluquera, mientras las otras viejas descansando, que eran quizás mujeres de los comandantes ahí, y por eso las tenían bien. Sandra (d. g.).

Actitudes de resistencia hacia el propio grupo como señal del agotamiento de la experiencia

Una vez una peladita me rogó que me la llevara. Entonces yo le dije: «Si usted quiere ir allá a aguantar frío y hambre, hija, váyase, pero lo que es conmigo no cuente». Y también le advertí que no fuera a decir que yo le había dicho, porque, obviamente, yo iba era perdiendo. Lina (d. g.).

Una muchacha sí me dijo que ella tenía ganas de irse para la guerrilla, porque estaba muy aburrida en la casa. Ahí mismo yo le dije que no se fuera. Lo mismo le dije a mi hermanita. Nosotras la aconsejamos mucho. Marcela (d. g.).

Me iba a tocar matar a un niño que tenía catorce o trece años, y había que matarlo porque el niño era un «paraco», un «paraquito», pero de esos bravos (y agrega con tono irónico): «Como es niño no se le hace nada ¿cierto?, porque qué pesar». Sí, un «paraquito» de esos bravos. Él hacía inteligencia, hizo matar mucha gente, hizo mucho daño. Cuando a mí me iba a tocar darle a ese niño yo ahí mismo dije que no, que yo no más. Entonces el comandante me contestó esto: «Bueno, el que no sirve para matar sirve para que lo maten». Entonces, como yo ya estaba tan curtida y yo sabía que a mí no me hacían nada, le dije: «Pues matemen, pero yo no le voy a hacer nada a ese niño». Entonces ya mandaron a otro. Lina (d. g.)

A veces les decía a los guerrilleros: «Qué rico estar en el Ejército». Y usted sabe que uno mienta eso y se mete en un problema. Ellos me decían: «Ah, es que usted es como boba hombre, entonces si usted se vino para acá, para qué se pone a decir que el Ejército, que yo no sé qué, que nosotros con esa gente patirrajada no la vamos». Ellos les decían patiamarrados o venados. Yo cada rato me ponía a escuchar las emisoras del Ejército y me decían: «No escuche eso que la van a salir es matando». Y yo: «Que me maten». Yo les decía, yo me mantenía así. Andrea (d. g.).

A lo último ya no es mucho lo que a uno le gustan los uniformes, porque uno ya se acostumbra a que lo vean. Ya no se siente uno como tan orgulloso como se sentía antes, como cuando por primera vez que uno está botando goma. Al principio es que uno se siente orgulloso con eso, pero ya a lo último uno hasta se aburre con esa cosa, cargando eso para donde va. Sandra (d. g.).

Digo la verdad: siendo civil uno ve los guerrilleros muy bonitos, y cuando uno está allá ya no les ve gracia, ya le parecen mejores los civiles. Lucía (d. g.).

Eventos que contribuyeron a la construcción de la decisión de desvincularse

Me mandaron para acá, para Medellín, pero acá me había aburrido, me di cuenta que yo no tenía ningún futuro, que la vida allá

es muy dura y sin ninguna esperanza de salir adelante. Carolina (d. p.) (Segunda desvinculación).

Eso allá era muy duro, tan duro que yo no sabía cómo salirme. Me asustaba, porque si uno decía que se iba a entregar ahí mismo lo mataban. Uno tenía que estar callado, no decirle nada a los comandantes, que se iba a entregar ni nada, tenía que pensarlo y guardarlo en secreto, si no quería que lo mataran. Tatiana (d. g.).

En diciembre me llevaron para el campamento, y me llevaron para tierra fría, una tierra fríísima. Se mantenía lloviendo todos los días y yo más aburrida allá, no sabía qué hacer, yo lloraba y me decía: «No voy a volver a ver a mi mamá, ni a mis hermanitos, ni a mi papá, lo que me pasa por haberme venido». Me la pasaba llorando, pero no delante de ellos, porque si me veían así me sancionaban. Me tocaba llorar al escondido. «Yo de aquí me vuelo porque me vuelo», me decía entonces. Me ponía a mirar para mi casa y lloraba, y le preguntaba a Diosito por qué estaba yo ahí, en vez de estar en mi casa relajadita. Adriana (d. g.).

Yo estaba mamada. Esa vida es muy aburridora para una mujer, y para uno también porque a uno cada rato lo andan putiando, lo andan cascando; si uno hace las cosas mal, entonces lo amenazan con que lo van a matar. Eliana (d. p.).

Eso fue como una deserción y a la vez como una entrega. Vea yo le explico: eso fue cuando estaba operando por ahí, por las partes que yo le dije ahorita, esas zonas rojas. Fue por primera vez en mi vida que yo le sacaba el cuerpo a algo, porque yo siempre decía: «¡Pa' las que sea!». Pero yo ya llevaba cuatro meses por allá y vivía aburrida, estaba aburrida, aburrida, y más porque me tocó con un comandante que quería que yo me muriera con él, porque ¡es que yo sí he sido «de buenas»! ¡Más ligada! ¡Ay, Señor, más ligada para esos comandantes!.. Bueno, entonces ese comandante me dijo que yo por qué no me asociaba con él; yo le dije que no; eso sí, tenía unos ojos muy lindos, pero él no me gustaba. No me gustaba por la fama que ellos tenían. Y no, como que no me llamaban la atención los comandantes, no me simpatizaban para nada. El pelado sí era joven, delgadito y tenía unos ojos muy lindos, pero no me gustaba. Entonces él me dijo dizque: «Bueno, a usted le guste o no le guste, usted va a seguir andando conmigo». Y este cada

que salía siempre me pedía, siempre le decía al superior que me echara. Como apenas éramos tres, era mi persona, él y otro pelado y ya, éramos tres para esa zona. Entonces yo una vez le dije al superior que con tantas mujeres que había por ahí no encontraban más a quien echar sino a mí, que a toda hora me echaban con ese man. Le dije que no quería andar más con él, y el comandante me preguntó que por qué, y yo le dije: «Yo estoy muy aburrída con él; además, él mantiene diciendo que yo me tengo que morir con él; además, a mí él no me simpatiza y no me gusta como para socio», le dije yo a él. Entonces me preguntó: «¿Es que él le mantiene diciendo que se asocien?». Y yo le dije: «Pues sí, me tiene súper cansada». Lina (d. g.).

Me fui por proteger mi vida, porque yo ya sabía que me iban a pelar por haberme puesto a meter marihuana y todo eso. Entonces yo pensé en mi mamá y yo dije: «¡Qué chimba también!, mi mamá ya perdió a mi papá y no es justo que aquí estos hijueputas también me maten». Entonces fue más que todo por mi vida y por mi mamá. Eliana (d. p.).

El trato que a mí me dieron ellos fue excelente, para qué, hasta que me aburrí, no quería seguir más ahí y le comenté a mi hermano porque eso sí, a mí me dejaban ver a mi hermano cuantas veces yo quisiera, esa era también una de las cosas buenas que yo tenía y sí, pues, el trato era muy bueno hasta el día que me aburrí. Le dije a mi hermano que estaba aburrída de caminar y de hacer cosas que a mí no me gustaban. Por ejemplo, cuando a alguno de los compañeros le hacían consejo de guerra, que le salía fusilamiento, no, eso es muy duro cuando una persona se encariña con otro compañero y le toca verlo matar, o que a uno mismo le toque matar, eso es muy duro. Una vez me tocó, una sola vez, era el mejor amigo que yo tenía. Carmen (d. g.).

Pero ya se murió él y yo quedé sola, y ahí sí me fue un poquito como mal. Después de eso ya me echaron a patrullar, me tocó seguir sola como cinco meses. Ahí sí sufrí mucho, porque me hacía mucha falta él; ya llevábamos mucho tiempo juntos en la relación. Después de eso me tocó muy duro, ya me faltaban muchas cosas, me tocaba trabajar mucho también. Fuera de eso las caminadas me daban muy duro, sufrí mucho, mucho. Pilar (d. g.).



## Episodio desencadenante

Él estaba aburrido allá, porque había un comandante que lo mandaba mucho, lo humillaba, no sé, como que le tenía cosita... Nos odiaba a los dos, porque nosotros nos queríamos mucho, no sé si era que yo le gustaba a él, porque él me echaba mucho a mí los perritos, me decía que lo dejara a él, y yo: «No». Entonces nos veía a nosotros muy bien, por eso ahí mismo lo echaba adelante y él estaba aburrido por eso. Entonces a diario y en la noche él me decía: «Vamos a volarnos, vamos a volarnos». Yo no le paraba bolas, porque a veces ni en el mismo marido puede uno confiar. Entonces fue que un día yo le dije: «¿De verdad, es en serio?». Y me dijo: «Es que es en serio». Entonces yo le dije: «Listo», y fue cuando él empezó a ver cómo era que íbamos a volarnos. Sandra (d. g.).

Ese día que yo me salí de allá tenía como dos días de haber peliado con él. Imagínese, nosotros llevábamos tres años viviendo juntos y a cada rato peliábamos, pero ese día peliamos y no volvimos. Yo estaba demasiado aburrida y pensaba en mi mamá, en mi hermanita que estaba lejos también y que no sabía nada de ella; pensaba en él también. Cuando peliamos él salió ese día para una avanzada y yo estaba sola, yo recuerdo paténtico: estábamos en una vereda que se llama... Recuerdo que yo dormía con una compañera que también vivía con otro muchacho y también estaba sola en ese momento; yo la pasaba aburrida y yo piense y piense y yo miraba a ver cómo me iba a volar. Lucía (d. g.).

Mi novio al tiempo se fue, se fue en febrero para su casa, donde su mamá. Él se fue y lloré mucho, porque yo lo quería mucho. A mí me dijeron que me iban a mandar para donde él y yo dije: «Si no me mandan para donde él, me vuelo». Y vi que en ningún momento me iban a mandar, me volé. En esos días sí vi que me iban a llevar porque yo vi la señora por ahí, pero dije: «Cuál, eso es mentira», y me vine. Andrea (d. g.).

Mataron al comandante con el que yo vivía, mi socio, llevábamos tres años, me aburrí y me volé, y me cogieron y me sancionaron: me pusieron a cargar ciento cincuenta viajes de leña. Yo no quise pagar la sanción, entonces me mandaron a pagarla a una finca en la que vivía mi hermanita y de allá me volé y me entregué. Marcela (d. g.).

Al mes de morir mi papá deserté con otros muchachos. Yo estaba desmoralizada, nos mandaron a hacer una vuelta y nos dieron el papayazo —oportunidad— y nos entregamos al Ejército. Ángela (d. g.).

Me retiré por la muerte de mi hermana. Cuando a ella la mataron yo me aburrí y ya no tenía ganas de seguir allá. No alcanzamos a volarnos porque a mi hermana la echaron para un lado y a mí para otro. Por allá la mataron y a mí nadie me contó para que no me volara. Entonces me di cuenta porque mi novio me quiso decir la verdad de lo que había pasado con mi hermanita. Ahí sí que me aburrí y yo le dije a él que me iba a desertar de la guerrilla, y yo le dije que dejáramos las cosas así, que yo ya no quería seguir ni saber nada de la guerrilla, ni de novio ni de nada, que yo no quería saber nada, nada, me aburrí todita. Yo me mantenía llorando, desesperada, pero le dije que no aguantaba más y le dije que nos voláramos, pero él me contestó: «Nooo, esa conciencia de guerrillero que yo tengo no me la quita a mí nadie». Y yo le dije: «Pues yo sí me voy». Aura (d. g.).

Cuando se murió el socio que yo tenía allá, comencé como ya a pensar en mi mamá. Empecé a pensar en irme, sobre todo cuando me dijeron que mi mamá estaba muy enferma. Yo ahí mismo como al mes me volé, me fui, volvieron y me cogieron, y me amarraron ocho días. Marcela (d. g.).

### El plan de acción

Yo estaba aburrida y ya había pedido retirada para mi casa del todo y no me la dieron. Entonces yo decía: «En estos días me voy de acá», y preciso: cuando fui a la casa me entregué, deserté. Juliana (d.g.).

Yo decía: «Me quiero ir de aquí, yo me quiero volar de aquí». Yo pensé: «Voy a ver cómo me convenzo al comandante para que nos quedemos hasta el domingo y me le vuelo, por ahí derecho me le vuelo». Adriana (d. g.).

Ese día yo tenía plata y pensaba que si me venía a pasar a la casa, a mí me daban platica para que trajera alguna cosita a la familia y para que tomara fresco por ahí y todo. Entonces yo dije: «Me voy

para mi casa; si no tengo oportunidad al menos veo a mi mamá y si tengo la posibilidad de salirme me salgo también facilito, me voy por ahí mismo». Yo supe que esa avioneta llegaba casi diario allá y que salía mucha gente para Medellín. Entonces sí, fui y reclamé la plata, pues yo tenía en cuenta que me iban a dar plata para los pasajes y todo eso. Me dieron doscientos mil pesos. Yo venía contenta. No empaqué camuflado, solamente empaqué ropa de civil, empaqué sudadera, una camiseta y me vine con el busito. Lucía (d. g.).

Un compañero era de acá y me habló de Medellín, yo le dije que me iba a venir. Entonces él me dijo que me viniera, que él también se iba a venir y que me traía para la casa de la mamá mientras que conseguía plata para irme para el pueblo mío. Aura (d. g.).

Un día todos los compañeros se fueron a pescar, nada más quedamos la muchacha, el pelado y yo, y entonces él empezó hacerme inteligencia, que sí a mi me gustaría volarme, irme para otra parte, volarme, entregarme pues del todo y yo dije: «¡Uuuy!, ojalá, hombre, comenzar otra vida, hombre, esta de aquí es tan dura». Entonces ella me dijo: «Esta noche nos vamos a volar mi marido y yo, si quiere se viene con nosotros, porque yo hablé con su hermanita y ella me dijo que si usted no se volaba, ella tampoco se volaba; si quiere se va con nosotros». Y yo: «Listo». Planeamos todo y como la pelada estaba en embarazo, entonces a ella y a mí nos mandaron adelante. Lo único que llevábamos era azúcar y ya, y bueno y comenzamos. Llevamos azúcar para tomar agua en el camino. Imagínese que nosotros nos demoramos tres días para salir de por allá. Andrea (d. g.).

Como un viernes nos mandaron a hacer una vuelta por allá en una vereda; a él, a otro muchacho y a mí, a ver si estaba el ejército por ahí, a ver en dónde estaban ubicados y nos fuimos, y ya por allá le dije que esa era la oportunidad para irnos, un papayaso para volarnos del campamento. Y le dije: «Convide a ese muchacho a ver si se va con nosotros», y lo convidó y el muchacho dijo que también se venía, que porque también estaba aburrido allá. Ángela (d. g.).

Nosotros ya sabíamos de la fiesta que había... Entonces él me dijo: «Vea, nos vamos para esa fiesta, dejamos que todos se vayan y nosotros nos vamos atrás. Sacamos la ropa que nos vamos a poner de

civil y llevamos las cosas y las escondemos, y luego, ya cuando ellos se vengan, nosotros nos vamos». Así fue, y ya inventamos pues cómo íbamos a hacer si por alguna casualidad nos cogían: íbamos a decir que éramos trabajadores de finca y eso. Sandra (d. g.).

Yo le decía a mi hermano que nos entregáramos, y él decía que no porque nos mataban si se daban de cuenta. Por eso me daba miedo. No le decía a más nadie, solamente los dos, y a lo último, cuando pensábamos entregarnos, yo salí esa misma noche, nos tocó salir, por eso no nos entregamos. No nos entregamos porque nos dio mucho miedo y nos regresamos del camino, porque nos dio mucho miedo que nos consiguieran por ahí y llegamos al campamento de nuevo. Nos tocó regresarnos porque nos dio mucho miedo que nos mataran. Tatiana (d. g.).

#### Modalidades de desvinculación

Hablamos con una tía de un muchacho, que también se voló, que vivía en una vereda por ahí cerca, y ella nos ayudó a entregarnos. Le pagamos a un campesino un día de trabajo para que fuera y le hiciera esa vuelta donde la tía del muchacho. Le pagamos diez mil pesos para que nos hiciera ese favor y entonces la tía del muchacho vino y nosotros le dijimos que era que estábamos muy aburridos en el grupo y que nos habíamos volado de allá, y ella habló como con un comandante de allí del Batallón. Y ya, quedamos pues en qué día nos recogía el ejército. Nos recogió al otro día a la una, allá en una vereda cerca de la autopista. Ángela (d. g.).

Estábamos en una comunidad indígena, yo me quería volar y una muchacha me dijo que nos voláramos y nos unimos tres. Nos tocó andar tres días y andando de día y de noche. Esa primera noche comenzamos desde las ocho de la noche a andar hasta la una de la mañana y ya al otro día empezamos a las seis hasta las cinco, porque la pelada iba muy mal. Luego comenzamos a caminar a las dos de la mañana hasta las tres de la tarde, y ande y ande. Salimos a un potrero y se veía la carretera abajo y para poder llegar allá a la casa donde íbamos a llegar tenía que ser que estuviera de noche. Llegamos a la casa y nos dieron comida. La muchacha a mí me prestó ropa. Estábamos mojados, sucios, cansados y nos acostamos a dormir. Al otro día por la tarde llamaron al Batallón. Dijeron que habían [sic] tres para entregasen [sic], que estábamos en

esa casa y entonces ahí mismo, por la tarde, como a las siete, llegaron los soldados en una camioneta por nosotros. Andrea (d. g.).

Me entregué. Tenía que hacer un mandado. Le pedí prestada una bestia a un arriero y me vine y llegué cerca del pueblo y me monté en un carro y me vine para el pueblo y me entregué al comando. Me entregué con una pistola y tres granadas. Carmen (d. g.).

Yo misma como que me decidí a entregarme, o sea, yo fui hasta allá a la estación de policía, y como que me arrepentía y como que no, como que algo no me dejaba; pero sin embargo yo sabía que allá no tenía futuro, que de pronto me mataban o algo, y me entregué. Carolina (d. p.).

Nos dieron papaya en una fiestecita. Todos íbamos dizque con camisa de civil y eso. Había una misa con fiesta y se fueron todos para allá y nosotros sacamos todo lo que teníamos de civil y el resto lo dejamos. Yo cargaba el radio, dejé todo ahí. Las armas las dejamos en la caleta y armamos el toldo para que creyeran que nosotros estábamos durmiendo ahí y dejamos todo tapado. Nos pusimos a hablar con ellos, de pronto se fueron acostando, nosotros también dijimos que nos íbamos a acostar y nos bajamos así por una quebrada y nos vinimos. Sandra (d. g.).

Yo estaba en una vereda, cerca del pueblo, con otro compañero, él andaba fuera. Entonces yo aproveché, me organicé bien organizada, como una civil, porque mandé a traer ropa. Como yo tenía el cabello tan largo y era negro, entonces me eché una tintura que era como un poquitico amonaíta —tono rubio— y me hice un peinado que me quedó el cabello así, como algo corto, y me maquillé. Le pedí el favor a un civil de que me sacara al propio pueblo, ahí donde se cogen los buses para Medellín. Usted sabe que uno, a la mano de Dios y a la pata del diablo, yo le dije al civil que yo me iba a salir de eso, que iba a abandonar todo eso. Entonces él me dijo: «Pues si va a abandonar eso, pues gracias a mi Dios, mija, venga yo le ayudo para que se salga entonces». Y él me ayudó a salir de ahí, que por cierto él fue el que me pagó todo: la ropa y todo eso él fue quien me la dio, él me la pagó. Entonces llegué a Medellín, a Bello, donde un cura, un padrecito que había viejito, pero más lindo ese cura, todo formalito, era un amor. Entonces pues yo no sabía qué hacer,

yo estaba sin plata, desubicada, no sabía dónde estaba mi familia, no tenía familia en Medellín ni nada, pues, estaba desamparada. Fui donde ese padre, le dije que yo estaba sola y me tocó contarle la verdad. Yo le dije que yo venía del monte, que yo era una guerrillera, y ese padrecito se colocó tembloroso y eso apenas lloraba ese padrecito, ¡qué pesar! Yo contándole y en vez de yo llorar, él lloraba por mí. Y entonces él me llevó a la Defensoría del Pueblo, ahí ya hicieron un trámite conmigo y después me llevaron dizque al tal Hogar Transitorio. Lina (d. g.).

Cuando a las seis de la mañana del domingo íbamos de vuelta al campamento, yo me puse un pantalón civil debajo del camuflaje; entonces al fusil mío le cogí el proveedor y se lo boté y me hice pues la que me había caído; cuando más abajo yo me senté y el comandante que iba conmigo me dijo dizque: «¿Y el proveedor?». Y yo: «Ah, se me perdió». Me ordenó: «Vaya búsquelo que yo la espero». Yo dejé el fusil, el chaleco, la guerrera, la camisa y cuando ya iba subiendo, él iba detrás de mí, dizque: «Venga yo se lo ayudo a buscar para que nos vamos más ligero», y ese día yo le había movido el radio y se le dañó y no se podía comunicar. Bueno, entonces cuando yo me quedé parada y él se fue a buscar el proveedor, yo me fui detrás, cuando de pronto yo le dije: «¿Sabe qué?, el proveedor ese tal vez quedó donde la abuelita mía, allá quedó cuando yo desarmé el fusil». Y él se fue a buscarlo de todos modos y estaba muy nublado, así, una neblina bajita y mientras él se fue por el caminito de encima y yo me fui por debajo, me quité ese camuflado, me lo monté aquí al hombro y me vine. Adriana (d. g.).

Yo pedí permiso para irme de civil para la casa; me dijeron que sí y yo empaqué lo que fue implementos de aseo, todo eso. Me mandaron con otra muchacha que venía para donde el médico y nos vinimos juntas; nos dieron bestia y todo eso porque como es zona de guerrilla, ellos mantienen mulas por allá. Llegamos allá, hasta el lugar donde ella iba para donde el médico y yo para mi casa. Ella cogió por su lado y yo cogí por el mío; quedamos de encontrarnos ahí, tres días después. Si ella llegaba primero ella me esperaba y si yo llegaba primero yo la esperaba a ella. Ahí le entregué el fusil al miliciano ese y él se quedó con las armas de las dos, ella cogió para donde el médico y yo cogí para donde mi mamá. Lucía (d. g.).

Yo me aburrí mucho y dije que no, que yo me tenía que ir; entonces pedí permiso para ir a la casa y no me dejaron y me volé, del

puesto de guardia me volé. Llegué al pueblo y fui donde una tía y le dije que me iba a entregar y me dijo: «¡Ay, tan bueno, muy bueno, allá la llevan al Bienestar Familiar». Y ya, ya me fui, me hice en una esquina al frente del comando y le hice señas a un policía y ya llegaron. Yo le dije que yo me quería entregar y ahí mismo con él fueron un poco de policías y me metieron en medio y me entraron ahí mismo allá. Ahí empezó el proceso. Marcela (d. g.).

Me vine una noche, me tocó el segundo turno de siete y media a nueve y media, y me levanté para la guardia. Me tocaba sola y de una vez aproveché y me retiré del puesto de guardia y lo llamé, al negro. Era una pista que yo le di, yo iba y le decía a él dizque: «Negro, ¿me va a prestar su ruana que está haciendo mucho frío?». Él me dijo que sí y eso significaba que nos íbamos. Se levantó de una, se colocó una sudadera y entonces había plata del novio mío, que como era comandante, tenía buena plata. Yo se la robé toda, como doscientos. Él tenía más pero entonces mantenía en el equipo una parte, en el bolsillo otra parte, en el radio. Yo le agarré la que encontré más cerquita; me traje doscientos mil y yo tenía como ciento cincuenta mil. Con eso nos vinimos juntos y me trajo para acá para Medellín. Esa noche caminamos hasta las tres de la mañana, nos vinimos a las siete de la noche, nos vinimos con linterna y habían minados, pero como yo había hecho un curso de eso con el comandante, entonces a mí me mandaron a colocarlos con el propio explosivista y yo sabía dónde los había colocado. Cuando nos vinimos yo le decía al Negro: «Vea, aquí hay uno, crucemos por esta parte; aquí hay otro, crucemos por esta parte», y por ahí nos escapamos. Caminábamos por todo ese camino, eso era pura selva. Imagínese que a las dos de la mañana salimos de esa selva. Salimos a unos potreros y de esos potreros nos tiramos a una carretera. Yo conocía todo eso porque a mí me tocó andar mucho por allá. Duré un tiempo aquí en Medellín, como quince días, y me fui otra vez para mi tierra; por allá fue que me entregué, llegando a donde vive mi mamá. No pude entrar al pueblo porque habían muchos «paracos» y guerrilla; entonces me entregué mejor. Todavía no le había podido comunicar a mi mamá que me había salido de la guerrilla. Aura (d. g.).

Estaba en la casa de mi mamá pasiendo. Yo estaba metida en una hamaca cuando yo vi que venía el helicóptero así bajitico como ya para

caer en la cancha, y yo dije: «Cayó el helicóptero», y yo salí corriendo y me metí por detrás de la cantina, detrás de la casa donde había el negocio donde vendían aguardiente. Me metí por esa casa y fui hasta donde mi mamá y le dije que había caído el helicóptero y ella me dijo que el pueblo estaba lleno de policías. Entonces yo le dije: «Ay, mami, me cogieron». Me coloqué las botas rapidito, yo el fusil lo tenía así, así; mi padrastro tenía una escopeta de matar pájaros. Entonces yo me salí corriendo así por detrás de la casa cuando mi mamá estaba cocinando la comida. Yo tiré el fusil así entre un monte y una escopeta de mi padrastro y le dije: «Mami, yo corro sola, no diga que yo tengo eso ahí». Cuando ella vio que yo tiré el fusil así y salí corriendo, cuando ¡prum!, cae un helicóptero así, en frente de la casa donde había un potrero, donde estaba el ganado y un poco de bestias, cayó el helicóptero ahí. Entonces mis hermanitos todos salieron corriendo detrás de mí, todos, y se me pegaron de la sudadera y yo: «Suéltemen, muchachos, suéltemen que me cogieron». Cuando yo miré así, ya estaban ellos así por detrás y yo me monté las manos en la cabeza y me quedé seria como si nada. «¡Todo el mundo para la cancha, todo el mundo para la cancha!». Y yo me quedé fresquera como si nada. Entonces yo dije: «Me voy a quedar fresquera como si nada». Pero yo estaba pálida, pálida, asustadita, yo temblaba. Cuando la reunión en la cancha, ese poco de cosas y tomándoles fotos a todo eso y cuando empezaron a requisar los hombres, cédulas y todo, y esa policía rebuscando el pueblo, rebuscando todo en la casa. Eso buscaban por todas partes. Yo ya estaba contenta porque ya no me llevaban a mí, cuando venía uno de allá para acá tomando fotos otra vez y cuando venía el teniente de acá para allá: «¿Quién es alias Verónica?». Y yo detrás de mi mamá, cuando me empujó una señora: «Pero di que eres tú, muchacha, di que eres tú», y ya yo me puse las manos en la cabeza y miré a mi mamá y me coloqué a llorar y les dije: «Yo soy». «Venga para acá», y me cogieron y me llevaron por allá y me sentaron a hablar. Yo dije que yo no era guerrillera, que ya yo me había salido, que estaba en mi casa y que tales, ahí metí unas mentiras. «Ah, yo sé que usted sí es guerrillera», me dijo una vieja de la fiscalía toda mala clase. Nos trató mal y yo ya dije: «Yo sí soy guerrillera». Le dije a un muchacho que no era guerrillera, sino miliciana, que tales, y yo dije que sí me iba a entregar. Me mencionaron este plan de reinserción donde uno estudiaba, a uno le daban todo. Me mencionaron este programa y a mí me gustó y yo dije: «Ah, sí, yo me entrego». Verónica (d. g.).



## BIBLIOGRAFÍA

- Aguirre, J. (2002). Niñez y Juventud en el conflicto armado interno en Colombia. En: Bello, M. y Ruiz, S. (eds.) Conflicto armado, niñez y Juventud, una perspectiva psicosocial. Santafé de Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.
- Alcaldía de Medellín (2007). Del individuo al Colectivo, de la Persona a la Ciudadanía: Manual de intervención psicosocial para la reinserción. La Experiencia de Medellín. Medellín: Organización Internacional para las Migraciones y Alcaldía de Medellín- Programa de Paz y Reconciliación.
- Alcaldía de Medellín. (2000). Visión cultural sobre el conflicto urbano y estrategias actuales en Medellín. Medellín: Asesoría de Paz y Convivencia.
- Alcaldía de Medellín. (2007). Sistematización del programa de paz y reconciliación. Modelo de intervención regreso a la legalidad. Medellín: Alcaldía de Medellín.
- Álvarez, J. Correa, M. y Aguirre, J. (2002). Guerreros sin sombra. Niños, niñas y jóvenes vinculados al conflicto armado. Santafé de Bogotá: Procuraduría General de la Nación e Instituto Colombiano de Bienestar Familiar.
- Álvarez, M. Correa, M. y Martínez, G. (junio de 1998). El menor de edad combatiente en Colombia; un fenómeno desconocido y subvalorado. Revista de Derecho Privado. Santafé de Bogotá: Universidad de los Andes.
- Álvarez, M. Correa, M., Arias, V., Moreno, E. et al. (2000). Raíces sin tierra: Atención e impactos del desplazamiento forzoso. Santafé de Bogotá: Instituto de Estudios del Ministerio Público.
- Amnesty International / EEUU. Informe anual 1999: Colombia. Amnistía internacional. [Página web], Disponible en URL: <http://www.amnesty-usa.org/ailib/aireport/art99s/amr23.htm> [Recuperado el 28 de agosto de 2004].

- Athens, L. (1980). *Violent Criminal Acts and Actors: A Symbolic Interactionist Study*. Boston: Oxford University press.
- Balbin, J. (2004). *Violencia y Conflictos Urbanos*. Medellín: Instituto Popular de Capacitación IPC.
- Baró, I. (1983). *Acción e Ideología. Psicología Social desde Centro América*. San Salvador: UCA Editores.
- Baró, I. (1989). *Sistema Grupo y Poder. Psicología Social desde Centroamérica II*. San Salvador: UCA Editores.
- Baró, I. (1998). *Psicología de la Liberación*. Madrid: Trotta.
- Baró, I. (2003). *Poder, Ideología y Violencia*. Madrid: Trotta.
- Barrero, E. (2006). *De Macondo a Mancuso: Conflicto, violencia política y guerra psicológica en Colombia*. Bogotá: Le Monde Diplomatique y Ediciones Desde Abajo.
- Bejarano, J. et al. (1997). *Colombia: inseguridad, violencia y desempeño económico en las áreas rurales*. Bogotá: Fonade y Universidad Externado de Colombia.
- Bello, M. y Ruiz, S. (2002). *Conflicto armado, niñez y juventud: Una perspectiva psicosocial*. Santafé de Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.
- Blair, E. (1999). *Conflicto Armado y Militares en Colombia. Cultos, Símbolos e imaginarios*. Medellín: Universidad de Antioquia - CINEP.
- Blumer, H. (1969/1982). *El Interaccionismo Simbólico, Perspectiva y Método*. Barcelona: Hora.
- Brett, R. y Specht I. (2005). *¿Por qué se van a luchar?* Bogotá.
- Brugger, W. (1988). *Diccionario de Filosofía*. Barcelona: Herder.
- Bustos, A. (2000). *Los Niños de la Violencia*. Bogotá: Intermedio Editores.
- Carmona, J. (2002). *Psicoanálisis y Vida Cotidiana*. Bogotá: Siglo del Hombre.

Carmona, J.; Bernal, H. y Mejía, M. (2004). *Psicología Social y Psicoanálisis*. Medellín: Editorial Fundación Universitaria Luis Amigó.

Carmona, J.; Moreno, F. y Tobón, J. (2012). *La carrera de las niñas en los grupos guerrilleros y paramilitares de Colombia: un estudio desde el punto de vista del agente*. Medellín: Fondo Editorial Funlam.

Castro, M.C. (1997). *Guerrilla, Reinserción y Lazo Social*. Bogotá: Almudena Editores.

Castro, M.C. (2006, Julio). *El asunto de la guerra cuando se trata en los más jóvenes*. Ponencia presentada en el IV Encuentro Nacional y Primero Departamental de red de Investigadores: niñez y conflicto armado. Medellín, Colombia.

CESAL. (2000). *¿Dónde está mi hogar? Niños en la guerra*. Kampala. Uganda.

Coalición Contra la Vinculación de Niños, Niñas y Jóvenes al Conflicto Armado en Colombia. (2003). *Contexto: la situación de niños, niñas y jóvenes en el marco del conflicto armado en Medellín*. Medellín: Coalición.

Coalición Española para Acabar con la Utilización de Niños Soldado (2004, 17 de noviembre). *Informe Global: Niños soldado*. Edición resumida. Recuperado el 21 de Enero de 2005, de <http://www.cns.org.py/noticias/InformeGlobal.pdf>

Convenio Corporación Nuevo Milenio; Centro de Información, Formación e Investigación para el Servicio Amazónico y Fondo de las Naciones Unidas para la Infancia. (2000). *El espejismo de esas hojas: impacto en los cultivos ilícitos en mujeres y niños*. Bogotá: Nuevo Milenio.

Defensoría del Pueblo y UNICEF. (2006). *Caracterización de los niños, niñas y adolescentes desvinculados de los grupos armados ilegales: Inserción social y productiva desde un enfoque de derechos humanos*. Bogotá.

- Defensoría del Pueblo. (1996). Víctimas de la violencia. El Conflicto Armado en Colombia y los menores de edad. En: La Niñez y sus Derechos. Bogotá: Defensoría del Pueblo, Ministerio Público.
- Desmarais, M. (2000). La reconstrucción de las personas. En: Fernández y Miralles (Eds.). Sin lugar para ser humano. Madrid. Universidad Pontificia de Comillas.
- Durán, E. et al. (2003). Análisis de la atención en salud y caracterización de las condiciones de salud física y mental de niños, niñas y jóvenes desvinculados del conflicto armado. Bogotá: Observatorio sobre Infancia Universidad Nacional, Corporación Macondo y Organización Internacional para las Migraciones (OIM).
- Echandía, C. (1999). Expansión territorial de las guerrillas colombianas. En: El dolor oculto de la infancia. Colombia: UNICEF.
- Fernández, C. (1998). Jóvenes Violentos. Causas psicosociológicas de la violencia en grupo. Barcelona: Icaria.
- Fernández, C. (2003). Psicologías Sociales en el Umbral del siglo XXI. Madrid: Editorial Fundamentos.
- Fernández, J. (2000). Sierra Leona: la guerra de los diamantes. Tiempo de paz. Madrid: Invierno.
- Fernández, J. Millares, F. González, B. (2001). Adiós a las armas: ni un solo niño en la guerra. Madrid: Universidad Pontificia Comillas.
- Fisas, V. (2000). Adiós a las armas ligeras. Las armas y la cultura de la violencia. Barcelona: Icaria.
- Gallón, G. (1998). Por qué no a las "Convivir". Santa Fe de Bogotá: Comisión Colombiana de Juristas.
- García, A. (1992). La paz como guerra. En: Moreno, F. & Jiménez, F. (Eds.). La Guerra: Realidad y alternativas. Madrid: Editorial Complutense.
- García, E. (2003). Niñez y conflicto armado. Bogotá: Universidad de los Andes.

- Gobernación de Antioquia. (2004). La Equidad Social en Antioquia. Informe preliminar 2004. Medellín: Observatorio de Vida para Antioquia.
- Gobernación de Antioquia. (2007) Ubicación geográfica de Antioquia. (En línea) Disponible en: [www.antioquiadigital.com/ubicaciongeo.htm](http://www.antioquiadigital.com/ubicaciongeo.htm) Recuperado el 3 de julio de 2007.
- Gobernación de Antioquia. Anuario estadístico Antioquia 2002. Recuperado el 20 de Junio de 2006, de <http://www.goban.gov.co/anuario/2002>.
- Goffman, E. (2001). Internados. Buenos Aires: Amorrortu.
- González, F. (2004). Violencia Política en Colombia. Bogotá: Anthropos.
- González, G. (2002). Los niños de la Guerra. Bogotá: Planeta.
- González, O. (2004). Iniciativa para prevenir la vinculación de la niñez al conflicto armado. Recuperado el 20 de marzo de 2005, de <http://indh.pnud.org.co/articulo.plx?id=121yt=noticia>
- Heidegger, M. (1946). Carta sobre el Humanismo. Madrid: Alianza Editorial.
- Hernández, E. (2001). Los Niños y las Niñas Frente al Conflicto Armado y las Alternativas de Futuro. Reflexión Política, Vol. 3(6).
- Herrera, A. (2002). Sembrando Vida: Jóvenes a Contrapelo en Colombia. Bogotá: Andaqui Editores.
- Human Rights Watch. (1994). Generation under fire. Children and violence in Colombia. New York: HRW.
- Human Rights Watch. (2003). Aprenderás a no llorar: niños combatientes en Colombia. Recuperado el 30 de Mayo de 2005, de <http://www.unicef.org.co/pdf/infPART1.pdf> o <http://www.unicef.org.co/pdf/infPART2.pdf>
- Instituto Colombiano de Bienestar Familiar [ICBF]. (2000). Informe Zona de Distensión. Santafé de Bogotá: ICBF.

ICBF. (2001). Análisis de medios; caso niños desmovilizados Surata. (Santander – Colombia). Santa Fe de Bogotá.

ICBF. (2004). Tercer informe de Colombia al Comité de los Derechos del Niño 1998-2003. Bogotá.

Informe Nacional de Desarrollo Humano [INDH]. (2003). El conflicto, callejón con salida. Bogotá: Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo.

Kaldor, M. (2001). Las Nuevas Guerras. Violencia Organizada en la Era Global. Tusquets Editores.

Keairns, I. (2004). Voces de jóvenes excombatientes. Colombia. Santa Fe de Bogotá: Fundación Dos Mundos.

Londoño, L. y Nieto, Y. (2006). Mujeres No Contadas: Proceso de desmovilización y retorno a la vida civil de mujeres excombatientes en Colombia 1990 – 2003. Medellín: Carreta Social.

López, C. (1998). La Violencia de los 90's. Santa Fe de Bogotá: Gráficas Ducal.

Luz, D. (2001). Compromisos incumplidos: la opacidad del comercio de las armas. Anuario CIP 2001. Centro de investigaciones para la paz. Madrid: Centro de investigaciones para la paz / Fundación Hogar del empleado.

Machel, G. (2006). The impact of armed conflicts on children. Informe de Naciones Unidas. A/51/306, 26 agosto de 1996.

Mariño, C. (2005). Niñez Víctima del Conflicto Armado. Consideraciones sobre las políticas de desvinculación. Bogotá: Universidad Externado de Colombia.

Martín, J.M. (1998). La guerra contra los niños: la impunidad de la violencia en la miseria. Barcelona: Viejo Topo.

Martinalde, D. (1971). La Teoría Sociológica, Naturaleza y Escuelas. Madrid: Aguilar.

- Meertens, D. (1999). Desplazamiento Forzado y Género. En: Cubides, F. y Domínguez, C. Desplazados, Migraciones Internas y Reestructuraciones Territoriales. Santa Fe de Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.
- Miralles, F. y Caballero, J. (2002). Yo no quería hacerlo. Los niños forzados a ser soldados en Sierra Leona se expresan a través del dibujo. Madrid: Universidad Pontificia Comillas.
- Moreno, M. F. (1991). Infancia y Guerra en Centroamérica. Costa Rica: FLASCO.
- Moreno, M. F. (2004). Reflexiones sobre el trauma psicológico y la violencia política. De las guerras centroamericanas al 11 de Marzo de 2004. Clínica y salud, 15(3): 227-271.
- Moreno, M. F. y Jiménez, B.F. (1992). La Guerra: Realidad y alternativas. Madrid: Editorial Complutense.
- Niño, J. I. (1998). La niñez: un arma más en la guerra; la participación en el conflicto armado colombiano. Universidad de los Andes.
- Páez, E. (2001). Las niñas en el Conflicto Armado en Colombia: Un diagnóstico. Bogotá: Terres des hommes.
- Pécaut, D. (2003). Violencia y Política en Colombia. Bogotá: Norma.
- Ramírez, I. (s.f). Medellín: Los niños invisibles del conflicto social y armado. Coalición para acabar con el uso de niños soldado. [En línea]. Recuperado de: <http://www.oijj.org/es/docs/general/medellin-los-ninos-invisibles-del-conflicto-social-y-armado>
- Samudio, L. (2006). Ponencia presentada en el IV Encuentro Nacional y Primero Departamental de red de Investigaciones: niñez y conflicto armado. Medellín.
- Save the Children. (2000). Acabar con el empleo de los niños soldado. Hacia una edad mínima de reclutamiento militar.
- Save the Children. (2000). Niños/as de la Guerra. Save The Children, (3). Editado en español por Save The Children España.

- Sedky, J. (1999). Ni un solo niño en la guerra. Infancia y conflictos armados. Barcelona: ICARIA – CIP.
- Servicio Jesuita de Refugiados. (2004). Niños soldado: Educar para proteger a los niños. Servir, (33).
- Shernick, M. (2003). ¿La Injusticia causa violencia?. En: Coadhes y OIM. (eds.). Destierros y Desarraigos. Memorias del Segundo Seminario Internacional Desplazamiento. Bogotá, Colombia.
- Springer, N. (2007). La guerra no es nuestro juego, déjennos crecer en paz. Organizado por la OIM, UNICEF, OCHA, La Procuraduría General de la Nación y La Gobernación de Antioquia.
- Thomas, W. & Znaniecki, F. (1918). The Polish peasant in Europe and America. Monograph of an inmigrant group. Chicago: University of Chicago Press.
- UNICEF. (1997). Principios de Ciudad del Cabo sobre la prevención del reclutamiento de niños en las fuerzas armadas y desmovilización y reintegración social de los niños soldado en África. Ciudad del Cabo, 27 al 30 de abril de 1997.
- UNICEF. (2005). Estado Mundial de la Infancia. Recuperado de: [www.unicef.cl/centrodoc/emunidal2005.htm](http://www.unicef.cl/centrodoc/emunidal2005.htm).19k. (Consultado el 30 de junio de 2007)
- Wittgenstein, L. (1980). Tractatus Logico-Philosophicus. Madrid: Alianza.



Las niñas de la guerra es una investigación etnográfica que muestra una perspectiva bastante interesante sobre la situación de las menores en el conflicto armado en Colombia. A través de la emoción de los testimonios, el lector encuentra una realidad que se desarrolla en diferentes momentos, desde el primer contacto con los grupos armados, pasando por la permanencia en las filas, hasta su final desmovilización e intento de reintegración social, en los que priman la segregación y la poca cuantía de los derechos humanos.



Universidad  
Católica  
de Manizales

**UCM**  
.edu.co

ISBN: 978-958-8022-46-8



9 789588 022468